

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SANTA MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

LIMA – PERÚ

SANTA María MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: SU VIDA

1. Su familia.
2. El hermano Diego.
3. Infancia y juventud.
4. Sus novios.
5. Dolor de estómago.
6. Muerte de su madre y hermanos.
7. Vida mundana.
8. Su conversión.
9. Problemas en París.
10. Vida en París.
11. Estancia en Boulogne.
12. Escuelas dominicales
13. Vida en Bruselas.
14. Estancia en Spa (Bélgica).
15. Continúa su vida en Bruselas.
16. Viaje de regreso a España.
17. Estancia en Burdeos.
18. Viaje a Madrid.
19. El Colegio de desamparadas.
20. Las monjas francesas.
21. El Colegio de la calle Atocha.
22. Dos historias de colegialas.
23. Providencia de Dios.
24. Cuidado de pobres y enfermos.
25. Hermana mayor.
26. Amiga de la reina.
27. Penitencias.
28. Su carácter.

SEGUNDA PARTE: DEVOCIONES Y CARISMAS

1. Devociones especiales:
 - a) La Santísima Trinidad.
 - b) La Eucaristía.
 1. Amor a Jesús sacramentado.
 2. Favores eucarísticos.
 3. Adoración perpetua.
 - c) La Virgen María.
 - d) Los santos.
 - e) Los ángeles.

- f) Almas del purgatorio.
- 2. El demonio.
- 3. El agua bendita.
- 4. Las imágenes.
- 5. Mensajes de Dios.
- 6. Dones sobrenaturales:
 - a) Conocimiento sobrenatural.
 - b) Bilocación.
 - c) La corona de espinas.
 - d) Hierognosis.
 - e) Profecía.
 - f) Milagros.

TERCERA PARTE: SU MUERTE Y GLORIFICACIÓN

- 1. Última enfermedad y muerte.
- 2. Después de su muerte.
- 3. Hecho sobrenatural
- 4. Milagros después de su muerte.
- 5. Exhumación.
- 6. Olor de santidad.
- 7. Los votos.
- 8. Las Constituciones.
- 9. Testamento.
- 10. La Congregación.
- 11. Su glorificación.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de santa María Micaela del Santísimo Sacramento es una vida centrada en la Eucaristía y en la providencia de Dios. Desde niña estuvo abierta a las necesidades de la gente más pobre y necesitada. Más tarde buscaba enfermos a quienes ayudar en sus propias casas o en sus visitas al hospital de San Juan de Dios. Allí conoció a las chicas de la calle con enfermedades venéreas y otros graves problemas de explotación, soledad y desamparo. Así surgió en ella la inspiración de poder abrir una casa para poder acogerlas y ayudarles a comenzar una nueva vida.

Al principio esta casa la llevaba con ayuda de una Junta de señoras, pero vio que no funcionaba bien. Lo mismo sucedió con unas religiosas francesas. Por fin decidió dirigir ella misma la casa con ayuda de algunas maestras seglares, buscando especialmente la salvación de las asiladas, a quienes inculcaba una profunda fe en Jesús sacramentado y les enseñaba algún oficio útil para su vida futura.

Como las maestras seglares no cumplían bien su misión, decidió formar un grupo de religiosas para vivir con ellas su carisma de entrega al servicio de las chicas desamparadas. Así surgió la Congregación de Adoratrices, Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad.

Murió en un acto heroico de caridad, al acudir a ayudar a las enfermas del cólera del Colegio de Valencia, donde falleció el 24 de agosto de 1865.

Su vida fue una vida centrada en la Eucaristía. Recibió innumerables gracias eucarísticas y muchos dones místicos. Su devoción al ángel de la guarda era extraordinaria. Jesús le manifestaba constantemente su ayuda, protegiéndola en los peligros y concediéndole hasta con milagros los recursos que necesitaba para atender a sus *hijas*.

Que su ejemplo nos estimule a amar cada día más a Jesús sacramentado.

ACLARACIONES

A se refiere a la *Autobiografía*, seguida del número del capítulo y del apartado.

PIV hace referencia al Proceso informativo de Valencia.

PAV y *PAM* nos llevan al Proceso apostólico de Valencia o Madrid.

Proceso se refiere a *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Michaëlae Desmaisières et López de Dicastillo*, que se encuentra en el Archivo Secreto Vaticano (ASV).

Para aclaración del texto, sin cambiar el sentido, en algunas ocasiones, hemos añadido el *que* o cambiado el *la* por *le* o cambiado la puntuación original.

PRIMERA PARTE SU VIDA

1. SU FAMILIA

María Micaela nació el 1 de enero de 1809 en Madrid, cuando España estaba invadida por los ejércitos de Napoleón y reinaba en su nombre su hermano José Bonaparte. El día cuatro fue bautizada en la parroquia de San José por el sacerdote don Saturnino Pardo. Sus abuelos paternos, ya muy ancianos, don Arnaldo José Desmaysières y Rasoir, y doña María Antonia Flórez y Peón, fueron los padrinos. Le pusieron los nombres de María de la Soledad María Micaela Aquilina Antonia Bibiana.

Su padre, don Miguel Desmaysières y Flórez, teniente coronel del ejército español, retirado por su mala salud, había huido en junio de 1808 de Madrid para incorporarse al ejército y acosar a los soldados franceses.

Su esposa Bernarda López de Dicastillo y Olmeda, decidió quedarse en Madrid con sus cuatro hijos pequeños. En 1811 salió de Madrid y se dirigió al sur para reunirse con su esposo, que se encontraba en la isla de León, hoy San Fernando (Cádiz), donde estaba el cuartel general militar. Allí pudo verlo largas temporadas, mientras no saliera a las diversas campañas de Andalucía.

Don Miguel había nacido en León el 5 de febrero de 1779 y doña Bernarda en Madrid el 18 de agosto de 1774. Ella era hija de los condes de la Vega del Pozo y marqueses de los Llanos de Alguazas.

Don Miguel, a sus doce años, era ya cadete de los guardias walonas que custodiaban el Palacio Real de Madrid. Dos años más tarde fue alférez y a los 16 había ascendido a segundo teniente de fusileros y granaderos.

Doña Bernarda fue aceptada el 22 de octubre como camarista de la reina con destino al cuarto de la Infanta doña María Isabel. Allí, en el Palacio Real, se conocieron y, antes de un año, el día 14 de enero de 1802, celebraron su matrimonio en la capilla del Palacio Real de Madrid, en la intimidad, sin gran acompañamiento.

Tuvieron varios hijos, pero sólo sobrevivieron cinco. Luis, el mayor, nació el 31 de marzo de 1805 en Madrid, adonde se habían trasladado desde Barcelona, donde habían vivido después de casados. Este hermano murió en Toulouse, Francia, el 23 de octubre de 1825, según algunos de una caída.

Diego nació en 1806 y, al morir su hermano Luis, tomó la dirección de la familia y se dedicó a la carrera diplomática. En 1826 la madre heredó de su único hermano soltero los títulos que él poseía de conde de la Vega del Pozo, marqués de los Llanos de Alguazas y vizconde de Jorbalán. Estos títulos se los pasó a Diego.

La hermana Engracia estaba perturbada mentalmente y murió en Guadalajara el 13 de marzo de 1855. Después vendrá María Micaela que nació el 1 de enero de 1809. En casa la llamaban Miquelina.

El papá murió de tuberculosis el 19 de diciembre de 1822. Su hermana Manuela, llamada Lola, que era dos años menor que Miquelina se casó y de ella nos dice: *casada y muy desgraciada*. Falleció en Toulouse el 5 de marzo de 1843.

2. EL HERMANO DIEGO

Su hermano Diego fue nombrado en 1833 oficial de la embajada española en París. Como estaba ausente de casa mucho tiempo y lo mismo sucedía con Lola, su otra hermana, María Micaela tomó las riendas de la hacienda familiar, ayudada por el apoderado de su madre, don Cirilo Bahía. Y acompañaba algunas temporadas a su hermano Diego en París, donde trabajaba.

Diego se casó con Nieves, hija del conde de Sevillano, un hombre muy rico. La ceremonia se celebró en el palacio familiar de Guadalajara el 12 de febrero de 1846. Nieves parecía una niña grande, enfermiza, ignorante de los modales y etiquetas de su rango. Por ello Diego le pidió a María Micaela que viviera con ellos para suplir los defectos de su esposa y ayudarla en sus enfermedades¹.

Su hermano quiso honrar a su hermana María Micaela por tantas consideraciones que tenía para con su familia y, por escritura pública ante el consulado de España en París, el 21 de octubre de 1846, hizo cesión para ella y sus sucesores del título de Vizcondesa de Jorbalán, que había recaído en su casa por el fallecimiento de su hermana Manuela.

A partir de ese momento, firmaba con frecuencia como Vizcondesa de Jorbalán y con este título se presentaba en las reuniones sociales. La gente en

¹ Tuvieron una hija el 9 de febrero de 1850, que murió pronto. Después vendrá María Diega que será la heredera de los títulos nobiliarios de sus padres y de las rarezas de su madre, con quien se extinguirán los títulos al morir soltera en Burdeos en 1916.

general le decía la vizcondesa, pero en el hospital de San Juan de Dios, donde visitaba enfermos le decían *señorita*.

María Micaela siguió a su hermano y a su cuñada en varios lugares de Francia, Bélgica y España; y le fue de gran ayuda en el desempeño de sus funciones diplomáticas.

3. INFANCIA Y JUVENTUD

Su madre, al verla tan devota de niña, decía:

*Yo no sé cuáles son los proyectos de la providencia de Dios acerca de Micaelita ni para qué la tendrá destinada, lo que sí veo es que no comete un solo pecado venial. Siempre está ocupada en obras de piedad, ya en orden a Dios, ya para con los prójimos. Tengo mucho que aprender de ella. Ella es para mí el verdadero quitapesares.*²

Ella escribe en su Autobiografía:

*Dios me dio desde niña un genio dulce, amable, amiga de la paz en todo, holgazana, golosa, zalamera, muy compasiva y amiga de reconciliar los hermanos y criadas, etc... Tenía una aversión marcada a los pobres, más por lo sucios que por ser pobres, que no me daba cuenta por qué lo eran. Mi ocupación era componer mi cuarto, mi altar, leer... historia, vidas de santos, viajes, bordar, coser, pintar, escribir y muchas novenas y un sinnúmero de rezos. Todo esto lo hacía sin descanso, pues era víctima del orden y creo que más que virtud fue y es un vicio; de modo que tenía mis horas arregladas. Mi madre nos hacía aprender a planchar, a guisar, como un oficio, por lo que pudiera suceder.*³

Como nos íbamos todos los veranos a Guadalajara, seguía yo mi vida como en Madrid y socorría a los pobres para vencer la repugnancia que les tenía; y esto lo hacía de mil maneras distintas.

En Guadalajara tuve algunos años una escuela de 12 niñas pobres, que me dejaba mi madre tener, en una sala baja, donde las enseñábamos Bernarda y yo doctrina, coser, planchar, zurcir; y el domingo en la capilla de casa las colocaba delante de mí para que oyeran misa con devoción, y en pago las vestía de nuevo, las preparaba para confesar y comulgar, y después que las tenía bien

² Declaración de sor Cecilia de Santa Teresa, carmelita descalza del convento de Ruiloba. Proceso fol. 4.163.

³ A 1, 1-2.

enseñadas, las ponía a servir en casas piadosas, dándoles yo el salario para vigilarlas mejor y tenerlas a la vista, y servía esto de caridad a las amas, que por no hallarse con medios, no tenían criada; y las vestía también.

Curaba muchos pobres en mi casa y mamá me daba ropa para ellos que mis hermanas cosían por miedo que los tenían y temor que se les pegaran las llagas. Me iba yo con Bernardita por la huerta y curaba en sus casas unos baldados que había cerca de la casa, y les hacíamos las sopas, y curábamos las llagas de las piernas.⁴

Su madre la apoyaba en estas obras de caridad. La hermana Guadalupe de Jesús declaró en el Proceso:

He oído decir a doña Bernarda Rodríguez que socorría a los pobres de Guadalajara suministrándoles ocultamente pucheros de comida por una puerta del jardín de la casa-palacio de sus padres y que en esa obra de caridad la acompañaba dicha doña Bernarda; que una vez se acercó un pobre a la reja del jardín pidiendo una limosna y que doña Bernarda le dijo que perdonara por Dios; pero, apercibida de ello la Madre Sacramento, le manifestó que no despidiera nunca a ningún pobre sin socorrerle; que la doña Bernarda le contestó que en la bolsa destinada para los pobres no había más que una peseta en plata. Entonces la Madre Sacramento le indicó que se la diera al pobre, pues Dios ya se cuidaría de mandarle más dinero para socorrer a los necesitados. Y efectivamente, poco después de ausentarse el pobre socorrido, se presentó la mamá de la sierva de Dios y le preguntó si tenía dinero para los pobres, y como le contestase negativamente, le dijo: “Hija mía, ya sabes que quiero que tengas siempre dinero para los pobres”, y le dio una buena cantidad.⁵

En 1834 se desató la epidemia del cólera. Las logias masónicas propagaron la mentira de que las muertes se debían al envenenamiento de las fuentes verificado por los frailes. Las turbas se lo creyeron y asaltaron los conventos de San Francisco el Grande, San Isidro, Santo Tomás y La Merced y mataron a más de 80 religiosos. Pero el cólera siguió avanzando y entre el 14 y 18 de julio se murieron 2.550 personas; 1.121 en agosto y 233 en septiembre.

Durante esos días tristes, mamá Bernarda y sus hijas, con María Micaela a la cabeza, constituyeron en su palacio de Guadalajara un centro de socorro, encendiendo grandes hogueras para calentar el agua y hacer la comida para los hambrientos coléricos. María Micaela les servía personalmente y los animaba a confiar en Dios sin temor al contagio. Por otra parte, con su madre y cinco criadas, cosía sin descanso. Repartieron cerca de cuatro mil piezas de ropa a los coléricos. Ella las llevaba personalmente a sus casas de acuerdo a las

⁴ A 1, 3.

⁵ PIV fol 1625-1626.

informaciones que le daba el párroco. Ciertamente, era una tarea heroica visitar los tugurios de gente pobre para llevarles el consuelo material y espiritual.

El tío de María Micaela, don José Ramírez Cotes, declaró que:

*Salvaron de la muerte a muchos por los recursos que les proporcionaron en ropas, medicinas y alimentos.*⁶

Por otra parte, ella no descuidaba sus oraciones, especialmente sus visitas a Jesús sacramentado. Refiere:

*Tenía gran devoción al Santísimo y me iba a alguna iglesia para hacerle compañía con mi aya, o a las 40 horas, y solía estarme dos y tres horas, que se me pasaba muy pronto el tiempo, y regalaba al aya para que no se quejara, que por lo común le gustaba a ella ir conmigo.*⁷

4. SUS NOVIOS

Su primer y gran amor humano fue Francisco Javier, a quien suele nombrar solamente como Javier o mi Javier. Era un joven de ilustre abolengo, octavo marqués de Villadarias y *de sólida formación cristiana y recomendables prendas*. Era ocho años menor que María Micaela y ya en 1836, cuando ella estaba para cumplir sus 28 años, estaban en plena relación amorosa quizás desde hacía un año. Parecía una relación de intereses y compromiso, porque, cuando la madre del novio se enteró de que la situación económica de la madre de María Micaela no era muy buena, el posible matrimonio se enfrió.

María Micaela sufrió por esta situación, pues estaba muy enamorada y entusiasmada. Parece que la madre de Javier fue la que decidió la separación, por lo que también Javier sufrió lo suyo, pero la marquesa impuso su decisión por parecerle que ella era poca cosa para su hijo.

María Micaela, en una carta a Lola de 1836, le escribe:

*Ya te puedes figurar cómo estaré. Lo que siento es que me ataca todo a la cabeza y me duele a menudo. Yo no salgo más que a ver a Jacoba y nada te puedo contar. Además el humor es fatal.*⁸

⁶ PIV fol 328.

⁷ A 1, 6.

⁸ Carta a Lola del 28 de octubre de 1836.

Desde octubre de 1836 se habían cortado las entrevistas. El señor Cirilo Bahía consiguió una entrevista y ella soñaba con verlo, aunque no hubiera ninguna posibilidad de retomar la cuestión del matrimonio. Le escribe al señor Bahía:

*No quepo en mí de gozo ¡Qué felicidad verlo! Aunque me olvide, no me quitará nadie el gozo que tendré de verlo. Y, si me ama aún, ¡qué feliz seré, la más feliz del mundo! Pidan ustedes a Dios que me lo conceda, aunque no merezca yo ser tan feliz. Lo callaré, a nadie se lo diré; pero quisiera gritarlo en la plaza para que vieran mi alegría.*⁹

Después de esta entrevista vuelve el silencio, a pesar de que ella pregunta constantemente al señor Bahía: ¿Y mi Javier? Todavía seguía teniendo esperanzas, pero en 1840 se da por vencida y da todo por terminado. Así lo expresa en una carta a Lola:

*Yo no tengo ni amores ni lances de ninguna especie, porque no me olvido del ingrato Javier; pero no hay ya nada, todo se acabó.*¹⁰

Pasaron varios años y en 1863, cuando María Micaela era la Madre Sacramento, rodeada de sus hijas adoratrices, vendrá a visitarla Javier, ya marqués de Villadarias, casado y padre de familia, para encargarle algunos ornamentos para iglesias pobres. Fue al colegio de la calle Atocha de Madrid. Ella lo presentará a sus adoratrices y les dirá: *Venid y veréis al que quería casarse conmigo.*

Después de Javier intentó buscar otro pretendiente, ya que dice: *No hallo novio aquí.*¹¹

Al fin le sale otro novio, don Alejandro Oliván, trece años mayor que ella, notable político y subsecretario de Gobernación, que llegó a ser ministro de Marina. Lo conoce en Guadalajara, donde ambos pasan largas temporadas.

Ya en 1840, después de terminar con Javier, le llama *mi Oliván*, pero en este caso María Micaela fue la que decidió romper esta relación. Ella le escribió a Lola:

*Oliván se quiso casar conmigo y no lo quise y buscó a otra y se casa a fin de mes. Yo soy la encargada de los trajes y galas, porque dice que no conoce otra mujer como yo, ¡qué tonto! No me conoce. ¡Valgo tan poco!*¹²

⁹ Guadalajara, 26 de julio de 1838.

¹⁰ Guadalajara, 30 de julio de 1840.

¹¹ Carta a Lola, Murcia, 3 de abril de 1840.

¹² Madrid, 8 de enero de 1841.

Estando en París en 1847, el marqués de Someruelos trató de enamorarla. Era viudo con varios hijos y alcalde de Madrid. Parecía un buen candidato, pero ella lo consultó con el obispo de Pamplona y lo descartó. Casi a continuación se le presentó otro candidato mejor, don Antonio Luis de Arnau, soltero, encargado de negocios de la embajada de España en París. Ella dirá sobre este asunto:

*Me dijo que yo había nacido para embajadora, que él no se había querido casar, pero que si yo quería, me dejaría hacer mi vida habitual de obras de caridad, rezos, etc. Le dije esta vez, y otras varias después en Madrid, que no quería más esposo que Dios.*¹³

Olvidada ya de amores humanos, se dedicó a hacer obras de caridad y vivir en el mundo con sus diversiones de siempre.

5. DOLOR DE ESTÓMAGO

Ya desde 1836 tenía fuertes dolores de estómago. En mayo de 1836 se encontraba en unos baños de Puertollano, tomando las aguas. Allí había ido con Bernarda y Cayetano, dos criados de confianza. Aquel agua *que sabe a cobre y tinta* no le alivia y a los veinte días regresa a su casa.

*Los médicos creían ser un cáncer en el estómago... Ya me tenían a dieta de caldo un mes, ya de sólo leche, y en tres meses que me tuvieron así quedé como un hilo de flaca y débil a lo sumo. Decidieron los mejores médicos de Madrid, Cádiz y París no tenía cura, y que viviría poco, y rabiando siempre; que viajara, tomara ostras y champagne a todo pasto y qué se yo, qué más desatinos me mandaron.*¹⁴

Como yo padecía tanto del dolor de estómago en agosto de 1848, estaba un día echada en un sofá, calentándome a la estufa, ya que era el dolor tan fuerte que temblaba de frío. Entró mi hermano a preguntarme a qué hora quería el peluquero, pues teníamos gran comida en casa, y asistía todo el Cuerpo diplomático. —Conmigo no cuentas porque me siento muy mala, hoy.

Como mi cuñada no hablaba francés, fue grande apuro para mi hermano, pues teniendo este dolor sólo echada podía estar.

—¿Y tú vestido de París, que acaba de llegar para esta comida?

¹³ PAV fol 190 y 324.

¹⁴ A 4, 9.

—No te canses que no puedo vestirme. Se fue lleno de pena por verme sufrir y la falta que le hacía este día.

Yo leía para distraerme un milagro de unas sagradas formas que había ocurrido hace muchos años en el Bois Seigneur-Isaac, cerca de Nivelles, y al final del libro donde yo leía, contaba cómo Dios había castigado a un sinnúmero de personas por haberlo dudado, y contaba estos castigos uno por uno, a los que no habían querido creer este milagro, que las formas chorreaban sangre, y hoy día se conservan aún frescas, y la sangre lo mismo y los corporales todos empapados en la que corrió por espacio de 5 días, y están en una capilla especial para esto que todos van a visitar diariamente.

Yo dije para mí: “Sí creo, basta que está aprobado por Su Santidad, pero si se me quitara este dolor de estómago, (que en 10 años que lo sufría no hallé remedio ninguno que me lo aliviara), pero si ahora se me quitara lo creería mejor (aunque yo lo sufría muy resignada y por el amor de Dios y para que me sirviera en expiación de mis faltas). Después que hube pensado esto, me remordía la conciencia y me decía: “Hago mal en quejarme por este padecimiento, que hoy es mi única cruz, y justo es sufrir algo, pues que nunca pedí al Señor me lo quitara. ¿Y para qué quiero yo la salud?”. Repuse yo en seguida: “Para poderme emplear mejor en obras de caridad”. Y como si me creyera haber comprometido más de lo que yo deseaba, dije: “La mitad de mi fortuna y la mitad de mi tiempo”, porque toda mi vida me parecía demasiado y no me sentía yo con fuerzas para más.

En el mismo momento se me quitó el dolor estómago y no lo he vuelto a sentir más, a pesar de hacer hoy 17 años de esto; ni siquiera he vuelto a recordar cómo era el dolor. Ofrecí ir a dar al Señor las gracias, lo que no pude cumplir por no ser yo dueña de mi voluntad, y siempre que lo intenté hubo un obstáculo que lo impediera.

Me vestí, subí al cuarto de mis hermanos, que al verme tan elegante y de buen color, me dijeron: “Tú estás loca, hace dos horas te morías y ya estás buena”. Se lo dije a mi cuñada porque yo no cabía de gozo dentro de mí. El confesor me encargó lo callara, porque no llamara la atención, y como no sabía yo si era por mucho o poco tiempo, no se dudara después de lo que para el señor Deán y para mí era un milagro. Esto fue para mí un gran favor y cada día que pasaba me sorprendía de un modo nuevo.¹⁵

Hermana Corazón de María lo explica así:

Hacía ya bastantes años que con ninguna medicina ni aguas minerales se mitigaban los dolores que sufría y a poco de comer devolvía con fuertes náuseas el poco alimento que tomaba. Como esto sucedía diaria e

¹⁵ A 10, 6.

invariablemente su doncella Eduvigis tenía abiertas todas las puertas de las habitaciones que ocupaba la sierva de Dios para que, cuando ésta acababa de comer, pudiese inmediatamente arrojar sin ser vista lo poco que había tomado. No recuerdo por qué motivo había recepción en la embajada y para que Madre Sacramento se presentase, cual correspondía a la hermana del embajador, había éste encargado un magnífico traje para que lo vistiese en aquella solemnidad; pero precisamente en dicho día estaba mi Madre fundadora peor que de costumbre y, cuando el conde pasó a verla a su aposento, la encontró tendida en un sofá y la chimenea encendida, a pesar de ser verano, por el frío que sentía. La Madre Sacramento le manifestó que no podía asistir a la comida por su delicado estado de salud, y aunque él la animaba para asistir al banquete, nada pudo conseguir, marchándose disgustado y triste. Mi Madre fundadora leía la historia de unos corporales que prodigiosamente se habían encontrado en una capilla que había estado cerrada durante muchos siglos, los cuales tenían unas gotas de la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo y los muchos milagros que por medio de dichos corporales obraba Dios.

Mi Madre fundadora dijo (no recuerdo si interior o verbalmente) que creía lo que el libro refería; pero lo creería más si se le quitase el dolor de estómago. Después se preguntó a sí misma que para qué quería la salud, si no era que para emplearla en obras de caridad. Y en el instante se encontró perfectamente buena. Y vistiéndose de la manera que deseaba su hermano, se presentó a él, quien admirado de su presencia le dijo: “¿Estás loca? ¡Hace una hora que te había dejado muriendo y ahora te veo de este modo!”. La Eduvigis, suponiendo que a la sierva de Dios le sucedería lo que de costumbre, o sea de arrojar la comida, apenas se retiró del banquete mi Madre fundadora, tenía preparadas las puertas de las habitaciones, y fue grande su Sorpresa al observar que no ocurrió ninguna novedad. En los años que había transcurrido desde este acontecimiento hasta que yo la conocí y en los que constantemente hemos estado juntas, no la he visto nunca padecer del estómago, a pesar de las variaciones de clima, manjares y diversidad de horas en que tomaba éstos. Todas estas cosas que acabo de referir las sé por haberlas oído de los propios labios de la sierva de Dios y también por medio de la citada Eduvigis hará unos ocho años, a quien preguntándola yo en la ciudad de Santander acerca de estos hechos, me los refirió del mismo modo que yo los sabía.¹⁶

6. MUERTE DE SU MADRE Y HERMANOS

La mamá de María Micaela estaba enferma, pero se agravó en la noche del 7 al 8 de agosto de 1841 y quedó desahuciada de los médicos. Se recuperó como por milagro. María Micaela escribe en su Autobiografía:

¹⁶ PIV fol 360v-361v.

*Estaba mi madre sacramentada, y no podía hacer su testamento e iba a ser esto causa de grandes disgustos y pleitos, pues había razones graves para ello. Recibió la extremaunción, ya sin conocimiento, y me sacaron a mí creyéndola muerta, y al verme sola en mi cuarto, me arrodillé delante de la Virgen de los Dolores, le ofrecí un año su hábito si alargaba la vida de mi madre para que dejara sus cosas en regla, como ella misma deseaba; a las tres de la mañana, bajo y hallo a las de Arana de casa de la duquesa de Rivas su hija, que me dice que no da señales de vida, pero está caliente. Yo aseguré que viviría, que me dejasen rezar cerca de ella; y de rodillas junto a su cabeza, abre los ojos y me dice: “Hija mía, te debo la vida”. ¡A los tres días vestida! Aunque mala, vivió un año.*¹⁷

La hermana Guadalupe declaró:

*Supe de doña Fernanda (doncella de María Micaela) que cuando a la señora condesa, su madre, víctima entonces de grave enfermedad, hubo de administrársele en su palacio el santo Viático, la Madre Sacramento preparó dicho palacio para recibir dignamente al Señor de tal manera que se decía que había transformado la casa en una antesala del cielo. La engalanó con los más ricos atavíos que había en ella, con flores, luces, etc. Invitó a los principales de la ciudad para que acompañasen al Señor desde la parroquia al palacio y fue tal el concurso de gente que acudió, que, no obstante ser bastante grande la distancia que separa el palacio de dicha iglesia, cuando las primeras filas entraban en el vestíbulo del palacio, todavía no había el Señor salido de la iglesia parroquial. Llegando el divino sacramento a su casa, fue tal el júbilo que la presencia en ella de su divina Majestad inundó a la venerable que anduvo algún tiempo como fuera de sí.*¹⁸

Hermana Corazón de María afirma:

La sierva de Dios veía acercarse el peligro que había de ocasionar la muerte de su madre. Movida por su filial cariño... se postró delante de la Virgen de los Dolores... Oró fervorosamente, rogándole que prolongara un año más la vida de su querida madre, a fin de que dejara bien ordenados y dispuestos los asuntos de familia y se evitaran así deplorables litigios y seguras desavenencias. Ofreció a la santísima Virgen vestir el hábito de los Dolores durante todo este tiempo. Hecho esto, dirigióse seguidamente a las habitaciones donde estaba su madre, a quien ya creían difunta. Por esta circunstancia y para evitarle el disgusto que había de ocasionarle esta sospecha, intentaron sus amigas impedirle el acceso al lecho de su madre, diciéndole que ya estaba muerta. Ella no dio crédito a esta funesta noticia, e insistiendo con certeza de que su madre vivía, venciendo los esfuerzos, con que se trataba de impedirselo, se fue resuelta donde estaba su madre y colocó su cabeza junto a la cabeza de la enferma. Allí

¹⁷ A 3, 2.

¹⁸ Proceso fol 2.014v.

no sé lo que pasó por el interior de Madre Sacramento, pero supongo que oró breves momentos, pidiendo la salud de su madre, a quien creía con vida. A los pocos instantes la enferma abrió sus ojos y, mirando a su hija, le dijo: “Hija mía, te debo la vida”. En el mismo instante principió su mejoría que fue rápidamente en aumento hasta quedar restablecida por completo.

Agradecida al favor que había recibido del cielo por intercesión de Madre Sacramento, regaló a esta una tacita de plata sobre cuya tapadera había un perrito, con una inscripción con que se la dedicaba por medio de las siguientes palabras: “A mi hija María Micaela, fiel, amable, y virtuosa”. Durante este año dedicóse la madre de la sierva de Dios a ordenar sus cosas, dispuso su testamento y arregló todos los asuntos de familia en forma que ya no hubo ocasión alguna de discordia entre los hermanos por motivo de intereses. Concluido el año, conforme a la súplica y petición que hizo a la Virgen la sierva del Señor, murió cristianamente.¹⁹

Murió el 8 de octubre de 1841 de una lesión orgánica al corazón. Entonces María Micaela, deshecha en llanto, se acordó de santa Teresa de Jesús. Y, al igual que ella, escogió a la Virgen María como madre. Ella misma escribió:

Como era muy devota de la Virgen de los Dolores, al faltarme mi madre, escogí a la santísima Virgen, el mismo día, para que la reemplazara y le hice una entrega formal de todo mi ser.²⁰

Hermana Corazón de María añade: *Sé que la sierva de Dios, al poco de morir su madre, hizo entre otros votos el de castidad.²¹*

Su hermana Lola murió el 5 de marzo de 1843 de un ataque cerebral en Francia, pudiendo estar a su lado en sus últimos días. Su hermana Engracia falleció en Guadalajara el 13 de marzo de 1855 y el 28 de ese mismo mes y año, falleció su hermano Diego en Pau (Francia). En una carta escribe el 21 de abril a José María Anchoriz:

Grande e inexplicable, porque no se puede reparar, es la pérdida que acabo de sufrir con la muerte de dos hermanos, a quienes amaba, y en tan corto término como quince días. Dios lo ha hecho, así convendría, pues le doy incesantes gracias por la conformidad con que me asiste, y porque me ha agraciado con llevarme a la cabecera de ambos antes de exhalar el último suspiro.

¹⁹ PIV fol 155-155v.

²⁰ A 1, 9.

²¹ PIV fol 159v.

Ella había viajado para atenderlos. Diego murió teniendo a su esposa Nieves tomada de la mano derecha y a María Micaela de la izquierda. Los funerales se celebraron con gran pompa y Nieves envió limosnas a distintos establecimientos de beneficencia de Madrid y de Guadalajara. En el testamento Diego había dejado a María Micaela 50.000 reales, pero su cuñada Nieves le tenía aversión y ni siquiera quería que tocara a sus hijas, pues creía que las podía envenenar para quedarse con el título nobiliario de su hermano. Por fin, en febrero de 1863, después de ocho años, Nieves le concedió 20.000 reales y se quedó con los otros 30.000.

7. VIDA MUNDANA

María Micaela, libre de los cuidados de su madre, se dedicó a obras de caridad. Entre sus buenas obras había fundado una Asociación para socorrer a las monjas de Madrid, que morían de hambre por causa de la desamortización del ministro Mendizábal. En 1841 había en Madrid 535 religiosas muy necesitadas y se propuso ayudarlas económicamente. Para conseguir fondos, consiguió permiso para pedir en la función de las Cuarenta Horas en distintas iglesias y también por las calles. Esta Asociación duró varios años, hasta que se fueron muriendo las religiosas necesitadas. Pero no dejaba de ayudar a familias pobres en sus casas.

Además de sus obras de caridad, continuaba con sus diversiones mundanas. Le gustaba vestir a la moda y llamar la atención por sus trajes de lujo; le gustaba el baile honesto, pero, sobre todo, pasear a caballo con su traje de amazona.

En esos momentos, su director espiritual, el jesuita padre Carasa, la orientó a dejar sus diversiones y a hacerse amiga de una señora casada, inteligente y fina, llamada Ignacia Rico de Grande. Ella la llevó a ayudar al hospital de San Juan de Dios, donde había muchas enfermas pobres e ignorantes en religión. Allí fueron las dos juntas, bien vestidas, el 6 de febrero de 1844. María Micaela fue capaz de soportar los malos olores de las enfermas y su aspecto sucio y descuidado. Y poco a poco, fue surgiendo en estas dos mujeres la idea de fundar una Obra para las chicas desamparadas.

El 12 de abril de 1845 la Sociedad estaba presidida por la señora doña María de la Encarnación Álvarez, marquesa de Malpica, quien pidió a la reina una ayuda de 3.000 reales.

María Micaela estaba tranquila mientras viajaba a Guadalajara o París, pero las señoras de la Junta no llevaban las cosas a su gusto y quedaron con muchas deudas. Al regresar de París, lo único que se le ocurrió para pagar las

deudas, ya que no tenía dinero en efectivo, fue vender su caballo. Era un caballo hermoso y fiel. Nos dice:

Saqué diez mil reales y le cayó al Sevillano, marqués de Fuentes de Duero, padre de mi cuñada, y como supo que lloré al llevárselo, me lo regaló y, avergonzada de querer tanto a mi caballo, lo mandé vender en la plaza al primero que ofreciera al contado una suma, fuera la que quisiera; y se vendió en marzo de 1847 a uno que ofreció siete mil reales. Les envié el dinero a las señoras, que creí necesitaban, y siguieron con la casa y las siete colegialas y los dos viejos. Las señoras iban diariamente alternando, pero luego para que ganaran algo, las mandaban (a las chicas) a talleres de sastres, zapateros, etc., y les quitaron la misa diaria para que aprovecharan ese tiempo y no perdieran el jornal; lo que me causó a mí mucha pena por ver que era un método distinto y opuesto a lo que yo había puesto en el reglamento que les di.

Estas infelices dieron muchos disgustos a las señoras que con tanto interés las miraban, y se llevaban muy malos ratos con ellas; la señora Gaviña no perdonaba pasos para colocarlas, y las demás señoras lo mismo, con un celo y caridad admirables. Yo tenía que volverme a París, el padre Carasa (estaba) malo y no le podía consultar a mi gusto. Como yo dejaba ya la casa en poder de la Junta de señoras, me fui descuidada.²²

8. SU CONVERSIÓN

María Micaela regresó a París y, el 23 de mayo de 1847, durante la misa mayor de la parroquia de saint Philippe du Roule (San Felipe), recibió ese día un nuevo Pentecostés. Escribe:

En la función de Iglesia en la parroquia el día del Espíritu Santo (23 de mayo de 1847), sentí un trastorno muy grande, y una luz interior que obró en mí efectos muy marcados; una especial devoción a esta fiesta en la que siempre desde entonces recibo del Señor algún favor especial; una luz muy clara de esta misteriosa venida y los efectos que produce en el alma, que con fe y amor se prepara para ella. Pongo desde entonces cuanto está de mi parte para prepararme con anticipación a ella.

Sentí un cambio de inclinaciones y una fuerza superior para vencerme en todo, presencia de Dios continua, sin estudio ni violencia; una ansia que me devoraba por hacer oración, de modo que la hacía 5 y 7 horas al día y siempre me hallaba muy fervorosa en ella, y fuera de ella, que me producía gran dolor de mis pecados, muy frecuente los lloraba amargamente, sin saber después en nueve años lo que era sequedad o tibieza. Todos estos efectos los adquirí este

²² A 5, 5.

día del Espíritu Santo en un punto, sin darme cuenta yo misma de lo que me pasaba; no sé qué sentí pero no se me ha borrado del alma jamás la impresión que sentí este día, que es para mí uno de los más señalados.

Después me quedó un vehemente deseo de hacer penitencia y la hice continua por espacio de 5 años seguidos, y por fuertes que las inventara e hiciera, no me satisfacían, pues quitaba el Señor la parte más dolorosa de modo que me quedaba como si nada hiciera.

Y me acontecía estos años que, cuando no podía hacerlas por razones ajenas de mi voluntad, las sentía en mi cuerpo, más marcadamente que cuando las hacía, y no sabía que debía dar cuenta antes de hacerlas.

Se fueron arreglando con el tiempo las cosas de modo que vine a comulgar diariamente. Decía el confesor Hermana: “El domingo no deje usted de comulgar porque es día que tiene usted dedicado a la Santísima Trinidad y como tiene usted tal devoción por este misterio debe usted recibir al Señor como un obsequio. El lunes por las benditas almas del purgatorio que tanto quiere usted. El martes por sus ángeles, sus grandes amigos de usted y que la sirven en todas las cositas que usted les encarga. Es muy justo hacerles este obsequio. El miércoles al señor San José (de quien era muy devoto el padre Carasa). El jueves al Santísimo Sacramento, que son sus amores de usted y no se puede dejar. El viernes, que es una devoción que tiene usted a la Pasión del Señor desde muy niña (tanto que pintaba muchos crucifijos al óleo, y aún conservo el que pinté para mí, y lloraba yo por mis pecados, cuando no conocía yo lo que eran pecados graves, y lloraba los ajenos también, sólo porque crucificaron al Señor por ellos). El sábado a la Santísima Virgen, que tiene usted escogida por Madre y encargada de sus buenas obras. ¡No la deje usted jamás este día, hija mía!”.

Cuando yo caí en la cuenta de que comulgaba diariamente, me entró un grande apuro de si sería que me tuviera el señor cura por mejor de lo que yo era, y se figurara había yo sido así siempre; y le pedí me dejara hacer confesión general de toda mi vida, pues sentía un dolor de mis pecados sobrenatural, y no quería dejar pasar ocasión tan favorable, que quizás no volvería. La hice con grande efusión de lágrimas, y una firme resolución de no cometer pecado venial advertidamente, pues que tanto ofendía a un Dios que yo amaba, creo que con todo mi corazón, pues no le quería ofender por nada.²³

A partir de ese momento, comenzó una vida de amor a Jesús a quien quería darse por entero sin medias tintas. Comenzó por los sentidos externos, recogiendo la vista sin fijarse en escaparates ni tiendas o personas. Luego rodeó su cuerpo con un cilicio, baños de agua helada o con ortigas. Todo le parecía poco para manifestar su amor a Jesús.

²³ A 3, 4-5.

Continuó en París, yendo a misa a la parroquia de San Felipe. Regaló un magnífico Víacrucis de bronce de una vara en cuadro, con las imágenes en relieve para la iglesia de San Felipe y, aunque le costó una más que regular suma de dinero, hizo con mucho placer esta limosna como muestra de agradecimiento a los grandes beneficios y consolaciones que del cielo había recibido en esta iglesia, y además para satisfacción del párroco, su confesor Hermana, que tanto bien le había hecho. Celebróse una función solemnísimas el día de la inauguración de esta obra.

Costeó además la construcción de una capilla con todo el aderezo de ornamentos y vasos sagrados para un colegio de huérfanas que dirigían las hermanas de la Caridad y la dedicó a San Miguel. Hizo esto, porque privadas las hermanas de capilla en su casa, debían ir todos los días para todas sus cosas a la parroquia de San Felipe, que fue donde ella las conoció.

En agradecimiento, las hermanas la nombraron Dama de la Caridad de San Vicente de Paúl. Cuando fue con su hermano a vivir a Bruselas, también la nombraron Dama de la Caridad y, al igual que en París, se dedicará a visitar los tugurios de gente pobre, llevando ayuda material y espiritual.

En 1848 pensó seriamente dedicar su vida a Jesús como religiosa de la Congregación de las hijas de la Caridad. La presentaron a la Superiora general y empezó su labor como postulante, haciendo camas, barriendo, limpiando salas, cuidando a los ancianos en el hospital contiguo a la Casa Madre... Sin embargo, al enterarse su cuñada Nieves, se le agravaron sus males y su hermano Diego fue a visitar al general de la Congregación de padres Paúles, obteniendo que no la aceptaran en la Congregación.

9. PROBLEMAS EN PARÍS

Ella escribe lo siguiente:

El 18 del mes de noviembre de 1847, el palacio de tanto lujo (las Tullerías) estaba ardiendo, los reyes y toda aquella real familia, que yo acababa de ver con tanta confianza, disfrazados habían huido. París, en el mayor apogeo de lujosas tiendas y almacenes, convertido en escombros y barricadas todas sus calles, los paseos y jardines convertidos en cementerios, pues había grupos de hombres de 5 y 6 ardiendo en más de 15 ó 20 hogueras que yo misma vi en el Paseo Campos Elíseos; los hombres por las calles a la desbandada parecían locos frenéticos; los templos cerrados, el clero escondido, el arzobispo asesinado. ¡Cuánta gente muerta! Cuántos delitos, cuántas casas ardiendo...

Carros de hombres muertos salían de las bodegas de palacio asfixiados por la fuerza del vino que pretendían beber, esto millares de hombres. Yo vi salir los carros de cadáveres, 30 y 40; los mismos asesinos se mataban ellos mismos. Qué reflexiones me hacía yo misma, que fui a verlo todo. Enfrente de mi cuarto vi una casa ardiendo, y al salir las gentes por las ventanas para huir del fuego, millares de hombres y mujeres los esperaban para descuartizarlos vivos, y llevarse en triunfo cabeza, pies, manos; y era una casa de muchos pisos, mucha gente y niños...

Todo esto dejó una impresión tan dolorosa en mi corazón, que acabó de desprenderme de las cosas del mundo que tan instantáneamente se mudan y desaparecen, que me decidí a servir a Dios, que en esta ocasión como en todas me favoreció de una manera admirable, como ahora se verá. Como mi cuñada había comprado un número considerable de alhajas por valor de un millón, era un apuro para irse de la casa desde donde se veían los Campos Elíseos y el Faubourg du Roule. Además las criadas jóvenes y españolas que no se podían dejar solas; la casa y demás, era un conflicto y más estando delicada mi cuñada. Yo me fui a mi refugio el Santísimo y le pregunté si me guardaría, quedándome sola con 10 criados franceses y las 4 criadas y las dichas alhajas que tanto nos apuraban.

Comprendí que sí, de un modo muy seguro, y le dije a mi cuñada se fuera a la embajada con mi hermano, y yo me quedaría guardando a todos; se fueron en efecto, pues era no vivir con los temores tan justos en verdad; pero yo me sentí con una fuerza y valor dado por Dios en su promesa de guardarme. Yo cerraba al anochecer las puertas todas y puse una estampa de una Virgen por dentro, y nos acostábamos todas las noches, lo que creo nadie hizo en todo París, por ser de noche los tiros, muertes y venganzas de los partidos que saqueaban las casas. Sólo una noche llamaron a la puerta exterior de la casa o de la verja de hierro; me vestí y todos los criados como franceses me pedían los salvase a ellos si entraban. Salí yo misma a la verja y sin abrir les dije éramos extranjeros y del Cuerpo diplomático, que ya sabían la orden de no tocar nuestras casas; me pidieron mil perdones y se fueron, sin que nadie turbase la paz que en casa reinaba, y que todos reconocían ser un favor de Dios y de la Virgen.

Agradecidos, los criados hubieran dado la vida por mí. Y fiada en Dios le envié en unas cajas en varios días las alhajas a mi cuñada, que era para mí un grande apuro su responsabilidad, y me quedé con mi gente 15 días.

Otro apuro grande para mí era ver que se cerraban las puertas de las iglesias y mi temor era si algún día me quedaría sin misa o comunión, y como yo tenía tanta confianza en lo que pedía o preguntaba al Santísimo, lo pedí al Señor, y me aseguró, de este modo que el Señor suele hacerlo, que no se puede

explicar, pero que deja una gran seguridad de ser así, y jamás me han fallado estas promesas del Señor, lo que hace tenga una gran confianza y seguridad.

Y en prueba de ello, al primer grito de alarma, cuando yo me hallaba en la iglesia oyendo misa, que estaba llena de gente como suelen las parroquias, todos huyeron quedándonos solamente el señor cura, que era el que decía la misa, y yo quedé oyéndola hasta el fin. Después le pregunté al cura si la diría todos los días, pues yo tendría valor para ir a oírla; y él me dijo que con sola una persona que fuera a oírla la diría, como efectivamente sucedió, que no perdí ni una misa ni una comunión en los 20 días que estuvieron los templos cerrados. Iba de 5 a 9 como tenía de costumbre; y, aunque la puerta principal estaba cerrada, entraba por una chica.

Cuando iba a misa, para que se vea lo fieles que son las promesas que Dios hace, los mismos de las barricadas me daban la mano para trepar por encima de los escombros, y ponían tablas para que pudiera pasar los fosos que había delante de la iglesia, y dos calles más que había hasta llegar a mi casa, todas con barricadas y grandes fosos; y dos o tres veces que algunos me quisieron poner obstáculo, les contestaban los otros: dejad pasar a la ciudadana. Cuando había algún peligro porque iba a empezar más temprano el tiroteo y matanzas y saqueos, me avisaban ellos mismos que me retirara a las 8; y uno de los días que no me habían dado ningún aviso, se llegó uno de las barricadas para que me retirara al concluir la misa, que él me acompañaría hasta mi casa. A los 7 u 8 días de esto y ver que era yo sola la que iba a misa, me fui a buscar a mi amiga la marquesa de Villafranca, a la que animé para que se viniera conmigo; sus hijas se oponían de miedo, pero cedieron ofreciéndome yo a ir a su casa a buscarla.

Después de misa me acompañaba a visitar mis pobres, que yo sólo un día o dos dejé de llevarles los bonos; y luego que perdió el miedo, iba yo con ella a visitar los suyos, que ganamos dos inglesas protestantes, que nos dieron mucho consuelo sus conversiones, la una suya con muchos hijos, y la otra mía, con una hija, el marido católico y la mujer e hija protestantes, costureras las dos. Luego yo la dejaba en su casa y almorzaba con ella, o ella conmigo a mi casa.

Después aprovecharon mis hermanos la primera clarita que hubo y se vinieron a casa; y en cuanto se supo que salían trenes, nos preparamos en 8 días para marcharnos a Londres, pues era el único camino expedito; se empaquetaron todas las cosas, y vuelta al apuro de las alhajas y grandioso equipo; las mías también me ocupaban, por ser de mi madre y buenas, y que el año antes las había renovado, poniéndolas de moda. Aunque con gran exposición, salimos la víspera de una jarana (alboroto).²⁴

²⁴ A 7, 1-6.

10. VIDA EN PARÍS

Ella nos dice:

*Como era tan devota del Santísimo, junté varias señoras para que me ayudasen en algunas horas a hacerle la guardia, y le desagraviasen de tantas ofensas como se le hacen todos los días, porque pensar que el Señor se quedó con nosotros es para mi corazón una cosa muy especial, me infunde un deseo de no separarme de Él en la vida, si se pudiera, y que todos lo visiten y amen.*²⁵

Sin embargo, el ser hermana del embajador le hacía llevar una vida social, que no le gustaba. Ella lo recuerda, diciendo:

El tener que ir a los bailes, tertulias, teatro, el continuo vestirse y desnudarse, que eran lo menos 6 veces, los contaré porque para el alma que Dios llama de un modo fuerte y seguro es un tormento todo lo que en cierto modo nos separa de Él, o no se dirige a Él o a su gloria y da pena. Me vestía a las 5 para irme a la iglesia, de negro, a las 12 ½ para almorzar con bata de lujo porque venían gentes a almorzar con nosotros, a las 3 para salir a tiendas, a las 6 para comer, a las 8 de manga corta para el teatro, porque a la grande ópera se va de toda etiqueta; y no me podía descuidar ni una vez porque tenía en casa testigos muy severos como Mr. Strom.

Como siempre cuidaba el Señor tuviera en París alguna cruz grande que a más de mi continuo dolor de estómago ejercitara mi sufrimiento, había un inglés protestante, fino y de buena familia, viejo y pobre, era lo que se llamaba un caballero de industria. Él hacía como de acompañante y las veces de un mayordomo en las disposiciones de la casa, pues disponía de todo, en el gran gasto que teníamos en París, la casa, jardín, coches, 10 o más criados; y se entendía el mayordomo o maître d'hôtel y daba las órdenes. Además daba lección de francés a mi cuñada; vivía en casa, y sin duda formó el plan, con la lección, darle lecciones de protestantismo. Para evitar le dijera o enseñara, con achaque de no entender la lengua, alguna cosa que no fuera conveniente, mi hermano y cuñada decidieron asistiera yo a la lección, lo que disgustó a Mr. Strom de un modo particular.

A fin de que yo me fuera a España y desunir la familia, no perdonó medio ninguno, lo que tuve que sufrir no es posible ponderarlo; cada día armaba un lío, ya con mis rezos, visitas de pobres, en todo se metía, armaba unos enredos que no era posible desenredar, ni comprender.

²⁵ A 4, 5.

Un día robó el perro inglés que tenían mis hermanos en grande estima y cariño, y dijo a mi cuñada que yo le había echado a la calle, por envidia del cariño que le tenían; lo urdió tan bien que fue creído. ¡Qué disgusto! ¡Qué pena produjo esta calumnia! Tanto más que mi hermano estaba en España para asuntos. En fin era un martirio diario bien penoso. A los 15 días le dijo a mi cuñada que por 40 ó 50 duros puede que pareciera, y así fue, que lo trajo, y se pagó el hallazgo. Esto me fue muy útil; me enseñó a vencerme en todo género.

Después trajo una criada que me armaba las mismas tranquilas y enredos de mal género. Por espacio de dos años duró esta vida, que el Señor me ayudó a conllevar con gran resignación, y favores continuos, que me ayudaban a llevar con resignación el sinnúmero de penas que Dios me deparaba.²⁶

Los días que mi cuñada estaba en cama, que eran muchos, por ser una enfermedad que sufría desde niña y descuidada, estos días los pasaba yo sentada encima de su cama, haciéndola compañía, y la leía, rezaba con ella, hacíamos meditación, y los empleábamos en hacer planes para ser mejores y adelantar en la virtud y nos proponíamos medios para vencer mutuamente nuestras inclinaciones, que eran bien distintas; le contaba tanta cosa a fin de distraerla y tenerla contenta, y ver de que fueran felices ella y mi hermano, que me daba pena ver cómo estaba la sociedad, y temía yo mucho que en esa entrasen estas disensiones en los matrimonios.

Le contaba mis visitas a los pobres, y sus anécdotas, y le enseñaba cómo les firmaba yo los memoriales con las peticiones para el rey y cómo por mi informe mandaba el rey se les diera lo que yo pedía para ellos, lo que me sorprendía mucho por ser yo muy joven.

Yo no perdía jamás de vista mi Colegio y siempre con la pena de que aquello no era lo que Dios quería, y con este afán visitaba los hospitales y casas análogas a mis desamparadas, que jamás me llenaban, de lo que yo me quejaba con el Señor, pues lo que tenía no era lo que Él quería²⁷.

Entablé un género de vida (al comenzar el año 1848) bien contraria del año anterior, pues arreglé mis rezos, la presencia de Dios continua, trataba de vencer mi orgullo, mi viveza y genio activo y enérgico en demás; mortificar la vista no mirando, ni lo que había, ni en casa ni fuera, y lo logré, de modo que hoy me cuesta hacer intención de mirar las cosas y las personas, porque jamás miro nada ni por gusto ni por curiosidad.

Iba por precisión a los teatros y llevaba los anteojos sin cristales de modo que nada veía de lejos. En los bailes que por precisión iba, llevaba algo que me sirviera de martirio, ya un cilicio, ya el vestido que me mortificara en

²⁶ A 4, 8-9.

²⁷ A 6, 1-2.

algo, ya que no sabía cómo iba porque no me miraba al espejo; decidí no ponerme las alhajas que tenía muy buenas de mi madre, etc...

Mi vida en este año fue como una preparación para elegir el estado que el Señor quisiera de mí; yo no me sentía con vocación fija de nada, pues tenía una pobre idea de mi capacidad, no creía yo poder hacer nada que saliera de la vida que había llevado hasta entonces. Me afanaba por aprender la perspectiva, pintura, inglés, hacía un estudio muy minucioso de la religión, leía o más bien estudiaba lo que leía, con el objeto de aprender yo para enseñar algún día en mi Colegio de las desamparadas. Con este fin me iba en el coche que para mi uso tenía, y me iba a un taller de bordadoras con el objeto de que me enseñaran por principios, cosa que no se enseña por lo regular a una señorita en su casa; dejaba mi coche a una distancia conveniente para que no me vieran bajar de él.

*Llevaba un traje modesto y logré aprender a bordar en blanco por principios y primorosamente, para poder enseñar. Busqué una encajera que me daba lección de coser, lavar y encajes, y me pasaba dos horas en esta lección cada día. Ya sabía yo planchar, pero llamé a una de las mejores planchadoras para que me acabara de perfeccionar; daba lección de flores con la mejor florista, las llegué a copiar del natural. Como mi cuñada se puso mejor, mudé de género de vida, también penoso para mí, pues íbamos al teatro; felizmente yo no entendía ninguna palabra de doble sentido, y si había alguna pieza inmoral, mi hermano nos lo avisaba y no iba ni ella ni yo.*²⁸

11. ESTANCIA EN BOULOGNE

Su hermano Diego fue nombrado ministro plenipotenciario de España en Bélgica el 20 de febrero de 1848 y tuvo que irse solo a Bruselas por haber muchos problemas sociales. María Micaela y su cuñada debieron quedarse solas en Boulogne-sur-Mer (Francia) en una buena fonda. María Micaela, aprovechando que su cuñada se levantaba al mediodía, tenía libre toda la mañana hasta la una de la tarde, que era la hora del almuerzo. Se iba por la mañana a misa a la parroquia de San Nicolás. Al párroco le pidió la lista de los pobres para poder visitarlos, pero tardó en dársela por desconfiar de ella como extranjera. Pronto fue entrando en confianza con él, dado que, por los problemas sociales, eran pocos los que iban a misa.

Le entregó la lista de los pobres: eran pobres marineros. Muchas familias estaban desconsoladas por haber perdido algún familiar en el mar. Ella dice:

Yo iba llena de gozo cada día para animarlos, darles limosnas a manos llenas y les hablaba un lenguaje tan fervoroso que sacaba de la comunión y

²⁸ A 6, 5-6.

oración, que los tenía embobados conmigo... Y acabábamos por tener tanta confianza que, en el paseo, cuando iba con mi criada o cuñada, me rodeaban los huérfanos y viudas que había socorrido y le decían a mi cuñada que me querían mucho, que no me fuera, y lloraron al despedirnos.

Tenía entre otras pobres mis predilectas, una viejecita que vendía bollos en unos escalones, que vivía en una carbonera bajo de tierra; era muy pobre, tenía un montón de paja por cama ni más ajuar que lo puesto, y comía lo de los bollos que vendía, 3 ó 4 cuartos que gastaba en pan y queso. Me daba tanta lástima y era tal su conformidad que la quería más porque ella me daba a mí ejemplo. Yo iba todos los días y me sentaba en un escalón a la calle, y como no se movía de allí, apenas podía andar, yo la leía, contaba vidas de santos y rezaba con ella, con lo que estaba muy contenta y yo también, pues deseaba servir a Dios vencándome en todo lo que más costaba a mi orgullo.

Como el país es más de protestantes que católicos, no había más que una iglesia, por lo cual trataban de hacer otra en el alto de la montaña, y ya tenían una capilla a la Virgen, y se estaba haciendo el cuerpo de la iglesia, grande y magnífica, y se suspendió la obra hacía 3 ó 4 días porque la revolución retraía a la gente que con sus limosnas la costeaba.

Yo fui a ver la Virgen, que las pescadoras me contaron lo milagrosa que era y su curiosa aparición en la ciudad. La Virgen era en realidad hermosa...

Al ver aquella obra paralizada, y que el sacerdote que me la enseñaba tenía un colegio de jóvenes de lo principal de Francia, y era un santo, y para promover el culto católico lo hacía él todo, y lloraba de pena al contármelo, yo pensé en mis alhajas al momento y qué mejor que seguir esta obra; una sortija que me dejó mi madre de 7 brillantes, estas 7 piedras servirían para seguir esta obra; pero como aún no estaba yo bien desprendida de todo, no me acababa de decidir, y me hacía yo la ilusión de que me costaba más por haber sido de mi madre; y hallarme apegada a mis cosas era la realidad, porque en teoría tiene uno muchas virtudes que fallan luego a la práctica, como me sucede a mí en general. Sin embargo se trataba de la Virgen, y de una iglesia donde algún día se pondría un sagrario y en él el Señor, es decir, mis amores. Al fin me decidí, pero al día siguiente llovía, y esto era un impedimento, pues no salían coches por las jaranas, y dudo si subían la gran cuesta. Por temor de volverme atrás, dije: "Si para de llover es señal que Dios lo quiere". Y en el mismo instante paró; me fui a la iglesia, y mandé decir una misa y la oí; después me fui a la sacristía y entregué mi sortija al cura.

Supe después que por ser antigua daban el doble de su valor, y se siguió la obra con este dinero, con lo que me quedé muy satisfecha de mi sacrificio, pues fue un regalo de la reina María Luisa a mi madre esta sortija. Pues lloré a la mitad de la cuesta, de pena de desprenderme de la sortija.

Desde la ventana de mi cuarto en la fonda, veía yo una chica de 14 años, porque daba al patio de la casa mi habitación, y todos la pegaban rempujones, puntapiés, y continuo maltrato que la daban todos los mozos de la fonda, hombres y mujeres; ella callaba y sufría todo esto, y la veía trabajar como un burro siempre. Tanto la pegaron un día, que lloraba muy amargamente; esto me disgustó en términos que mandé llamar a mi cuarto a la fondista, que era una señora inglesa, fina y elegante. Bajó y la dije cómo permitía maltratasen a una joven que yo veía pasar de continuo por el patio, y ninguno dejaba de pegarla siempre. “Es una católica que hemos recogido de 6 años que se quedó huérfana, y venía por las sobras de la comida, y como no tenía pariente ninguno la recogimos; y como no quiere dejar su religión, nos da rabia que sea tan terca, porque no tiene de cristiana más que el haber sido bautizada, pues nada sabe de su religión”. Yo le dije que ya que tanto daba que hacer, yo buscaría colocación para ella. “Ojalá se la lleve usted, porque aquí nos altera mucho con su tenacidad, pues todos somos en casa protestantes, mis hijos y los sirvientes, pues no recibimos católicos jamás para el servicio”. Me fui a contar al señor cura lo que ocurría con la joven que iba tan andrajosa, y el mal trato, etc., y yo le dije que se la pusiera dos años en un convento para que la enseñaran la religión, y la dieran educación, y que yo la vestiría y pagaría dos años de colegio, y el señor cura no sólo lo aprobó, sino que él se comprometió a pagarla dos años más y colocarla después en una casa de doncella; la mandamos a un pueblo por no haber allí ninguna casa religiosa católica, y cerca de París había una buena.

*Con este motivo hablé muchas veces a la fondista de la religión católica y me dijo al mes de estas conferencias que, si no tuviera hijos grandes, se haría católica porque les llamó mucho la atención lo hecho con la joven.*²⁹

12. ESCUELAS DOMINICALES

Las escuelas dominicales habían sido fundadas en Bélgica en el siglo XVI por el jesuita Bernard Olivier. El objeto era reunir los domingos a los niños que no podían asistir al colegio los días de trabajo, para instruirlos en la religión y, a la vez, enseñarles a leer, escribir y otras cosas útiles para la vida. En 1858 había en Bélgica 536 escuelas dominicales con 176.034 alumnos. María Micaela, al llegar a Bélgica, se interesó por conocer esta obra y fundarla también en España, como de hecho la estableció en Madrid en diciembre de 1858 con ayuda de algunas señoras. Ella refiere:

A poco de llegar a Bruselas me llevaron a ver una escuela de obreros para los domingos, en donde les enseñaban la religión, primero la misa, después una plática, luego algo de desayuno y media hora de descanso. Luego unos aprendían a leer, otros a escribir, otros se confesaban, otros aprendían para hacer la primera

²⁹ A 8, 3-6.

comuni3n; y les daban de premio por la asistencia un pan que llevaban a su casa, y ropas de vestuario. Y un d3a lleg3a una mujer a saber qu3 le hab3an hecho a su marido que se hab3a vuelto tan bueno de genio y ahorrativo. Y se acababa de cerrar esta escuela por falta de medios. Habl3 al Cuerpo diplom3tico y form3 una suscripci3n para lo sucesivo, pues yo les di para dos a3os, y con lo que se iba recaudando hab3a siempre un a3o adelantado. Me enter3 bien de todo para a mi vuelta a Espa3a plantearlo, porque es una cosa muy 3til para ense3ar al pueblo y moralizarlo; y m3s donde los protestantes no perdonan medio para ganar pros3litos para su religi3n.³⁰

13. VIDA EN BRUSELAS

Despu3s de casi dos meses de estancia en Boulogne, Mar3a Micaela y la cu3nada pudieron llegar a Bruselas en abril de 1848 para reunirse con Diego. Se alojaron en un hotel, porque la embajada de Espa3a no ten3a casa propia. La iglesia estaba en la plaza Coudenberg en la que la reina o3a misa todos los d3as, sin que la vieran.

Mar3a Micaela estaba en la iglesia desde las cinco y media de la ma3ana hasta las once y media. Manifiesta:

A los dos o tres d3as empec3 a dar pasos para buscar confesor y me condujeron al se3or De3n... Como no era all3 costumbre comulgar diariamente, este se3or ya de edad y muy respetable, me dijo que no ten3a costumbre de dejar comulgar diariamente, que no comulgara en dos d3as, y al tercero volviera; yo me fui a una capilla retirada de la catedral (Sainte Gudule), grande y oscura, y yo iba de negro como era all3 la costumbre para la iglesia. Estaba yo llena de pena dando mis quejas al Se3or, aunque muy resignada, tanto m3s que no hallaba yo medio de que se arreglara como otras veces me lo arregl3 el Se3or, pues all3 nadie me conoc3a, incluso el confesor. De pronto, embebida yo en estos pensamientos y como si desafiara yo al Se3or para ver qu3 remedio hallaba, me siento dar unos golpecitos en el hombro; cu3l ser3a mi sorpresa al hallar que era el se3or De3n, que me dec3a: “Vaya usted, vaya usted, hija m3a, a comulgar; he tenido gran pena en quit3rsela a usted y ma3ana b3squeme usted en el confesonario y hablaremos”. Qu3 gozo sent3, llena de gratitud ofrec3a yo al Se3or serle fiel, pues tanto lo era 3l conmigo, sin merecerlo en nada. Al d3a siguiente me dijo hab3a sentido tal pena, que no pod3a seguir confesando, y les dijo a sus confesadas si sab3an qui3n era una se3ora que acababa de confesar; todas dijeron que no. “Pues a ver si me la buscan ustedes”. Y al cabo de un rato, le dijeron estaba en una capilla, y que por ser el traje nuevo y de moda distinta, me hab3an sacado; y le qued3 tal pena que no me quit3 ninguna

³⁰ A 9, 12.

comuni3n, y decía 3l despu3s que me quer3a como si fuera hija suya, “porque es usted la ni3a mimada del Se3or”³¹.

Como hab3a reducido mis gastos, ten3a m3s dinero para mis limosnas, que era lo que llenaba de gozo mi coraz3n, consolar a los afligidos y socorrerlos, y en verdad que no ten3a m3rito en no gastar ya nada para lujo, pues ten3a un magn3fico equipaje todav3a de Par3s en el a3o 46, en el que lo confieso con dolor, malgast3 mucho dinero en vanidades y, para reparar en cierto modo esta falta, resolv3 no gastar m3s en mi persona no siendo de pura necesidad; y dar a los pobres lo que ahorraba.

Como mi cu3ada estaba delicada, se acostaba a las 10 1/2 o las 11 y esto me dej3 por la noche dos horas para mi oraci3n; y de este modo quitaba a la ma3ana para visitar mis pobres a las 10, sin dejar mis rezos. Y hab3a una mujer de un sastre que se hallaba hinchada y sentada en un sill3n d3a y noche. Como la diferencia de religiones trae tantos trastornos en las familias, el marido era muy bueno y religioso, los oficiales que buscaba lo mismo, pero la mujer ya con sus males, las criadas y las amigas las m3s protestantes, hab3an de tal modo entibiado la religi3n en la enferma, de modo que viv3a como en completa desesperaci3n, ya con su suerte, su mal, y en lucha con las ideas del marido que ve3a a su mujer empeorarse de d3a en d3a. Al parecer la casualidad me llev3 por equivocaci3n a aquella casa o taller de sastre; buscaba yo una enferma en aquella calle y acert3 a preguntar all3 las se3as de la pobre que buscaba. “Es m3s arriba, no tal, etc., pero entre usted, mi mujer tambi3n se halla mala”. Me hizo tantas instancias el sastre, y yo tom3 por orgullo m3o la verg3enza que me dio ver en una tarima a modo de mesa sentados encima 4 oficiales de sastre, con el maestro; en una esquina, una mujer sentada en un sill3n, inmensamente gruesa o hinchada...

Estuve largo rato y not3 que todos me agradec3an mucho la visita, incluso la criada que en un hornillo guisaba algo para la enferma, y se vino a escucharme dando con su cabeza meneos como de aprobaci3n. Al marcharme me rogaron volviera y la enferma lloraba de agradecida de la visita; el marido quiso ense3arme la casa de mi pobre, y en el camino me dijo que su mujer no se quer3a confesar, y explic3 algunas cosas que me dieron luz; yo me qued3 en casa de la pobre que buscaba y el sastre se fue muy contento.

Al d3a siguiente pas3 de intento y como sin intenci3n de entrar y me llam3 la enferma, como d3ndome celos, de que iba a la otra y a ella no. “La otra es una pobre que me necesita y me ha llamado”. “Quiz3s yo la necesite a usted m3s que la otra”. Y me hizo sus confianzas a media voz. Yo entabl3 mi plan, y por contentar y haci3ndome de rogar mucho la ofrec3 ir cada d3a. La le3a y hablaba con la energ3a que me caracteriza, y como en mi oraci3n ped3a al Se3or pusiera en mis palabras tal unc3n, que se obrara en aquella alma un

³¹ A 9, 4-1.

cambio cual se necesitaba, uno de estos días en los que yo me hallaba más fervorosa, como fingía yo leer lo que les decía, pues que todos me escuchaban y esperaban con grande impaciencia, tenía un libro siempre delante como quien halla escrito lo que les dice. Lloraban todos y yo con ellos, pues como Dios ponía en mi boca aquellas palabras, a mí misma me eran nuevas y conmovía sobremanera; me despido de mis sastres oficiales, de la criada, y abrazo a mi enferma con verdadero y sincero cariño; y al volverme me abrazan a su vez dos señoras que lloraban de puro conmovidas, y cuál sería mi sorpresa al hallarme con la baronesa de Hooghvorst y Mlle. Meeûs...

Corrida de vergüenza salí a la calle, y estas señoras no me quisieron dejar hasta mi casa, rogándome las admitiera en mi compañía. Mi enferma recibió todos los sacramentos con gran fervor y estas señoras pusieron el altar y le siguieron haciendo sus visitas hasta que murió muy conforme y resignada, y todos muy satisfechos de la casualidad o providencia de Dios que me llevó³².

Entre mis pobres yo tenía algunos cuyas circunstancias eran bien penosas y siempre buscaba los más retirados y desatendidos, porque me creía yo entonces como más útil y necesaria allí. Embromé mucho a mis dos nuevas amigas y acompañantas con la visita que íbamos a hacer a uno de mis pobres; como siempre he tenido buen humor, muy alegre las hice reír con decirlas que ellas no podían ver mi pobre porque eran cobardes y medrosas. Le dieron una gatera o pieza en una boardilla, y no tenía más entrada que una escalera de mano que se enganchaba en el suelo, pues siempre se hallaba asegurada en lo alto, en el agujero que le daba entrada, en un techo muy alto. Cuál fue la sorpresa de mis acompañantas, cuando cojo la escalera de cuerda, la engancho en la pared opuesta en un clavo colocado al intento, me ato a la cintura un saquito en que llevaba el socorro para el pobre enfermo que hacía dos años se hallaba en una cama, al cuidado de una hija costurera, que le llevaba de su trabajo el alimento y le tenía que dejar solo todo el día, y sólo dos veces en el día iba a dar una vuelta, y yo iba todos los días, le leía, hablaba, rezaba con él y éramos ya muy amigos, (como) su segunda hija, y como no sospechaban quién yo fuese, tenían más libertad para hablarme y llevar yo lo que conocía le podía hacer más falta...

Este día subí por mi escalera y desde lo alto las hacía rabiar, pues intentaban subir ya la una ya la otra y al 5 escalón temblaban y se bajaban sin atreverse a subir; yo creía subir al cielo y con la idea que Jesucristo se hallaba representado por aquel enfermo me sentía con las fuerzas necesarias, las justas, pues temblaba yo también siempre que subía. Por demás está el decir que me daban estas señoras todo lo necesario para el padre y la hija, que yo le daba trabajo para hacer al lado de su padre, que tenía esta pieza, aunque chica, buena luz. Como yo le inclinaba a confesarse ponía el obstáculo de no poder subir el sacerdote, y como a estas señoras les daba tanta pena no poder subir,

³² A 9, 7-8.

*debieron hablar del asunto y de la confesión, y el cura párroco se ofreció, en vista de que ya que subíamos su hija y yo, él lo podría hacer del mismo modo, y fue una escena muy tierna el ver al señor cura párroco subir la sagrada comunión al enfermo; confieso que en mucho tiempo no olvidé la impresión que esta escena me causó. Como ya la gente se enteró, bajaron al enfermo y, como ya no me necesitaba por estar bien, lo fui dejando.*³³

14. ESTANCIA EN SPA (BÉLGICA)

En los baños de Spa (en 1848), mejor que en ninguna parte pude yo dar rienda suelta a mis fervores, pues el baño la ocupaba lo menos 3 horas a mi cuñada que no salía hasta haberlo reposado; y se acostaba temprano, y yo aquí como en Bruselas hacía oración de noche hasta la una o las dos, y decían los de la embajada que yo de noche tenía maitines; lo que daba motivo de que ellos se enteraran, es que como país muy templado no había en las vidrieras contraventanas de madera, y por las cortinas se traslucía haber luz en la pieza, y al volver de sus tertulias y bailes lo veían todas las noches. El cura párroco de Spa era un grande hombre de virtud y talento, y me tomó tal cariño que me hizo una llave de la iglesia para que yo fuera a la hora que quisiera a ver mis amores, como él llamaba al Santísimo. Me hizo conocer unas hermanas de la Cruz que me querían mucho, y nos hicimos amigas porque cuidaban a los pobres.

*En el tiempo que mi cuñada estaba en el baño, yo me iba a la iglesia y me cerraba por dentro, pues me daban la llave de la parroquia; un día me hizo ver el Señor estando en la oración tan claramente los pecados de toda mi vida que siempre los tengo grabados en mi corazón, y me traspasó el corazón de pena ver muy claramente lo que con ellos había ofendido a Dios, y deshecha en llanto me sentía morir de pena, y como me creía sola, por tener yo la llave, di rienda suelta a mi dolor; pero qué susto me llevé al ver de pronto entrar al señor cura párroco, mi confesor, que por su virtud le tenía el pueblo en gran veneración; se fue al confesonario, y desde allí me llamó, para que le dijera la pena que tanto me afligía. Se lo conté todo, con amargo llanto, y me dijo que no temía en asegurarme, en nombre del Señor, estaban perdonados mis pecados y que era a su juicio el mayor favor que el Señor me había hecho; me consoló y me llevó por la sacristía a un jardín de su casa, me dio agua, habló conmigo un ratito de Dios tan bien que me dejó muy tranquila. A poco nos volvimos a Bruselas.*³⁴

15. CONTINÚA SU VIDA EN BRUSELAS

Como yo consultaba todo con Dios, y tenía de mis grandes economías dos mil reales para los pobres, y hacía días pensaba cómo darlos y a quiénes,

³³ A 9, 9.

³⁴ A 10, 3-4.

estando un día muy fervorosa en la oración, y estando el Señor de gracias, le dije me diera una señal clara que no me dejase duda, era ésta o aquella su voluntad y comprendí al que me dijera: “Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán”. Me pareció a mí esto una cosa imposible me lo dijera nadie por no ser esto usual, al pedir limosna, antes lo veía yo como un imposible. Acabado que hube mi oración, me fui a mi casa; era tarde y me seguía una viejecita pidiendo por el Santísimo. Aquí me detuve, ¿y no le daré por el Santísimo?

No, que no es ésta la señal que el Señor me dio. Como yo corría por temor de no faltar al almuerzo, me detiene a la puerta de mi casa, y me dice: “Pedid y recibiréis, buscad”, etc., etc. Todo sin faltar una letra. Qué admiración me causó; temblaba de conmovida, porque aunque bien segura estoy, sin embargo estas cosas de Dios dejan una certeza interior y gran duda exterior. Al verme yo repetir lo que tan en el interior de mi alma había pasado, confieso que me sorprendió sobremedida; la abracé de gozo, y le pedí las señas de su casa, y me esperase en ella a las 3. Después del almuerzo, como no me necesitaban mis hermanos hasta las 5, para paseo, me fui a las 2 a una iglesia porque estas cosas recogen y enfervorizan mucho al alma, y necesita uno desahogarse con Dios. A las 4 me fui en coche a la casa o buhardilla de mi viejita, que supe por la vecindad era muy buena y la querían todos... El dueño de la casa por los dos mil reales ofreció con un contrato mantenerla y darle casa mientras viviera; era lo que ella pedía al Señor.³⁵

Empecé entonces con ahínco a fundar en Bélgica la Adoración al Santísimo y a favorecer las iglesias pobres, formando una Congregación al efecto, con varias amigas.³⁶

También se preocupó de las mujeres de mal vivir. Nos dice:

Como mi deseo fue siempre el de salvar las almas, y la conversión de los pecadores, me ocupé de un modo especial, tanto más que en Bruselas no sólo tienen las mujeres extraviadas su casa marcada con un color especial, rejas y puerta, sino que ellas mismas llevan una collareta al cuello, que está rizada y levanta como una tercia alrededor del cuello hacia arriba; es una cosa tan ridícula a la vista que de lejos se ve, y nadie pasa cerca de ellas, y deben dejar la acera a todos indistintamente, y no pueden salir a la calle sin este disfraz, ni ir acompañadas con nadie, ni mujeres, niñas, hombres, etc., con nadie.

Cada semana van a casa del celador, donde hay una mujer con el médico destinado, y hay tanto rigor que no se les quita estas notas y cédula, sin que alguien responda no vivirán así en lo sucesivo; en sus casas no pueden tener jamás la puerta cerrada de sus cuartos, y dejan los zapatos de la parte de

³⁵ A 10, 2-5.

³⁶ A 11, 1.

fuera como quien dice: no se puede entrar. Están muy despreciadas. Y a mí me daban tal lástima que me iba a sus casas, y les daba doctrina y enseñaba la religión, y como no podían entrar en iglesias, que las está prohibido bajo multas muy fuertes, después que las hallaba bien dispuestas me las llevaba a la Magdalena y el padre Joseph me las confesaba y buscaba gente buena que las tenían en sus casas, y yo iba, ellas por una acera y yo por la otra, y salvé a tantas que en la policía me daban la papeleta limpia, y les quitaba yo allí mismo la collarita; las colocaba en oficio. Me tenían tanta consideración en los distritos de cada barrio, que me servía mucho para hacer el bien sin obstáculo ninguno; bien que jamás hablé no estando segura de que estaban arrepentidas. Cuando estaban malas las iba a ver y socorrer, pues no se permite que haya más que una en cada cuarto, y deben de ser bajos, y que den al centro las ventanas o a los patios y cada puerta o casita numeradas, y viven solas; se observa en esto gran rigor.

Y como la mayor parte eran encajeras, el oficio del país, les mandaba hacer flores sueltas de las que supieran, y se las pagaba al precio que las vendían ellas antes de tener la mala vida; y entre éstas y las pobres, que resolví darles trabajo en vez de limosna, porque esto las tenía ocupadas y les gustaba más a ellas mismas, a las enfermas que podían trabajar les servía de distracción, y llegué a juntar tanto ramo hecho de encaje que para aprovecharlo mandé hacer un pañuelo grande del cuello o chal, con encaje de Bruselas; en un taller de pobres me lo hicieron; y lo llamaban mis amigas el pañuelo del cielo, pues tanta flor serviría para mi corona. Era un chal de mucho valor y mérito después³⁷.

16. VIAJE DE REGRESO A ESPAÑA

Los médicos decidieron que mi cuñada necesitaba viajar para su salud, único remedio que les quedaba ya que mandarla, y se resolvió fuera en su coche con todas las comodidades posibles, y se detuviera el día que se hallase mal donde la cogiera; para lo cual se buscó un carruaje de viaje... En las innumerables bacas irían las alhajas, la cama de mi cuñada y el equipaje de las dos, muy abundantes de todo; y con el fin de que nada se echara de menos, ropa, comestibles, medicinas y mil preparativos de lujo, etc... Yo que veía todos estos preparativos, me temí perdería mis comuniones, único consuelo que tenía mi alma y corazón. Esto me preocupó mucho tiempo.³⁸

Estando ya muy cerca del viaje, me hallaba yo en la oración muy unida con mi Dios, como quien se prepara para separarse de lo que más ama y por mucho tiempo, lo que aumentaba la pena de la separación; esto me sucedía a mí, y Dios por su parte me regalaba, de modo que no cabe explicaciones, y en estos momentos

³⁷ A 11, 4.

³⁸ A 12, 1.

en que se pierde uno de vista a sí mismo, quiso el Señor hacer un trato conmigo, y me dijo: “Yo no te faltaré; que no quede por ti el hallarme siempre”. Yo le ofrecí al Señor poner los medios. Tenía voto de virginidad y de pobreza, pero dando la mitad de mis bienes a los pobres, y para cumplir el de obediencia ofrecí al Señor entonces obedecer a mi cuñada todo el viaje, por pagarle con algún sacrificio su oferta tan grande y amorosa, que no hallaba sacrificio bastante para pagarlo. Añadí, obedecería sin violencia ni repugnancia, prontamente, sin juicio propio y sin serla molesta en nada, ni a ella ni a los criados del viaje, fondas y demás. El viaje duró 7 u 8 meses. El Señor me dio después una paz y fervor grande y una fuerza tan superior que lo hallaba todo muy hacedero desde que hicimos nuestra promesa. El Señor aún no me ha faltado, y van 18 años; yo lo he procurado, y como el Señor se contenta con los grandes deseos, esto suple sin duda...

Emprendimos el viaje las dos con los 4 criados y el postillón. En el coche hacíamos lo mismo que en casa, pues hicimos del coche una capilla: rezábamos, hacíamos las meditaciones y lecturas, y al pasar por las ciudades grandes, interín nos preparaban el almuerzo y comida, visitábamos al Santísimo Sacramento largo rato, dábamos un paseíto por el pueblo, etc. Esto todos los días, y lo restante hablando de lo que habíamos leído, y bordándonos unos vestidos de baile, mi cuñada de gasa azul y el mío rosa, bordados de seda; a pesar de correr mucho los caballos de posta, bordábamos muy bien, porque no se sentía el meneo del coche por tener muy buen movimiento.

Llegábamos a algún pueblo grande por la tarde o noche, nos quedábamos hasta comer o cenar y dormir en la mejor fonda que hubiera, y mi cuñada daba la orden de la hora que quería salir, y aunque me lo consultaba, yo la dejaba a ella que diera la hora del coche y caballos, estando siempre todos prontos.

Yo arreglaba mi despertador para levantarme por la mañana a hora que me diera tiempo para irme a la iglesia, sin decir nada a nadie, para oír misa y comulgar para no poner por mi parte obstáculo alguno a lo que el Señor quería de mí y yo le ofrecí, comulgando cada día; a la hora que mi cuñada decía era casi siempre las 5 ó 5 ½, y yo estuve siempre puntual porque me favorecía el Señor de modo que siempre encontraba a punto en todas partes la misa y comunión, y me hallaba siempre puntual, lo que me aprendía mucho.

Al llegar creo que fue a Amberes, mi cuñada no se hallaba bien, y dijo saldríamos más tarde. Yo me fui a buscar temprano una iglesia, y entré en la primera iglesia que encontré después de andar largo rato, pues como era tan temprano no hallé jamás quien me guiara o enseñara. Hallé una como capilla chiquita y bonita, y salía una misa en la que comulgué, e hice largo rato mi oración, por tener mucho tiempo este día por mío. Pregunté a una mujer qué capilla era, y me dijo ser de mujeres arrepentidas; esto me movió la curiosidad por ver si era esto lo que el Señor quería para mis desamparadas o hallaba algo que pudiera convenirme para ellas. Entré y me enseñó una religiosa (que era la Superiora) toda la casita, pues creo eran 6 monjas arrepentidas, muy bonita, chiquita, como un

juguete lo tenían todo. Me hablaron y explicaron todo, pero desde luego conocí no era lo que Dios quería para mi obra; esto me dio pena y mucha. Ellas a su vez me hicieron muchas preguntas, y me contaron al saber que iba con mi cuñada de viaje, y que no tenía familia en tantos años de casada, los milagros que había hecho con muchas conocidas suyas san Francisco de Paula, haciéndole una trecena, con misa y vela en la mano 13 viernes seguidos, y que no había ejemplar de una sola señora que no lo lograra; lo apunté en mi cartera, pues no conocía tal santo, y dudé lo hubiera en España.

Nos metimos en el coche después de almorzar y salimos a las 9 creo, y durante el almuerzo conté a mi cuñada todo y lo bonito del convento, y al pasar por casualidad por delante del convento, le dije: “Mira, mírale, éste es”, y mandó parar la posta, y lo vio todo y contaron lo mismo que a mí; después en el coche ofrecimos hacerlo todo como nos dijeron por ver si Dios quería darle este consuelo, pues lo deseaban muchos.

Como me contaron tantos milagros de este santo que todo lo hacía en caridad y era justamente mi afán, todo en caridad y por caridad, desde entonces le tuvimos siempre devoción a este santo, las dos. Seguimos nuestro viaje, sin perder ni misa ni comunión ningún día.

Llegamos ya de noche a un pueblo, y había una cuesta que no pudo subir el coche por ir muy cargado, y llovía mucho y muy oscuro, por lo que nos quedamos en un mesón en despoblado; y se dio la orden que para las 5 estuviera la posta y coche corriente. Como llovía tanto a las 4 yo dudaba lo que quería el Señor que hiciera, que yo creía, lloviendo a chaparrón y el pueblo tan lejos como dijeron cenando, (no podría ir, y) le dije al Señor: “Si debo ir a la iglesia que deje de llover y será la señal que tú lo quieres, y arréglamelo tú, Señor”. Me visto y en el momento cesa la lluvia, y de pronto, salgo a tientas como pude por ser noche aún (eran las 4 ½); equivoqué la escalera al bajar y me hallo en una cuadra, y sale de ella un hombre alto todo de blanco con un farol en la mano, y me dice: “Venga usted conmigo, no se mojará usted”. Atravesé un trecho larguito y siempre sesgado y plano, y me deja a la puerta de una iglesia. “Y a la vuelta sigue usted la claridad del farol”. Yo voy a entrar y como nada se veía, me detuve con algo de miedo, y una lámpara a lo lejos me hizo comprender era muy grande el templo, pues apenas se divisaba la lámpara del Santísimo.

Estando en esta duda, me siento coger por una mujer que con voz muy dulce me dijo: “Venga usted a comulgar que el cura se la dará en seguida antes de la misa”. Me llevó de la mano por toda la iglesia y me dejó en la barandilla del presbiterio, y se fue a la sacristía a avisar ella misma al cura, el que me dio la comunión, y como yo estaba recogida y olvidada de la hora, la mujer se llega a mí y me dice: “No tiene usted tiempo de oír la misa para llegar a tiempo”, y me cogió otra vez de la mano, y al llegar a la puerta me dijo: “Siga usted el resplandor que la guiará a su posada”. Yo no la vi, pero la conservo siempre como si fuera la Virgen de la Soledad. Seguí el rastro de luz que dejó el farol, que parecía del

arcángel san Rafael, y llegué a la puerta principal y daban las 5; aún esperé yo a mi cuñada. Esto me llenó de gozo y enfervorizó de modo que fue un viaje en continuo fervor. Yo no podía dar cuenta de todo lo que me acababa de pasar, y aún hoy lo siento y veo tan claro como si fuera muy reciente este hecho tan original.

Otro día en un pueblo de Francia, a las 4 de la mañana, salí como todos los días a buscar a mi Dios, con tanta ansia, que me iba a buen tuntún, fiada solamente en que Dios lo quería; lo hallé todo cerrado y anduve mucho rato y me desconsolé, pues lo que era peor que no hallé quién me dijera por dónde volvería a la fonda. Acudí a los ángeles para que me enseñaran el camino, y me entré por un callejón estrecho, y hallé 3 ó 4 mujeres que por lo recogidas creía irían a misa, pero las vi meterse en un patio grande; les dije dónde hallaría una iglesia, y me dijeron que allí, que iban ellas a misa, que era una casa de mujeres arrepentidas. Entré con ellas a una sala larga, y a lo ancho en medio estaba un altar muy pobre, y delante una barandilla que daba frente a la puerta del patio. Salió la misa, y la ayudó una religiosa, desde fuera de la barandilla, dándole el misal el sacerdote, que ella llevó por fuera sin entrar al presbiterio. Dieron la comunión a aquellas 4 mujeres, la religiosa y yo; y después una de estas mujeres me hizo la caridad de llevarme por atajos a mi fonda y llegué justo.

En otro pueblo no hallaba misa ni quien me diera la comunión, y anduve 3 ó 4 iglesias, y muy desconsolada me volví a la fonda, prefiriendo mejor el dejar de comulgar pues ya no me quedaba tiempo, que faltar al voto de obediencia a mi cuñada y no molestarla en nada y querer lo que ella quisiera con gusto. Por no faltar a todo esto, que ofrecí a Dios conociendo me costaría gran vencimiento, me volví a la fonda sin comulgar; y le decía yo al Señor: “Por ti queda esta vez”. Al llegar me dice mi cuñada se sentía mala, y se iba a echar, y la dejasen hasta que ella llamara, y estuvo recogida el tiempo justo para que yo oyera misa y comulgara, y al subir yo la escalera de la fonda tocó su campanilla para pedir el almuerzo y los caballos de posta. Como yo le contaba algunas cosas, iba tan enfervorizada y contenta todo el viaje que nada nos turbaba; tanto más que tenía ella la idea que el Señor me avisaba de los peligros, y así era, me lo avisaba de antemano, como que se rompería el coche, sin peligro ni disgusto, y así sucedió, al día siguiente al llegar a un pueblo grande y se compuso.³⁹

17. ESTANCIA EN BURDEOS

Llegamos a Burdeos, y mi cuñada quería descansar del viaje y arreglar el viaje a Madrid; yo entablé mi vida al tenor de la suya para no faltarla jamás y acompañarla como ella deseaba, pues sentía mucho no fuera con ella siempre. Como se vestía a las 11 para almorzar a las 12 ½, yo tenía este tiempo por mío, y salía a las 5 ½ de casa, y me iba a una iglesia sola, donde don Luis M. Dalp, mi grande amigo, me decía misa a las 8, y a las 10 me iba a su casa a tomar chocolate,

³⁹ A 12, 3-9.

y todos los días hacía lo mismo. Después me iba a la cárcel, a visitar los presos, y les leía, rezaba, hacía examen y preparaba para comulgar, etc. etc., con gran consuelo de mi alma. Después me iba al hospital, y las hermanas de la Caridad me esperaban con grande afán, pues les echaba mis platiquitas, que lo deseaban y sentían me fuera; allí me puse el escapulario de la Preciosa Sangre. No podía ir al hospital tan a menudo, porque lloraban los presos si no iba cada día, un día a hombres, otro a mujeres.

Después iba con mi cuñada a ver la Casa de Arrepentidas de Burdeos, fundada por Mlle. Lamourous. Allí veía yo lo que hacía aquella gente, y me enteré de todo; y me daba pena ver que no era aquello lo que Dios quería para mi casa, y como yo no sabía lo que quería, pues no sabía distinguir claramente lo que Dios quería de mi Colegio; pero bien claro veía no era lo que yo tenía en Madrid, ni ésta tampoco, esto muy claro lo veía yo, de modo que era para mí más confusión. Porque yo deseaba hallar algo que poder imitar, y con sus privilegios y concesiones ya hechas; tanto más que me asustaban con las dificultades que me ponían si no agregaba mi obra a alguna otra ya establecida, lo que me parecía a mí muy bien, de modo que lo miraba todo, o más bien lo devoraba, y lo hallaba todo al pronto muy bien; pero al presentarlo al Señor en la oración: “Mira, Señor, esto será bueno para nuestra obra”. No, no, muy claramente sentía yo: no era lo que el Señor quería de mí en las Desamparadas...

A los 15 días de estar en la mejor fonda nos convidó el cónsul de España, señor de Oviedo, a tomar un té, y como era solo, hubo de convidar otras señoras porque nos resistíamos a ir a su casa solas, y nos dijo que el objeto era que el señor arzobispo entonces, hoy cardenal, quería hablar conmigo, y que no visitaba a los forasteros en la fonda no siendo conocidos.

Ya sé, me dijo (el arzobispo) que va usted a las cinco y sale a las once de la mañana, y no verá allí más culto que la misa del señor canónigo español, habiendo allí 50 monjas, lo que yo ignoraba de todo punto.

Me habló con un talento y finura singular que les hablara: “Pues me niegan la obediencia estas monjas y me dan gran pena; nada digo a usted a ver si usted comprende lo que pasa allí. Puede que no la quiera ver a usted la Superiora, pero díglele usted que va de mi parte, que yo le escribiré una esquila por ver si en esto me complace.

Yo me excusé, pues temblaba de pies a cabeza, ya que conocía (se) fiaba de mi capacidad más de lo que yo era capaz; y no sabía absolutamente por dónde empezar ni a qué iba yo allí, ni qué decir...

Al día siguiente, tal era el temblor y temor que tenía por mi poca capacidad que creo con mi oración y ruegos obliqué en cierto modo al Santísimo para que me ayudara y diera valor. ¡Una extranjera y seglar y sin saber nada! Después de mis rezos y comunión llamé al torno y, después de un saludo muy seco, me dijo no

recibía la Superiora a nadie hacía mucho tiempo. Le dije que iba para hablarle de parte del señor arzobispo

- *Eso es otra cosa. Acaba de mandar una carta.*

Pasé al locutorio, llegó una señora guapa en extremo, gruesa, seria, seca. Después de un cuarto de hora de cambiar palabras sueltas, sin fin marcado, le hablé del prelado.

- *Como prelado no le reconozco, será tan bueno como usted dice.*

Y le hablé al alma sobre esto y Dios puso en mi boca las palabras que descubrían la llaga:

- *Para comulgar se necesita mucha pureza de conciencia y para esto se necesita tener un confesor o dos a su gusto y que la entiendan a una, y no queremos a los que el prelado nos manda.*

A la hora de hablarla... saca una llave y me abre la verja del locutorio para que entre.

- *¿Yo en clausura y sin licencia del prelado? Jamás, eso no.*

Sacó la carta del prelado en que le rogaba me recibiera y, si quería hablar conmigo más reservadamente, me hiciera entrar con su permiso...

Lloró y la gané de un modo que me ofreció hacer lo que yo le dijera en todo; pero había de decir a sus monjas lo mismo que a ella...

Al día siguiente, tiemblo aún al pensarlo y escribirlo, me abre la puerta con una orden de su Ilma. y me lleva a un magnífico salón... Había creo que 60 religiosas en sillas, en filas a los dos lados...

A la hora y media de hablarles al alma, rompen todas a llorar y por fruto de mi charla saqué para la obediencia al prelado dos cosas: que harían Ejercicios y se confesarían con los confesores designados por el prelado y que comulgarían el último día. Yo lloraba de gozo con ellas, las abracé una por una, me besaron las manos; y yo les perdí perdón de rodillas, y que me perdonaran si las había ofendido...

Pocos días antes de venirnos a España acabaron los Ejercicios de 10 días. Yo comulgué con ellas, haciendo de Superiora en el coro; y las seis o siete que se dejaban la comunión, era por las ideas jansenistas, fáciles de destruir en gente

religiosa y buena, en el fondo. Comulgaron todas. Tomé café con ellas y me dieron millares de gracias que devolví al Señor.⁴⁰

18. VIAJE A MADRID

Salieron de Burdeos el tres de noviembre de 1848 y llegaron a Vitoria (España) el día trece. Ella misma escribe:

Llegamos a Vitoria de noche para salir a las 5 de la mañana, y como nos dijeron no se abrían allí entonces las iglesias hasta que la catedral hace la señal a las 7, comprendí no me era posible comulgar. Comimos y cada una se fue a su habitación para acostarse; en cuanto me vi sola, me puse apoyado el codo en una mesa y la mano tapando los ojos, a dar al Señor mis quejas, y le decía yo lo que suelo decirle al Señor cuando no se ve en los negocios camino posible: a ver, Señor, cómo haces una de las tuyas, hallando camino a lo imposible; y si no, por ti queda esta vez. Al limpiarme una lágrima, me veo salir de las cortinas de la cama una criada de la fonda que me dijo: “¿Tiene la señora pena?”. Yo por que no hiciera mal juicio, que entre cuñadas había algún disgusto, le dije: “Es que deseaba comulgar mañana, no es más”. Se fue y me acosté, me senté en mi cama, y tenía la pena de si había cometido alguna falta; ya no hay esperanza ninguna. Fijo, he faltado, mi Dios no me faltó; era seguro, Él me lo inspiró con tanto amor, luego yo he faltado en algo, me decía a mí misma, y hacía examen, y entre quejas y amoroso coloquio se me fueron dos horas y dan las 12 al acabar yo de resignarme y ofrecer a Dios este sacrificio, el mayor que le podía yo hacer. A mi Dios le daba las quejas, y a mí la culpa de no notar mis faltas, pues no hallaba cosa notable. Me acosté por fin.

De pronto abren la puerta del cuarto. “¿Quién?”. La criada muy contenta: “Señora, mañana tiene usted misa a las 4 en la catedral; estaban cenando los del correo que acaba de llegar, y un señor canónigo, que vive aquí, esperaba un amigo que venía de paso en el correo, y preguntando de quién era ese magnífico carruaje de viaje, le dije que de ustedes; y vea usted, la señorita quería comulgar mañana, por su madre sin duda. Y el señor canónigo mandó a un criado a decir al sacristán que a las 4 quiere decir misa mañana”. “Y avísele usted a la señorita que yo la diré la misa y comulgará en ella”. “Yo la llamaré a usted, señorita, y qué gusto, pedirá usted por mí”. Le dije que sí y se fue. Cómo me quedaría, en estos momentos se vuelve una loca y no sabe con qué pagar amor tan fino de mi Dios; bendito sea mil veces.

A las 4 estábamos en misa, a las 5 me hallaba yo lista sin hacerme esperar, pues yo diría sin temor que Dios mismo me ayudaba a cumplir mi promesa, pues no me costaba violencia, según el gusto con que lo hacía.

⁴⁰ A 14, 1-7.

A poco de estar en el coche sentí como un aviso interior de que algo nos pasaría, y temí un poco, lo que no suele sucederme. Mi cuñada me dijo este día lo que me preguntaba cada vez que subíamos al coche o bajábamos: “¿Sucederá algo?”. “Ya puede ser que suceda; pero Dios nos guardará, recemos con más fervor; y por ser el camino largo y malo, no nos bajemos más que en Burgos y visitaremos al Señor”. Ya puestos los medios que en nuestra mano estaban, descansamos en el Señor, que nos sacaría del peligro que yo presentía (grave). Mi cuñada no me quería creer que yo no sabía cuál era, y me hacía mil preguntas que yo ignoraba de todo punto. “Dejemos a Dios obrar, que en sus manos seguras estaremos”. Así se pasó el día, corriendo la posta cuanto podían los caballos, por temor del puerto, que había llovido mucho, y estaba malo el camino por demás.

Por la tarde, un cuarto de hora antes de anochecer, frente de una ermita en el alto del puerto, se rompe un cubo del coche y no puede dar un paso más. La ermita era de la Virgen de la Soledad; rezamos como se hace en el peligro, y ofrecimos misas, etc., etc. a la Virgen, y yo entonces recobré mi habitual serenidad en los peligros, tanto más que sentí que de nuevo tendríamos peligros aún, lo que me callé. “Vamos a pie, que dicen que la casa o posada de Guadarrama está a un cuarto de hora”. Ataron la rueda, y subía la cuesta el coche al paso que todos nosotros a pie.

Llegamos de noche a la posada o mesón del puerto; se metió el coche en un cobertizo y pedimos cuartos, que no había más que uno para todos. Se bajaron las dos bacas de las alhajas, y mi cuñada se quedó en el cuarto con las bacas guardándolas. El mayordomo francés se despidió en Burdeos, pues no hablaba español más que mi criada; los demás franceses. A mí me entró un temblor muy grande, como si me amenazara algún peligro grave; reuní a los criados y criada, todos a guardar el cuarto y mi cuñada. Yo pedía a Dios me diera a conocer el mal; mucho, sí, lo pedí. Salí a pedir la cena, camas, etc., y hallé en la cocina 5 ó 6 hombres. El corazón se me quería salir del pecho; los saludé y dije para mí: éstos son ladrones, y muy cierto lo entendí ser así. Llamo a la posadera con una seña: “Esos son ladrones, yo lo sé, excusa usted negarlo; sálvenos usted”. “No puedo, son muchos, y esperan todos abajo en el puerto, y ya hace 4 días sabían que ustedes venían, y dicen traen ustedes muchas alhajas”. “Por Dios, sálvenos usted y se le pagará bien”. “Pues no se acuesten ustedes de ningún modo, que yo tardaré en hacer la cena”. Sabe usted, señora, puede usted decir que llamen al capellán para que les diga a ustedes una misa, es del señor duque de Villahermosa, y yo mandaré un chico al pueblo que lo llame, y después que se haya ido, me pregunta usted si hay peligro. Yo diré que no señora, y por Dios que esté usted tranquila, no sepan hablo yo con usted. Me ocurre de pronto que el postillón vaya en su caballo delantero, y le digo: “Avisa al cura se venga enseguida con (guardias) civiles que se les pagará”. Me fui a la cocina. “Patrona: ¿el cura del pueblo diría a las 4 misa a la Virgen?”. Si le llama, sí, señora. “Pues que vaya un chico”. “Yo no tengo ninguno”. “El postillón”. “Mira, ves tú, y di que a las 4 venga a decir misa”.

“¿Señoras, hago las camas?”. “No nos acostamos porque amos y criados en un cuarto no puede ser; vamos a cenar”. En esto se van todos los hombres y hablan bajito: “A las dos vendremos”. “Está bien, vayan con Dios”. “Ay, señora, se han ido; a las dos vendrán. A las diez pasará el correo”. Mi cuñada tomó sopa y la hube de convencer para que no le sacaran su cama, sin decirle por qué. Le dije estaba sucio y hombres que salían y entraban. Me bajo al camino con un criado, y llegan los civiles y el cura. Les digo todo y me aseguran que no tema, que llamarán más parejas... A las once todos estaban allí, decididos a salvarnos. El coche no tenía compostura, o lo echaron a perder para que no pudiéramos salir.

Llega el correo, hablo al conductor y le ofrezco lo que quiera por dos asientos y dos bacas. Hizo bajar un inglés en bata y chinelas y nos dio dos asientos de berlina. Aviso a mi cuñada que nos vamos las dos con las alhajas; pues los criados dijeron que sin alhajas no tenían miedo, que ellos se quedaban con el cura y los civiles, y tanto más que al paso el correo avisaría fuera gente.

En el coche di cuenta del peligro que corríamos, pues mi cuñada no lo supo hasta entonces. Llegamos a Madrid y los carabineros vinieron a casa con nosotras, y dos mozos del correo, con las bacas de las alhajas.

En casa, todos (estaban) levantados porque toda la noche se llevaron con un fuego que hubo en mi cuarto a la misma hora de los ladrones.

Salió en posta el apoderado don Cirilo Bahía por criados y coche. La mujer me dijo que se habían incomodado al ver que no nos acostábamos, porque en el interín robaban ellos el coche, sin llamar a los otros. El de la guardia civil se portó muy bien, pues reunió 8 ó 10 en menos de dos horas y nos respondió que no tuviéramos cuidado, pues los esperarían a las 2 y no llegarían al coche. El señor cura guardó las criadas y la posadera; se dieron las misas y se pagó bien a todos.

Llegué a Madrid del viaje de París y Bélgica el 15 de noviembre de 1848 y traía un fervor con la protección tan marcada de Dios que hubiera dado en pago mi vida, porque no cabían en mi corazón tantos favores y finezas como cada día recibía. No le pedía yo nada a Dios que no lo obtuviera en el momento tal cual lo pedía, fuera común o extraordinario, chico o grande el favor que pedía, y hasta niñerías, como se verá en lo sucesivo, que contar las del camino y años anteriores sería prolijo por demás ⁴¹.

⁴¹ A 17, 1-5.

19. EL COLEGIO DE DESAMPARADAS

Desde hacía mucho tiempo María Micaela había tenido en mente la rehabilitación de las mujeres de la calle. A muchas de ellas las veía cuando iba a visitar a las enfermas del hospital San Juan de Dios de Madrid.

Había visitado diversas escuelas y casas de caridad de España y del extranjero para informarse del régimen de las mismas y aplicar lo que encontrara útil en su Colegio. También buscó información sobre comunidades religiosas, pero no encontró ninguna Congregación dedicada a esta misión. En vista de lo cual, había organizado una Junta de señoras para dirigir un Colegio donde estuvieran bien tratadas y se les enseñara la doctrina cristiana y algún oficio para su vida social, con el fin de que dejaran su vida pasada. Ella no quiso ser la presidenta para poder viajar y vivir su vida privada.

Pero la Junta de señoras no resultó adecuada para la rehabilitación de las chicas. Cuando regresó de París y Bélgica en 1848 las señoras le devolvieron la responsabilidad del Colegio y la dejaron sola. Ella escribe así:

En cuanto supieron las señoras de la Junta mi llegada, me llamaron a casa de la marquesa de Malpica, y todas reunidas decidieron dejarlo porque estas mujeres eran incorregibles, y el plan de su salvación sólo estaba en mi cabeza. Todas lo dejaron, y algunas ya ni a esta última junta asistieron; quedándome sola me afirmé más y más en mi idea, y les dije que yo no desistía, y les rogaba me dejaran las 7 camas y el ajuar. Como me vieron muy afectada, me lo concedieron, y que después que yo me convenciera como ellas de la imposibilidad de la obra, les diera a los pobres en su nombre el ajuar de las 7 chicas, que ya no quedaban más que 3 en la casa. Y al asegurarlas yo que no sólo pensaba seguir, sino aumentar el número, me dijeron: “El día que tenga usted 12, iremos a admirarla a usted”. Deshecha ya la Junta, la marquesa de Alcañices, que era la tesorera entonces, me mandó las cuentas y dos mil reales que quedaron de la rifa del caballo y la suscripción...

Al quedarme yo sola tuve honda pena, lloré, sólo me consolé con que, como no era lo que Dios quería, esto me daba medios de ver si atinaba, para lo cual el Señor me apremiaba, sin atinar yo para qué. No tuve tiempo de ir a ver dónde estaba el Colegio, que lo habían mudado a una calle que no recuerdo y era cerca de la Plazuela del Fomento, en un cuarto de peseta, muy malo; y como el marido de la Epifania había muerto hacía ya tiempo, estaba ella sola con tres chicas. El día que supo que se deshizo la Junta fue a mi casa, y me contó lo que había sufrido y que con salir a los talleres volvían como toritos y fieras. La abracé, animé mucho, y le dije que yo cuidaría de ella, etc.

A los tres días me avisan vaya a la casa, a las 10 de la mañana, y hallé muerta de repente a la Epifania.

*Aún hallé caliente el cadáver, las tres chicas llorando, y llenas de pena, porque se creían ellas la causa, con tantos disgustos y penas como le daban cada día con sus locuras, llena la casa de gentes y vecinas. Llamé al señor cura, arreglé el entierro y sufragios, depósito y demás.*⁴²

Como esta casa de la calle de Jardines era chica y, además, decían era mala calle, (ya que) todo el día iba gente a llamar, creyendo era una casa de mala vida, y para salir a misa y confesar era necesario las vieran por la calle y las seguían los conocidos, ninguna maestra quería acompañarlas; y las llevaba yo misma los días de fiesta y de precepto; y algunas creyeron mejor no las llevara a misa por no exponerlas, porque las buscaban...

Como mi refugio para todo es el Santísimo y yo lo trataba como mi mayor amigo, le puse una carta pidiéndole casa, y la mandé poner debajo de la custodia antes de exponer (el Santísimo) en el oratorio del Caballero de Gracia, que había allí función o novena al Santísimo. Me sirvió el Señor tan bien que al tercer día, estando almorzando con mi cuñada, llegó el señor de Ocarol, amigo nuestro, con un papel con las señas de una casa grande, en la calle de Don Pedro N° 1.

Mandamos poner el coche y mi cuñada y Ocarol y yo nos fuimos a verla; era muy grande, buena, y su precio de 24 mil reales anuales; la tomé y fié en Dios, que veía mi apuro, me ayudaría para los gastos. Al hacer el contrato fue mi nueva confusión, pues exigí me dejaran hacer la obra, obligándome yo a dejarla como la recibía.

Como de la oración sacaba yo todas mis cosas y avisos, entendí no estaría más que un año, después del cual el Gobierno me daría casa, de modo que cuando lo decía yo en mi casa (sin decir cómo lo sabía), se burlaban de mí y creían que el dueño no accedería a lo que llamaban caprichos míos y ridícula pretensión, pues yo puse en el contrato de arriendo que en 10 años no me la habían de poder quitar y yo todos los años la había de poder dejar, por la seguridad que tenía me la daría el Gobierno. Todos en mi casa a la tertulia se reían y ayudaban a mis hermanos a la broma que tanto me hacía sufrir. El marqués, dueño de la casa, accedió gustoso a todas mis condiciones, y me arrendó la casa el primero de abril de 1849, donde estuvimos un año justo, y un mes que se llevó en la obra que no entramos hasta mayo, salimos de allí el 30 de marzo de 1850. La obra costó 6 mil reales y un mes en dejarla corriente para el objeto. A la salida, el marqués dueño, no sólo no quiso hiciera la obra para dejarla como antes estaba, sino que me rebajó 3 mil reales de su valor...

Después que tuve casa, me ocupé de pedir las licencias necesarias para su oratorio; pedí la licencia a Roma y llegó en julio de 1849. Con esto ya

⁴² A 17, 1-2.

arreglé un ajuar completo de todo, casi con lujo, pues eran mis amores los que iban a ocupar aquella casa, y dejé una capilla lindísima. En la cocina, en los refectorios, nada faltaba. El señor Serra, que era entonces obispo de Puerto Victoria, me bendijo la capilla y buscó el capellán señor La Rica; pues como en mi cuarto tenía yo un oratorio muy bonito, me decía el señor Serra misa muchos días; y un día que le vi muy apurado por sus negocios de la Nueva Nursia, convidé a misa en mi casa al ministro de Marina, primo mío, el marqués de Molins, y fue para los dos una agradable sorpresa; le sirvió tan bien que le dio el barco y demás para su viaje, y yo en memoria de esta misa, en la que yo ayudé a la misión, le di un barco de oro de un mérito raro, para que se lo pusiera a la Virgen en mi nombre, ya que yo no podía como era mi deseo salvar almas. Y como yo consulté con este señor sobre mi Colegio, él me animaba a que sufriera todo lo que se presentase para impedir esta obra tan grande, como él decía, a los ojos de Dios y que tanto me había ya hecho sufrir.

*Mudé mi Colegio, que con Teresita y Filomena iban bien las 12 chicas; la pobre baldada para los recados, los padres de Teresita porteros y demás, Pepito cobraba la suscripción y hacía los recados del hospital y Colegio, pues estudiaba para cura, y trabajaba con afán para cosas del Colegio.*⁴³

20. LAS MONJAS FRANCESAS

María Micaela, buscando quién pudiera dirigir el Colegio de desamparadas se pone en contacto con la Madre Bonnat, Superiora de las religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos. Los contactos comenzaron en enero de 1849. Conviene en que vendrán de Francia cinco religiosas, sabiendo español; y se presentaron tres sin saber español. Algún tiempo después se enteró de que no venían de Burdeos, sino que habían sido despachadas de un Colegio politécnico. Todo fue tramado por la Madre Bonnat. María Micaela, de acuerdo al convenio, les pagó 1.498 reales por el supuesto viaje. También se comprometió a darles la comida y tres reales diarios y que ellas llevaran el Colegio bajo la alta dirección de María Micaela. Las religiosas llegadas eran Hermana Agustina, como Superiora y delegada de la Madre Bonnat, Hermana Regis y Hermana Honorina. Desde el principio manifestaron aversión y repugnancia hacia las chicas y las dirigieron por medio de las maestras puestas por María Micaela: Teresita y Filomena.

Pronto se dio cuenta María Micaela de que las cosas no iban bien. No entendía la lentitud de las religiosas para aprender español y capacitarse. Para colmo de males un joven sacerdote francés se inmiscuyó en el asunto y con su ayuda tramaron las francesas quedarse con la propiedad del Colegio.

⁴³ A 22, 1-6.

En el mes de noviembre (de 1849), cuando regresó María Micaela de hacer unos Ejercicios espirituales en Guadalajara, ya estaba organizado el *golpe de Estado*. Se encontró en la portería un grupo de religiosas. Entre ellas estaba Bonnat, para impedirle la entrada. Al principio creyó que era una broma, pero la Madre Bonnat le dijo en serio:

Me he puesto yo al frente de la Casa y desde hoy corre exclusivamente por mi cuenta. ⁴⁴ Y añadió: *Ya tengo por mía la pensión de la Cruzada, que hemos cobrado cuatro meses a nombre de usted y tres a nombre nuestro, por quien quedará en adelante. Hermana Regis de Superiora y el señor J.C. (sacerdote joven) de Superior; y usted quedará, si quiere, como bienhechora... Me cogió del brazo y me sacó al medio del portal. ¡Muerta me quedé! ¡De mármol!* ⁴⁵

María Micaela se fue a dar cuenta del asunto al señor arzobispo, que le dijo que debía defender su casa y que diera todos los pasos necesarios para conseguirlo. Fue a buscar al señor don José Zaragoza, jefe político, y le pidió que arreglara las cosas sin violencia ni publicidad. Así pasaron tres meses de disgustos, pero no obedecieron a las autoridades. Más bien el sacerdote joven dice María Micaela: *Burlándose de mí, me dijo: “Ya no la reconocemos a usted aquí para nada.”* ⁴⁶

Como último recurso acudió al embajador de Francia para que dejaran la casa, pero tampoco quisieron obedecer. Un día,

El gobernador y jefe de policía mandaron cercar la casa y, si no salían en término de tres días, se las haría salir de España en la diligencia. Al ver cercada la casa, sublevaron el Colegio y le dijeron que yo las enviaba a la cárcel. Entonces las reunieron a las chicas y parece que el sacerdote joven francés les dijo: “Hijas mías, ¿a quién queréis mejor seguir, a estas religiosas, unas santas que se desvelan por vosotras, o a la vizcondesa de Jorbalán, que es un miembro podrido de la sociedad?” ⁴⁷

Por fin, ante esta situación, el jefe político quería llevar a las chicas a la cárcel y las religiosas a Francia. María Micaela anota:

Yo le dije que las dejara ir a la otra casa o Colegio. Cedió encargándome yo del Colegio a la salida de las religiosas. Pero temió que me asesinaran y me dio su secretario para que entrara conmigo. ¡Qué escenas!

⁴⁴ A 25, 1.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ A 25, 6.

⁴⁷ A 25, 7.

alboroto y desorden completo, lloros, gritos, convulsiones, carreras aquí y allá... Di una palmada... y todas callaron y escucharon lo que les dije: “Si es un bien para ustedes estas religiosas, ¿quién las trajo? ¿No fui yo, gastando para ello toda mi fortuna? ¿No fui yo a aquella buhardilla por usted?, le dije a una ¿Por usted no fui a una casa pública exponiendo mi vida'? ¿No he ido cada día al hospital de San Juan de Dios, venciendo toda repugnancia y sufriendo insultos por cada una que me he traído? ¿Es éste el pago? ¿Qué temen ustedes de mí? ¿A qué viene este tumulto?

- Porque dicen las religiosas que usted se vengará de ellas en nosotras y nos llevará a la cárcel.
- No señoras, y en prueba de ello, el señor que es el secretario del gobernador mandará retirar la guardia.
- ¿Y nos quedaremos sin maestras?
- No, yo me quedo.
- Y por la noche tendremos miedo.
- Que vayan a mi casa por mi cama. Yo me quedo con ustedes, si callan.
- Si señora, callaremos y perdónenos usted.

Y de rodillas todas a mis pies eché la bendición y perdoné...

Se calmaron al ver llegar mi cama y mi criada Isabel. Quise que arreglaran las camas; qué pena, escasamente para 15 ó 16 había camas, ropas, etc. En la cocina nada; ni con qué hacer unas sopas. Mandé a una tienda por lo necesario y yo misma les hice sopas con huevos y les di de cenar; les hice té, tila, pues les daban desmayos, convulsiones, y a lo mejor rompían a llorar, unas en un jergón, otras en el colchón en el suelo, pues no había camas para las 34 jóvenes que habían dejado... Todas llevaban dos y tres camisas puestas, tres enaguas y dos vestidos. A las doce todo quedó en calma, aunque no dormían las más...

Pasé una noche cruel... Mandé muy temprano recado al cura párroco y él nos dijo la misa y puso al Señor en el sagrario. Esto me dio a mí grandes fuerzas y me sentía con ánimo para todo...

*Mandé enseguida recado a M. Bonnat para saber si cumpliría su palabra dada a las chicas de llevarse consigo las que quisieran ir con ella... En efecto, a la hora vinieron dos, la una Teresita (la maestra) y una religiosa francesa, vestida de seglar, y se llevaron 10, porque cuatro se arrepintieron antes de marcharse. Fue indudablemente una medida inspirada por Dios que dejó contentas a todas.*⁴⁸

Pero todavía debía solucionar el problema de las deudas. Las francesas habían dejado deudas en todas las tiendas y el Colegio sin ropa ni ajuar de

⁴⁸ A 25, 7-12.

*nada, de modo que entre reponer lo uno y pagar a los acreedores, que eran trece o más, importó 70.000 reales.*⁴⁹

Esto era en el año 1849 y hasta seis años más tarde en 1885 cuando murieron su hermana mayor y su hermano Diego, no pudo pagar. Ella lo dice así:

*Con esta doble herencia por dos desgracias tan penosas para mi corazón, lo pude pagar.*⁵⁰

Al mes de salir las francesas, le avisaron de que tres señores querían hablar con ella. Venían de parte de la Junta provincial de Beneficencia para darle la casa de la Calle Atocha N° 74, justamente al año que tenía la de la calle Don Pedro (Colegio anterior).

*Al ver cumplido lo que el Señor me tenía ofrecido y yo olvidado, me reanimé, al ver que aún tenía al Señor en mi ayuda con un nuevo y señalado favor, que sorprendió tanto como a mí a los que me hicieron burla en mi casa, cuando lo puse en el contrato al casero (aceptando la casa anterior por un año)*⁵¹

Con algunos trámites pudo conseguir la pensión de la Cruzada, que habían cobrado siete meses las francesas. El Colegio que estas religiosas habían puesto en la calle Palma se deshizo. Hermana Regis desapareció una noche, dejando una carta en que decía que abandonaba la Congregación. La M. Bonnat pidió información sobre ella a María Micaela, quien fue a verla personalmente y se amistaron, pidiéndole perdón la Bonnat. Después de un tiempo se enteraron que Hermana Regis vivía en una buhardilla donde la visitaba el joven cura francés y que pensaban ir a casarse a Londres y abandonar la fe católica.

María Micaela avisó al padre Carasa y a don Pedro José Ruiz y los dos fueron a visitar a Hermana Regis a la buhardilla y consiguieron que fuera a vivir a la Casa *Santa María Egipciaca* de monjas arrepentidas. María Micaela la visitó y Regis le pidió perdón por tantos perjuicios que le había ocasionado. *Dije a Hermana Regis que yo le pagaba todo y se hiciera el equipo (de religiosa), pues quería entrar monja allí. Me abrazó y con mil extremos de gratitud. La dejé instalada muy bien en su celda.*⁵²

⁴⁹ A 26, 2.

⁵⁰ Ibidem.

⁵¹ A 27, 1.

⁵² A 28, 2.

Con relación al joven sacerdote francés, también se *arrepintió y me pidió mil perdones después. Gran consuelo me dio verlo tan bien.*⁵³

21. EL COLEGIO DE LA CALLE ATOCHA

María Micaela nunca pensó en dirigir ella misma el Colegio. Su idea era ser directora externa. Por ello se esforzó en buscar personas que pudieran dirigir la Obra. Pero ante el fracaso de la Junta de señoras y de las religiosas francesas, por fin se dio cuenta de que el señor la quería a ella para dirigir su Obra. Al principio ni siquiera se le ocurría soñar en organizar un Instituto religioso, pero el Señor la fue guiando poco a poco hacia esta realidad, ya que las maestras que la ayudaban no eran lo suficientemente apropiadas para inculcar la fe y atender a las chicas sin intereses personales, ya que recibían su sueldo.

Ella nos dice en la Autobiografía:

El Señor, cuando quiere algo de mí, tiene un modo de apremiarme interiormente que no me deja duda que quiere algo. El padre Carasa quería redoblar la oración para que el Señor diera a conocer lo que quería. Y una noche en la oración me dio a entender el Señor de un modo muy claro:

- *A ti quiero yo en mi Obra.*

*Yo, después que pasó esto, me quise persuadir (que) era una ilusión mía y no dije nada al padre, porque yo ni tenía valor, ni me sentía inclinada a variar de vida, ni menos en cosa que me ocupara el tiempo que yo tenía destinado a la salvación de mi alma, único negocio para mí de más importancia*⁵⁴.

Por fin se decidió a dejarlo todo, aunque mucho le costó. Para ella fue muy duro renunciar a su vida de familia y a las comodidades de su casa. Al principio le llevaban de su casa la comida, pero pronto se acomodó a la comida de todas y a dejar sus vestidos de seda y de terciopelo por vestidos más ordinarios. Felizmente encontró consuelo y alivio en el arzobispo Antonio María de Claret, recientemente llegado de Cuba para ser confesor de la reina. Él la confesaba y la animaba con el beneplácito del padre Carasa. Y es entonces, con sus cuarenta y dos años, el 1 de enero de 1851, cuando comenzó en serio su Obra.

Los primeros días ella misma enseñaba la doctrina cristiana, cocinaba y servía la comida. Parecía que con buenas maestras la Obra iba a funcionar bien,

⁵³ A 28, 3.

⁵⁴ A 29, 1.

pero notaba, con gran pena suya, que, cuando por necesidad de ir a su casa o arreglar algún asunto personal suyo, tenía que salir del Colegio, encontraba a la vuelta algunos defectos que le hacían comprender que, sin su constante permanencia en el mismo, la Obra no saldría según su voluntad. Estaba sola para afrontar la Obra y los gastos necesarios. Tuvo que vender las joyas que le quedaban, pero pronto se acabaron y tuvo que acudir a otros medios como hacer trabajos artesanales para venderlos y pedir limosna por las calles.

El 27 de junio de 1851 le envió un oficio al gobernador de Madrid para poder abrir una suscripción pública, pidiendo donaciones. Escribe: *Me eché a pedir limosna casa por casa.*⁵⁵

La gente que la conocía como una gran señora, vizcondesa de Jorbalán, al verla pedir limosna, la trataba de loca, y no sólo la gente común, sino también la gente noble.

También se dedicó a hacer rifas, vendiendo entre otros objetos un chal de cachemir. Hacía, para vender, flores artificiales, bordados, flecos para pañuelos... Y como las chicas no sabían hacer casi nada, ella debía asumir la tarea y trabajar duro para sacarlas adelante como una madre y, muchas veces, se quedaba hasta altas horas de la noche para terminar los trabajos encargados.

Al principio todas las chicas eran iguales. Más tarde las dividió en dos clases: María Micaelas, que eran las más adelantadas, y las Filomenas, que eran las más necesitadas de ayuda y formación humana y espiritual. En las clases y en la recreación y dormitorio estaban separadas. Sólo iban juntas a la capilla.

Desde el principio, se preocupó de que aprendieran las labores más importantes para una mujer de la época como lavado, planchado, bordado, zurcido, cocina; y pagó buenos maestros para ello. En el Reglamento de 1853 ya se menciona también hacer flores y guantes. En 1858 se citan nuevas especialidades: el encaje de Bruselas y la música. Le dio mucha importancia a la música para alegrarles la vida y pagó profesor que les enseñaran cantos populares, villancicos, cantos de Iglesia y misas cantadas. Su escuela de bordadoras y encajeras con el tiempo adquirió una fama bien merecida. La misma reina Isabel II les encargaba hacer *las labores más delicadas para la familia real*.

María Micaela consiguió transformar a aquellas muchachas que habían llegado sin saber ni siquiera calceta en *excelentes bordadoras y mujeres primorosas*. María Asenjo declaró haber conocido a centenares de chicas que

⁵⁵ Relación de penitencias 25.

salían: *instruidas en la religión católica, acostumbradas a confesar y comulgar y en las demás prácticas religiosas, sabiendo lavar, planchar, cocinar y hasta bordar en oro y hacer otros primores.*⁵⁶

Incluso consiguió que algunas chicas, que estaban en la cárcel, pudieran cumplir su pena en su Colegio. *Valiéndose de sus influencias, conseguía que en nuestro Colegio de Madrid extinguieran algunas jóvenes los días de cárcel o de prisión que se les había impuesto por la autoridad civil por faltas.*⁵⁷

A las colegialas que hacían la primera comunión, después de haberlas preparado, las vestía de blanco y las conducía ella en persona a la capilla. Terminada la comunión, las llevaba al refectorio (comedor), haciéndolas sentar a su lado. Durante todo aquel día las colmaba de distinciones. Solía darles pláticas muy afectuosas, recomendándoles el amor que debían sentir al Señor sacramentado, delante del cual debían presentarse muy derechas, bien vestidas y compuestas.

Ella misma atendía a las jóvenes que llegaban de los hospitales o de las casas de perdición, manchadas en el cuerpo y en el alma. Era infatigable en lavar sus llagas y asearlas.

Cuando había epidemias de viruela, tifus o cólera, en que había enfermas en el Colegio, no las desatendía ni de día ni de noche, curándolas con sus propias manos. Una de las enfermas así cuidadas manifestó en el Proceso: *La he visto asistir con caridad a las enfermas, aunque despidieran malos olores, recogiendo sus vómitos y limpiando sus vasos de noche.*⁵⁸ A las que estaban con sarna, ella misma les daba baños y unturas, sin temor al contagio.

En la epidemia del cólera de 1860, ella misma declara:

*Le dio a una colegiala el cólera fulminante y me habían dado un remedio muy caro y muy raro. Sólo tres frascos llegaron a Madrid; y para salvar mi vida, si me daba, me mandaron por regalo uno. Bajé a la capilla, pedí luz al Señor y se lo di; y al ver que se moría, se lo di todo. Se salvó con tres meses de mal, en los que no me separé de su cama y tuvo tifus, erisipela negra y pútridos, después del cólera; y no sólo peligraba su vida sino su alma. Hoy es muy buena. Se casó con un cirujano.*⁵⁹

Hermana Elena de la Cruz informa:

⁵⁶ PIV fol 124.

⁵⁷ PIV fol 1257.

⁵⁸ PIV fol 142.

⁵⁹ Relación de penitencias 44-45.

*Los tres días de carnaval, después de reservar a su divina Majestad, que estaba todo el día expuesto, preparaba la misma sierva de Dios a las chicas una merienda como para unas marquesas, que eran las frases que empleaba la Madre Sacramento, y tenía la mayor complacencia en servir las para que las asiladas no se acordaran de los bailes y distracciones a que en aquellos días se entregaban los mundanos.*⁶⁰

Pero con frecuencia debía seguir pidiendo limosna para sus hijas por falta de dinero.

En carta a la hermana Caridad del 21 de febrero de 1860 le dice:

Ayer nos recibió la gente tan mal que me puse mala. Una señora en particular fue cruel. A las siete casas que fuimos nos recibieron mal y nos chocó tanto que comprendimos que había algo. Y cayó María del Rosario en la cuenta de que había olvidado el Jesusito de la caja. Volvimos, aunque de lejos por él; y en las cinco casas que fuimos después, nos recibieron muy bien: lo que nos llamó la atención y aprendió sobremanera. Ya ves lo que puede el niño Jesús con las esclavas de su Padre y Madre.

A la Superiora de Zaragoza le escribe desde Valencia el 9 de marzo de 1860:

He salido quince días a pedir casa por casa limosna y tengo el consuelo que se ha sacado suficiente para que todo marche bien, con economía; he recibido amargas repulsas y sofiones (manifestaciones de enfado) y dos días me costó venirme mala... Pero muy contenta volvía al día siguiente. Con que ya sabe usted que sé pedir limosna, si se hallan ustedes en un apuro.

En carta al obispo de Ávila le dice: Valencia, 28 de Octubre (1862).

Me fui a Sueca, pues recibí una carta del alcalde, donde decía fuésemos a pedir limosna, que el pueblo se inclinaba a darla para esta casa, en agradecimiento de las chicas que hemos salvado, y van bien a edificar al pueblo con su mudanza. Me fui a pedir yo misma, casa por casa; y en dos días recogí dos mil reales, judías, calabazas, melones y arroz bastante; todos daban, y los pobres dos cuartos; poco que mucho todos nos daban y ofrecían más para el año que viene. Iba el pregón tocando la trompeta, los dos alcaldes, los síndicos, dos alguaciles con machos y serones para echar lo que daban, el cura, el teniente cura y el capellán de unas señoras que dan aquí la limosna, una hermana y yo, y dos mujeres que ayudaban a llevar al serón lo que daban.

⁶⁰ PIV fol 87.

Se hubiera usted reído de la comitiva; yo lloraba de ver lo que es Dios para el que le quiere servir. La gente con gran silencio y respeto. Si al descuido pasábamos una casa, salía la mujer y me rogaba entrara, que me daría; y las que no estaban en casa, mandaban la limosna a la casa que yo vivía, que se disputaron, y todos los ricos del pueblo querían ser los preferidos, y el señor alcalde tenía dispuesto que fuese a casa del arquitecto del pueblo, que es de los exaltados, y allí son moderados, y por ver si de paso... No se perdió tiempo.

Felizmente nunca le faltó dinero para sus hijas, pues Dios proveía natural o sobrenaturalmente.

22. DOS HISTORIAS DE COLEGIALAS

Ingresó en el Colegio una joven de talento no común, aire desembarazado, figura agradable y la gracia de las hijas de la Bética. La daremos a conocer con el nombre de Victoria. Era de familia acomodada y había perdido a sus padres cuando sólo contaba cinco años, bajando éstos al sepulcro a los veintidós y dieciocho años de edad.

Quedó al cuidado de la niña su madrina, y para darle educación la puso en un colegio de señoritas. Allí fue atacada con el terrible cólera en 1855; creyéndola muerta, la pusieron en el ataúd, y quedó en el depósito hasta la hora del entierro. Avisada la madrina, vino a verla y se acercó para quitarle los pendientes de oro que llevaba, antes que la sepultasen, y..., ¡oh, Dios!, la niña se levantó del féretro, y a poco, buena y sana, siguió su vida ordinaria. Contaba entonces catorce años.

Dando por terminada su educación, la sacaron del pensionado; sin el santo freno del hogar paterno y con su carácter intrépido y varonil, se marchó en compañía de un jefe militar a la guerra de Tetuán, a los quince años. Vestida de chico, presenció todas las acciones militares; a veces, cuando de otra manera no podía, se escondía para ver los azares de la lucha entre las malezas del campo.

En otra ocasión esta misma joven, que confesaba de sí no haber conocido en ningún acaecimiento lo que era miedo, hizo una ascensión en globo con dos compañeros de aventuras. También se ejercitó en la tauromaquia, llegando en cierta ocasión a torear en la plaza vestida de torero. En estos esparcimientos empleaba su vida y sus notables energías, robando la admiración de la alegre juventud, compañera de sus diversiones y pasatiempos. Hasta que se enamoró de ella un joven de buena familia, distinguida y opulenta; y temiendo que durante un viaje que había de emprender, otro la cautivase, la trajo a uno de los Colegios de Desamparadas para tenerla segura a su regreso.

Efectivamente, tan segura la tuvo, que por más que hizo no pudo sacarla ni verla jamás.

¡Qué temporada de luchas! La joven, no conociendo aún los deberes de cristiana ni apreciando la hermosura de la virtud, sentía que era intolerable aquella vida metódica y ordenada, tan contraria a sus hábitos; el joven, reclamando a su vuelta el depósito que dejara; era una batalla que había de librar la pobre Superiora, necesitando para sostenerla la fuerza especial que emana del sagrario. La gracia divina brotó, por fin, a torrentes, y su lluvia benéfica produjo en aquella alma animosa un cambio de esos que se admiran en los Agustinos y Magdalenas.

La mujer intrépida, que no había temido el estampido del cañón ni las balas que tantas veces rodaron a sus pies, al oír las verdades de nuestra sacrosanta religión, quedó cautiva, y conociendo la bondad del Señor, le amó con toda la ternura y generosidad de su animoso espíritu, y se entregó de lleno a la penitencia y a la virtud, sin querer jamás abandonar el Colegio. Fue una colegiala modelo, que, en calidad de hija de la casa, vivió sirviendo a Dios todo el resto de su vida. Lloró sus pecados, y la convicción que sentía en sí de la sinceridad de sus nuevos pero verdaderos afectos, la hacían decir, como a san Pedro: “Señor, tú sabes que te amo”. Su penitencia fue ejemplar y verdadera, y para siempre empleó en el servicio de Dios su gran corazón.⁶¹

Otro caso, que la Madre Sacramento escribe en su Autobiografía:

Recibí por el correo interior una carta escrita desde una casa pública, de mala vida, que tenían una joven como presa hacía 3 meses, y que viera cómo libertarla sin comprometerla porque la matarían si descubrían su aviso. Yo tenía miedo a estas casas, pero el fervor vence todas las dificultades con el deseo de salvar un alma que me llama a mí para que yo la salve. Lloraba de gozo y lo miré como un favor muy especial de Dios. Tomé un coche y dije al cochero que si veía que yo tardaba, subiera por mí, no fuera que me dieran un golpe o me encerraran a mí también. Cuando llegué, todas las gentes de las tiendas salieron a la calle de Jardines, a mirar quién bajaba del coche. Yo iba de negro y bien vestida para que se conociera que era una señora, pues no salía aún con traje religioso. Me dio tal vergüenza que me temblaban las piernas; iba rezando por la escalera y cogida a mi crucifijo. Llamo y sale el ama, y le digo que necesito ver una joven que se llama... y que la robaron. “Y tenga usted entendido que yo no entro donde haya hombre ninguno; cuidado conmigo que le costará a usted caro”. Me llevó a un cuartito interior donde había una cama, sillas, espejo y cuadros del revés, y una joven de 17 años, que al verme se echó a mis pies llorando. “Sáqueme usted de aquí, señora”. Miré bajo de la cama porque no hubiera alguien escondido. Me enteró de todo; la robaron de su casa con un engaño, y nadie sabía de ella. Al salir llamé a la patrona, y le dije que

⁶¹ Tomado del Archivo de la Casa de Madrid.

aquella joven estuviera en mi Colegio a las 12, y de no, la policía vendría por ella; me ofreció que sí, que no faltaría.

Y me rogó la patrona fuera con ella a la sala, y dudé, y ella me dijo no temiera, había despedido la gente porque me quería hablar.

Esta mujer joven, guapa, me contó su vida. Le hablé con tanta energía que me daba el susto y no sé qué temor y vergüenza de hallarme allí, que lloré con tanta amargura el sinnúmero de pecados que allí se cometían, que la conmoví, y me rogó salvase una hija que ella había tenido, y la tenía con ella, y la querían perder todos los que iban, y tenía 15 años. “Yo no quiero que coja este oficio”. Le dije que si cerraba la casa, yo cuidaría de la hija. Tomé la hija y la puse en la clase de distinguidas, de María Micaelas... Quedó tan prendada de mí, que de rodillas juró a Dios dejar la mala vida y no separarse un punto de lo que yo le dijera. ¡Oh bondad de Dios que buscas al pecador para que se convierta y se salve!

Esta mujer se llamaba Pepa y dejó un señor que la tenía con lujo. Era joven y mujer preciosa. Se alteró tanto con ella porque lo dejaba después de 3 años que él iba a la casa, que le quitó todo lo que la tenía puesto en la casa: moblaje, ropas, etc., todo con lujo; la dejó sin más que lo puesto, amenazándola de modo que le tomó miedo, y como estas mujeres tienen cosas raras, decía: “Si no es por el juramento que hice a Dios, me volvía con él, porque le quiero, y voy a ser pobre y tendré que pedir limosna”. “No, hija, no; yo cuidaré de usted”. Y así fue. Le busqué una casa frente de mi Colegio con una familia honrada; la vestí muy bien según su clase, y empecé a enseñarle la doctrina, pues no se había confesado jamás. Se confesó con don Gregorio, capellán de casa, e iba muy bien a los 25 años, y seguía mi tarea para enseñarle para la primera comunión. La condesa de Humanes venía a menudo a buscarme para consultarme sus penas, y siempre me hallaba con esta mujer. “Yo le enseñaré en mi casa, que tengo más tiempo libre que tú”. En efecto, se confesó, comulgó y cumplió su juramento. Yo le daba labor y le enseñé labores y ganaba para comer; casa y vestirla corría por mi cuenta. Al año le salió una boda de un sillero, bueno, y que ganaba buen jornal; se casó bien y le arreglé todo, y estaba siempre a la mira.

Un día la hallé muy afligida por un secreto que me guardaba, y se lo saqué, que el marido no tenía fe y no creía en Dios. “¿Cómo le haríamos venir sin que lo conociera? Pues si usted le habla, le gana usted como a mí. Él la quiere a usted mucho, pero le da miedo y vergüenza venir a ver a usted”. “Dígale usted que quiero me haga una silla para mi despacho”. Vino, le hice sentar, le dije del sillón y le hablé de su felicidad. “¿Ve usted cómo su mujer de usted no ha vuelto a vivir mal?”. “Sí, señora”. “Bien, pues como se dice que hay rumores de jaranas y usted es nacional, yo quisiera tomase usted el escapulario de la Concepción”. “Eso, no, señora, no puedo”. “Vamos, sea usted franco”. “Es porque no creo en Dios”. “Qué disparate, hombre. Sí que

cree usted en Dios; vaya que sí. ¿No está usted bautizado?”. “Sí, señora”. “Pues es usted cristiano, no puede menos de mirar a Dios como Padre. ¿No está casado?”. “Sí, señora”. “¿Y cree usted que es válido el matrimonio, que está usted legítimamente casado?”. “Sí, señora”. “Pues ve usted que cree en los sacramentos de la santa Madre la iglesia. ¡Ah! ya caigo. Es que usted no cree en la santísima Virgen Madre de Dios”. “Sí, señora, en la Virgen santísima sí que creo”. “¿Y qué duda usted, si todo lo cree usted? ¿Es que teme usted a Dios por su vida pasada?”. “Sí, señora, usted lo conoce todo”. En esto entran sacerdotes de visita y le hablaron y convencieron tan dulcemente que quedó satisfecho. Al día siguiente vino para lo de la silla. La silla que yo quiero es su alma y que el Señor descanse en ella cómodamente. Le preparé en 8 ó 10 días y se confesó con el capellán de la casa y confesor de la mujer. Fue tan grande su dolor que, deshecho en llanto, se desmayó. Tomó té, se serenó y quiso seguir su confesión por no vivir una hora más con tantos pecados. Todas llorábamos con él.

La mujer no sabía cómo dar gracias a Dios. Se pusieron juntos el escapulario de la Concepción y confesaron y comulgaron en la capilla de casa todos los meses; después, fuera, lo mismo.

A los dos años tuvieron que cortar un pecho a la mujer y se preparó de un modo admirable, y aceptó el mal y la operación como expiación de sus pecados y los ajenos, con tal conformidad y serenidad que estaba dispuesta a morir si le decían que era más perfecto que el dejarse operar, y lo sometió a su confesor, que dijo debía hacérsela. Su temor era si se le escapaba alguna palabra de las que tantos años había pasado con malas palabras. Y para que usaran modestia, me rogó que no la dejara, y, si decía algo, dijera no estaba en su juicio, pues sólo en este caso las diría.

Sufrió sin quejarse tan penosa operación, me cogió una mano para estar segura que no la dejaba, pues ofreció no abrir los ojos ni quejarse, y lo cumplió. Era edificante ver en casa de una pobre tal acompañamiento, pues en mí era ya un deber. Le costeamos todo, y en su convalecencia de 40 días establecimos una guardia perpetua. Siete puntadas tenía más dolorosas que las demás y lloraba muchos días de gozo al ver en ellas los 7 Dolores de María santísima. Cuando le quedaron 5, dijo al médico que si no se las querían curar, se alegraría, para sufrir en memoria de las 5 llagas del Señor; la herida toda formaba una corona, y ella se gozaba de esta semejanza con la del Señor, y los dolores los llamaba espinitas del amor de Jesús con ella. Edificaba a los médicos que la miraban con respeto a su virtud y valor, y no quisieron cobrar la cura. Yo la sostuve 2 años para que no trabajara por la exposición de abrirse la herida, hasta que saqué un destino al marido en Ferrocarriles, y están muy bien.⁶²

⁶² A 45, 1-4.

23. PROVIDENCIA DE DIOS

Tenía tanta confianza en la providencia divina que sabía que Dios le ayudaría a resolver sus problemas y sus deudas.

Apunta:

Su divina Majestad no se enfada porque le pidan dinero. Cuando yo he precisado recursos, he suplicado al Señor que me los mande. Y después de la oración, me he encontrado en mi pupitre o papelería oro y billetes de banco, que sabía que no tenía. Y esto no una vez, sino varias.⁶³ Muy a menudo acudo al Santísimo para pedirle lo que se me ofrece: ya dinero, ya de mil y de catorce mil reales, y como ayer cuarenta mil reales. Y en el acto, sin tomarme más pena que decir la cantidad.⁶⁴

En el cepillo (alcancía) de la Virgen hallé siempre la cantidad suficiente para el apuro del día y jamás se le puso un talego de dinero a san Francisco de Paula que lo dejase de llenar. Estando malo el padre Carasa y no teniendo dinero para el día siguiente, me fui un momento a la capilla a pedir al Señor, como de costumbre, remedio a tal apuro; puse el talego al santo y como se pusiese peor el padre, olvidé que no tenía dinero. A las once de la noche llamaban con tal estrépito que hice abrir y, como me llamaron y se enterase el padre, me dijo: “¿Es posible que ni a estas horas la dejen a usted?”. Era un pliego del palacio y una carta de la reina que me querían entregar en propias manos. Era la primera vez que yo recibía recados del palacio. ¡Qué sorpresa! Eran 10.000 reales que me enviaba sin haberlos jamás pedido. Quedé muy sorprendida y lo mismo el padre.⁶⁵

El día en que yo me hallé más apurada, al volver de misa con mi cuñada, me dicen que han venido dos hombres, el uno con una cuenta muy incomodada y otro señor alto. Yo dije a mi cuñada que me preguntó: “El uno ha venido a pedir dinero y el otro a traerlo, que ya lo he pedido yo al Señor en la misa”. Así fue. Llegó un señor alto de casa de la duquesa de Medinaceli. Al ver dinero envuelto se lo puse a san Francisco de Paula rogándole pagara con él la cuenta del Colegio, pues yo no tenía un cuarto y enseguida vino el otro con su cuenta.

- *¿Cuánto es?, le pregunté temblando.*
- *Quinientos reales, creo.*

Cogí el paquete con una fe y una confianza grande, pues no lo había abierto yo.

⁶³ PIV 201.

⁶⁴ Relación de favores 150.

⁶⁵ Papeles sueltos del Archivo de la Congregación de Madrid.

- *Cuente usted, le dije.*

*Contó y era justa la cuenta. No sabía yo luego cómo dar a Dios las gracias.*⁶⁶

Como eran tantos los que atacaban mi Colegio y se hablaba tan mal de mí, y decían lo iba a dejar y cerrar, tenía una cuenta con un comerciante de cerca del Colegio. Se alarmó con estas habladurías de las gentes, de tal modo que por miedo de que no le pagara se vino a pedir su cuenta de suministros que subía a 14 mil reales la víspera de San Francisco de Paula.

Dijo de un modo furioso que vendría por el dinero al día siguiente y que si no, que ya vería yo. Yo ni tenía dinero ni sabía de dónde buscarlo, pues pasaba grandes apuros.

Ya hacía tiempo había trabajado por la paz de una numerosa familia, y me debieron el arreglo de asuntos de grande interés. Hechas las paces quisieron hacerme una expresión, como una memoria, y regalarme un brazalete, y comprendiendo que no tenía uso para mí, prefirieron darme una limosna. El día de San Francisco de Paula, les pareció a propósito para esta memoria, y se vino a tomar la comunión a la capilla y acompañarme al chocolate.

*Yo disimulé la pena que tenía de la cuenta del comerciante y pedí a Dios y al santo Tesorero en su día hiciera uno de los muchos milagros que me hace de continuo. Tomamos chocolate y al marcharse esta señora me dice: “Esta cartita para mis hermanitas las Desamparadas”. Se fue y cuál fue mi sorpresa al hallar en vez de carta, billetes de Banco. “Que llamen a esa señora y le digan que se ha equivocado”. “Que no, respondió ella, que es para las Desamparadas”. Llegó el comerciante y le di la carta, segura (de que) sería la cantidad. Contó y era justo su cuenta, que le sorprendió y me dio mil disculpas.”*⁶⁷

Hermana Corazón de María manifestó:

Cuando la sierva de Dios pasó por Zaragoza para la fundación de Barcelona le dio don Manuel Drouda como limosna un bolsillo en forma de sombrero de seda negro y encarnado, lleno de monedas de oro... Madre Sacramento empleaba aquel dinero en los gastos necesarios y cuando estuvo vacío, lo dobló y guardó en su pupitre, cuya llave llevaba siempre consigo. Al día siguiente, cuando abrió dicho pupitre, halló el bolsillo lleno otra vez de la misma clase de moneda; al momento me lo enseñó y como yo sabía del modo que lo guardó y nadie había podido poner allí aquel dinero, mi sorpresa y alegría fue extremada, porque lo consideré como cosa admirable y maravillosa.

⁶⁶ A 24, 7.

⁶⁷ A 43, 5.

Dimos gracias a Dios muy conmovidas por el modo prodigioso que nos socorría. Este acto se repitió muchas veces. Tenía yo tal confianza y júbilo que, cuando se vaciaba el bolsillo, deseaba vivamente llegase el día siguiente para ver repetido el prodigio que Dios nuestro Señor obraba con mi santa Madre, lo que en efecto se repetía y la sierva de Dios hasta daba alguna cantidad a las religiosas que eran pobres y me decía que ya que nuestro Señor nos daba aquel dinero era justo que socorriera a las monjas pobres. Muchas veces en Madrid encontraba dinero en grandes cantidades en los cajones vacíos de la papelería, donde se guardaba, encima de la que tenía una imagen de san Francisco de Paula, como Tesorero de nuestra Casa, porque como la sierva de Dios le debía muchos favores, le había confiado este cargo. En una ocasión, poco antes de salir de casa para Valencia, encontró una gran cantidad y enseguida me lo dijo.

Tenía yo tal certeza de la verdad de estos sucesos que muchas veces, siendo yo Superiora local de Madrid, en ausencias de la fundadora, y encontrándome apremiada por la falta de recursos, abría yo la papelería indicada para ver si había algún dinero y nunca hallé nada. También debo manifestar que cuando Madre Sacramento salía de Madrid y yo me quedaba de Superiora, jamás me apuré aunque no tuviera dinero para atender a las necesidades de la Comunidad y asiladas, componentes un total de más de cien personas, puesto que estaba ciertísima de que por mediación de las oraciones de Madre Sacramento allá donde se encontrara esperaba y recibía los socorros necesarios, como sucedió en efecto en una ocasión que la Madre se hallaba haciendo Ejercicios en Valencia; la cual, conocedora de la carencia de recursos de la Casa pidió al Señor que nos mandara auxilios, y efectivamente recibí una limosna de mil duros o sea cinco mil pesetas...

Me consta por haberlo oído referir a la hermana Felipa, portera que era del Colegio de Madrid, que en cierta ocasión que no había tampoco nada en casa, fue mi Madre fundadora a la capilla donde estuvo mucho tiempo pidiendo a nuestro Señor le proporcionara recursos; en esto sintió que dejaban caer alguna moneda en el cepillo que había en el portal de la casa e inmediatamente salió de la capilla y dijo a la referida hermana Felipa que recogiese del cepillo lo que habían puesto; abriólo esta y encontró dos onzas de oro y por más que miraron no pudieron ver a nadie en la calle. Sé por haberlo presenciado que varias veces favoreció san Francisco de Paula a mi Madre fundadora, sacándola de varios apuros y la socorrió con las cantidades que necesitaba para pagar las deudas. Cuando no había dinero, Madre Sacramento ponía al santo una alforjita y pronto se recibía limosna. Al tener que regresar de Zaragoza a Madrid durante un invierno en que hacía mucho frío, Madre Sacramento dijo a la Superiora de nuestro Colegio de la primera ciudad que nos diera una manta para abrigarnos en el camino, y no pudo facilitarnos ninguna por haber más de cien colegialas y necesitarse todas las que había.

Entonces dijo la sierva de Dios que la pediría a la Santísima Virgen, yéndonos a la iglesia del Pilar a este fin; aquel día la invitaron a que viese las

alhajas y como mi Madre fundadora no tenía gusto de ver ninguna cosa, por notable que fuese, me envió a mí en su representación, acompañada de un conocido del Colegio de mucha confianza y del canónigo que las enseñaba. La Madre fundadora se quedó orando en la santa capilla de la Virgen y después de terminada la oración, se levantó para buscarme; entonces se le acercó un caballero, al que no conocía, y le dijo que yo estaba en la sacristía ya viendo la alhajas. Le preguntó de qué Orden era, y cuando se enteró, le dijo si le vendrían bien doce mantas, las que aceptó la sierva de Dios con suma gratitud, como regalo de la Santísima Virgen a quien había pedido una para el viaje. Al verme, la Madre me lo contó con mucha alegría, de la que participaron la Superiora y hermanas que lo supieron. Llevaron a la casa de la Comunidad las mantas y Madre Sacramento tomó una dejando allí las demás.⁶⁸

Ella misma nos dice:

Un día eran ya las 11 y no había nada en casa para comer 70 personas que éramos. Como Dios ha puesto en mi corazón una muy grande fe que el Señor no nos dejaría sin comer, no dije nada a nadie de que no tenía un cuarto y todo era llamar a mi cuarto, y como yo no quería me dijeran a lo que venían, pues bien conocía era para decirme no sabían qué hacer sin dinero, eran ya las 12 y lloraba yo al pie del altar, y di unos golpecitos a la puerta del sagrario: “Señor y mi Dios, mira que no tenemos qué comer”. Y le decía: “Estoy tan conforme que si no es esta casa para gloria tuya, se deshaga antes que ofenderte en ella. Mira, Señor mío, ya ves que el Colegio no está hoy en estado de que se les diga no hay qué comer, se irán todas y las maestras”. Yo lloraba amargamente, pero muy conforme. Estando en esto, llaman a la puerta, y era un religioso que venía de Filipinas, que deseaba ver la casa. La vio toda muy bien y le dijo admirado a Isabel, que se la enseñaba: “¿Con qué se mantiene todo esto?”. Con los bienes de la Superiora y no alcanzan, que es lo peor, y vive con grandes apuros. Y no se atrevió a decirle más. “¿Puedo ver a la Superiora?”. “Sí, señor”. Entró a mi despacho, y sentí en el momento que de este señor se valía Dios para enviarme el socorro. Me hizo un elogio de lo bien que le pareció todo, y me dijo quería tener parte en la obra tan grande de la salvación de estas almas; me dio un papel, creo con dos onzas, 640 reales. Se fue y yo mandé por arroz, huevos, pescado, y a la una tenía el Colegio una comida muy buena y de su gusto. Fue una gran Sorpresa, porque ya había llegado a su noticia que no había nada al fuego para comer. Creyeron después había sido un chasco que las quise dar, con la alegría natural, que no perdí con las penas.

Como era un jueves y yo estaba conmovida al ver la bondad de Dios, quería no se borrara jamás de la memoria, y decidí dejar un recuerdo de este favor tan grande y puse se ayunara los jueves y se comiera de viernes siempre.

⁶⁸ PIV fol 464v-467v.

No sólo fue esta vez la que llamé a la puerta del sagrario, sino que en otra ocasión tenía yo necesidad de pagar cuentas y no tenía dinero, y llamé afligida a la puerta del sagrario: “Señor, en prueba de que es tuya la obra, mándame dinero”. Y llegó una limosna que cubría la necesidad, y esto se ha repetido de mil maneras distintas que no recuerdo. Diré las que estoy cierta, porque vaya todo exacto para mi tranquilidad. Sólo las fechas exactas es en lo que puede haber diferencias.

Otro día que me hacía falta dinero, me puse yo a bordar unas marcas en una mantelería para la casa de la duquesa de Medinaceli, y no tenía quién lo hiciera bien, como las querían; y las pagaban a 20 reales cada una, con lo que yo saldría de mi apuro, y me pasaba lo más de las noches bordando para acabarlas pronto y cobrar para comer mi gente.

Ya me faltaba poco, y una noche a las 10, vino un caballero, que traía un asunto urgente a ruegos del Gobernador, que le escuchara a pesar de la hora. Tanto llamó que hice le abrieran, y como yo estaba bordando, lo recibí y le dije: “Hable usted lo que quiera, que yo seguiré bordando”. Dijo lo que quería el Gobernador, que en efecto era urgente y le di mi parecer; y como hablaba sin dejar de trabajar, me dijo: “Parece trabaja usted para comer mañana”. “Sí, señor, así es”. “¿A esto se ve usted reducida?”. “Sí, señor; como esta obra no aparece ni brilla como las del mundo ni se pueden contar estas cosas, no lo aprueban muchos o dudan de ella porque los resultados no saltan a sus ojos, y como su asunto de usted son todos, que no se pueden decir sino a costa de la Caridad, de quien soy yo la esclava”. Se fue conmovido. Yo no acabé mis marcas y me fui con pena a recoger con dolor de cabeza. A las 8 de la mañana recibí una carta del señor de anoche, y me enviaba una limosna y las gracias suyas y del gobernador que lo envió.

Como yo quería imprimir en todos los de casa y de fuera el amor al Santísimo y no hallase un medio indirecto que lo recordara, puse unos letreros que de letras grandes decían: “Alabado sea el Santísimo Sacramento”, y mandé se dijera siempre en los tránsitos, al entrar, salir y saludarse, etc. En todas las cosas de la casa se empieza con el “Alabado al Santísimo”. Es un gusto que siempre y en todo momento se alabe al Santísimo Sacramento.⁶⁹

24. CUIDADO DE POBRES Y ENFERMOS

Éste fue uno de los principales ministerios que la Madre realizó a lo largo de su vida, mucho antes de la fundación del Instituto para chicas desamparadas.

Cuando en 1854 y 1855 se presentó la epidemia del cólera, ella se dedicó a atender a los afectados con heroísmo sin temor al contagio. Escribe:

⁶⁹ A 35, 8-10.

Un día había atacado a 30 y a las tres horas habían muerto doce. Entró el terror y nadie quería entrar (al hospital San Juan de Dios). Me avisaron como hermana mayor: que se mueren sin confesión. Me fui sin titubear y me hallo a la gente en la puerta, que nadie quería entrar de miedo. Pues yo entro muy tranquila. Ofrecí como siempre mi vida y me puse a prepararlas a voz en grito para confesar y que el pago de su fervor sería cesara el mal, etc. Al cuarto de hora había tres hermanas y los confesores que llegaron y las confesaban como podían. Dos no quisieron confesar y se murieron a nuestra vista con un lenguaje horroroso. Yo pasé dos días allí y no se salvaron, de sesenta, ni diez.⁷⁰

También visitaba otros lugares como el hospital general, centros de beneficencia, asilo de mendicidad de San Bernardino, casa de expósitos o Inclusa, y varias Asociaciones de caridad, sin exceptuar a los presos y presas de las cárceles madrileñas.

Un día la llamaron a la calle San Onofre. Dice:

Fui con precauciones. Dos viejos accidentados que, por incurables, no recibían en ninguna parte y un niño de catorce años, hijo del conde Cleonar, que los cuidaba solo. No supe quién me avisó. Yo cuidé a la viejecita y el joven al viejo. Un mes lavarlos y calentar la comida y dársela, pues no podían menearse. ¡Era bien penosa la limpieza! Al mes murió la mujer y el joven se llevó al viejo.⁷¹

Especialmente se preocupaba de las presas que habían recibido pena de muerte. Entre ellas había una llamada Manuela Bernarda, a quien todos llamaban la Bernaola. Era el año 1856 ó 1857. El padre Juan García lo refiere así:

En tan duro trance supo insinuarse la Madre Sacramento de manera tal que recabó de ella un arrepentimiento sincero hasta el punto de temer la condenada la indultasen, pues se horrorizaba de la posibilidad de volver a la senda del crimen, si no le quitaban la vida. La Madre Sacramento la puso bajo el amparo de la Virgen de la Soledad, haciéndola vestir el hábito, quiso también acompañarla hasta el cadalso, pero se lo negó su director espiritual.⁷²

Ella anota:

Al volver a Madrid hallé una baldada con muletas en la puerta de San José o el Carmen, y como era joven y pedía limosna, pues estaba limpia, pero llena de andrajos y en extremo flaca, me llamó la atención su buen porte y

⁷⁰ Relación de penitencias 48.

⁷¹ Relación de penitencias 21.

⁷² PIV fol 1259.

finura; la llevé a mi casa, la vestí toda de bayeta para abrigo, y le arreglé un ajuarito pobre pero decente, le di trapos, etc., y por fin la vi tan llena de llagas, que me resolví a curárselas por mí misma, y le pedía yo al Señor por ella. Iba mejor y esto me animó tanto que, interín estaba yo fuera, mi apoderado tenía orden que nada le faltara; la curé de modo que andaba ya sin muletas y cicatrizadas las llagas, y como le daban de comer en mi casa, se puso gruesa y buena del todo. Y la coloqué en el Colegio para servir y de este modo no carecía de nada.

*Fueron muchas las veces que esta infeliz me insultó después, habló mal de mí, y ganada por las monjas francesas, se fue con ellas.*⁷³

Hermana Corazón de María informa:

*Me consta que cuando tenía establecido la sierva de Dios su Colegio en la calle de Atocha de Madrid se desarrolló en él una enfermedad diagnosticada con el nombre de gripe, víctimas de la cual enfermaron en pocos días como unas setenta entre colegialas y maestras, a las que asistieron en todo mi Madre fundadora y su doncella Isabel, quienes tuvieron que estar continuamente junto al lecho de las enfermas sin otra ayuda que la del entonces médico de la casa don Marcos Viñals, el cual movido a compasión por el excesivo trabajo de las mismas, les auxiliaba en cuanto sus ocupaciones se lo permitían, ayudándoles hasta subir él por sí mismo los calderos de cocimientos que dicho médico había ordenado como eficaces sudoríficos. Algunas de las enfermas que, según recuerdo, se agravaron hasta el punto de administrárseles los santos sacramentos, llegaron hasta quince poco más o menos, y, a pesar de su estado, ninguna de estas ni de las demás atacadas fallecieron. Es mi opinión que Dios nuestro Señor concedió a mi Madre fundadora la gracia de no tener que experimentar pérdida alguna en premio a su ardiente caridad, la cual hizo que se multiplicara al lado de sus enfermas, no faltando a ninguna de estas la debida asistencia y exquisito cuidado, tanto en medicina como en los alimentos que ella por su propia mano condimentaba, y fundo este mi parecer en que humanamente, y sin especial asistencia de Dios, no puedo explicarme cómo dos solas personas pudieran afrontar trance tan angustioso y sobrellevar tanto trabajo durante la epidemia.*⁷⁴

La Madre recuerda:

Cerca de la casa en que vivíamos en París, se quemó una pobre, y la curaron en el hospital, pero después de muchos meses la despidieron, porque ya no tenía cura, y se quedaba en llagas crónicas, que le cogían el pecho, brazos y espalda; una mujer que yo visitaba por la Conferencia me dijo que esta infeliz mujer estaba en un grito día y noche, en un cuartito, sola, pues una hija que

⁷³ A 17, 5.

⁷⁴ PIV fol 513v-514.

tenía, aburrida del mal, la había abandonado, y los médicos lo mismo, y la mandaban ir a la cura pública que hay en el hospital; y los más días no podía ir.

Yo fui a verla, era una cosa penosa, toda una pura llaga, y el olor era insufrible, de modo que nadie paraba allí largo rato. Yo le llevé trapos, hilas, vendas, que cosíamos en casa para ella, y como los demás, estábamos poco con ella; por esto mismo sentía que nos fuéramos, y mi criada Eduvigis y yo tratamos de vencernos, pues a las dos nos costaba mucho. Ella no pudo, pues se ponía mala y le daban arcadas; a mí me sucedía lo mismo.

Pero le pedí a la Virgen de los Dolores que, si quería cuidase aquella pobre, me quitase la repugnancia, y el mismo día que se lo pedí, hallé que no me hacía daño y me estuve más tiempo. Luego me pidió la curase porque se pasaban los 5 y 6 días sin mudar, porque la única vecina que podía verla sin ponerse mala, tenía dolores de reuma, y no podía venir a menudo.

Ensayé a curarla y vi que la Virgen me había concedido mi petición, y que aunque me costaba no me ponía mala, y decidí curarla dos veces al día, pues de este modo dormía bien. Después de mis rezos y misa, etc., a las 10 me iba, y pasaba con ella hasta las 12, que venía por mí mi criada Eduvigis y no se enteró que yo la curaba; por la tarde iba en coche antes de comer o después, y como mi cuñada lo sabía, me iba otra horita, pues ella me lo callaba y no se sabía, pues iba yo de noche a la iglesia casi siempre y creyeron iba a rezar.

Decidí curarla a mi modo, con árnica, y en efecto sea esto o que yo pedía con gran fervor a la Virgen Dolorosa o el remedio, ello es que la mujer empezó a curarse y estaba tan bien que se vestía y no había ya las materias ni olor repugnante, etc. y al mes ya no necesité curarla yo, ella misma y las vecinas lo hacían bien.

Pero un día la hallo en la cama, muy mala, y tan malas las llagas que estaban moradas y negras; la curé y me fui a la iglesia a pedir a la Virgen y al Santísimo; y sentí como si me dijeran: “No temas, yo te la curaré”; y sentí con tanta fuerza esto que me quedé muy tranquila y cierta, más segura, sí, muy segura. Me dijeron las vecinas que tenían que llamar a un médico porque si se moría como parecía, les costaría ir ante el maire (alcalde) a declarar cómo sin médico se curaba aquella enferma.

Iba diariamente a mi casa de visita de amigo un médico alemán, Mr. Wertheim; y como era protestante yo cuestionaba con él por ver si se convertía, y me quería mucho. Le dije que me hallaba en un apuro con una pobre, si quería venir conmigo, y lo llevé para tranquilizar a las gentes de la vecindad; la vio y me dijo eran manchas de gangrena y que no tenía cura, que yo le pusiera lo que quisiera, pues se moría. Habló de esto en mi casa, y todos me dieron algo para ella; y me dijo que si se moría él pondría el certificado, y no temiera a la policía ni que el remedio le quitaba la vida, pues era incurable ya. Y volví yo misma a

curar a mi pobre, o más bien a la de la Virgen Dolorosa, que con su promesa y seguridad le dije al médico: “Ve usted que no tiene cura, pues la Virgen la ha de curar y no la hemos de poner más remedio que el árnica en agua”. “¡Oh! si se cura, ya creeré yo también que la Virgen hace milagros”. En efecto empezó a mejorar, y yo le dije a la mujer si había hecho algo para recaer tan grave; me lo negó, y yo le pedí a la Virgen me lo diera a conocer y en el momento comprendí daba el árnica y ella pasó 8 días sin medicina.

La reñí porque no me decía la verdad, y me confesó que le daba el agua a la de los dolores reumáticos, y que se había curado; y otra mujer se la había pedido hallándose llena de dolores, y como iba mejor le dio toda. La mujer se curó completamente en 8 días, y jamás volvió a tener novedad, y estaba muy bien acomodada con su trabajo, pues estaban cicatrizadas las heridas, y aunque el médico quiso ir a verla, yo no le dejaba, para sorprenderle más con la cura.

Y en efecto, cuando le llevé, dijo era una cosa sorprendente, y le dijo a mi hermano no era posible curarse en tan poco tiempo sin un milagro, y desde entonces él defendía a la Virgen y tomó cariño como él decía a la Virgen y, si se ponía malo, pediría a la Virgen. Esto hizo me dejara mi hermano ir a mis pobres, y se hablaba de ello en casa ya sin apuro de que se supiera como antes, que se disgustaban.

Para vencer este orgullo natural en mí, y que tanto me cuesta, visitaba a una trapería, muy pobre y enferma, en una buhardilla, rodeada de montones de trapos muy ordenados, sucios, en extremo asquerosos, los de hilo en un lado, los de algodón, clavos, alambre, cuerdas en otro, y un sinnúmero de mendrugos de pan que era su comida. Qué reflexiones me hacía yo allí, qué contraste con mi lujo y delicadeza en la comida. ¡Qué ejemplo me da esta infeliz!

¡Qué buena es esta mujer! ¡Cómo sufre su soledad, su enfermedad! Y yo, qué lejos estoy de esta virtud. Estas y otras reflexiones me movieron a poner un cuidado muy especial en cuidarla, le hacía una hora de compañía, le llevaba aquellas cositas que más la podían consolar, le leía, rezaba con ella, y me esperaba cada día con grande afán. Qué consuelo sentía mi alma; me iba a mi oración para dar ensanche a mi corazón oprimido, por el ejemplo que Dios me ponía delante. Cuando se puso mejor, la hallé hilando a la rueca, con lo que pagaba el cuarto, una sola pieza, una peseta cada semana. Nos hicimos tan amigas, que habiendo yo dejado de ir en unos días me la hallé con su gancho y su cesto en la cabeza a las 12 del día en una de las calles principales de París, rue de la Madeleine; y al verme empieza a gritar (la voilà), mírala, mírala, mírala; y con el gozo pintado en su cara, me abraza, besa 6 u 8 veces, me coge de las manos que me apretaba, subía y bajaba fuera de sí; yo, muerta de vergüenza, la gente nos miraba, yo con un lujo todo de terciopelo corinto, formábamos un contraste particular. Para vencerme y reparar lo que yo me reprochaba interiormente como una falta, la repugnancia, vergüenza, no sé qué de cosas que el orgullo representa de golpe, me vencí y la abracé yo a mi vez;

ella lloró de gozo y las gentes que pasaban lloraban también, y yo. Me entré en una iglesia a dar a Dios gracias, que humillaba mi orgullo.

*Su cama eran los trapos y comía el pan que hallaba en los basureros, y yo admiraba su conformidad y su gran virtud y paciencia, y hablaba de Dios de un modo que me avergonzaba a mí en gran manera. Luego iba yo a mi casa a poner en práctica estas lecciones, que me servían como de espuelas para trabajar con Dios y sufrir por su amor.*⁷⁵

Como yo deseaba que mi cuñada hiciera obras de caridad y viera las necesidades, la llevé un día al hospital de San Juan de Dios, un domingo, para que viera la Congregación llamada de Belén, que va los domingos de 3 a 5 de la tarde para hacer las camas a las enfermas, peinarlas y lavarlas, etc., y yo era de esta corporación, donde se llama cada una con el nombre de un santo, ya para que no haya confusión como no tener orgullo de títulos o apellidos, y yo me llamaba allí Sacramento, para tener el consuelo que me lo recordasen siempre que me nombrasen. Este día había una mujer cuajada de lepra de medio cuerpo arriba que pedía le hicieran la cama; nadie se determinaba, y yo al fin me resolví, figurándome que era el Señor representado por aquella infeliz cubierta con una coraza de costras hediondas. “Yo le haré a usted la cama”. “Hace ya más de un mes que no se hizo, hermanita”, me dijo: “Yo le echaré a usted los brazos al cuello y así me coge usted por debajo del cuerpo”. Metí mis manos en aquella balsa de materias y fue tanto el esfuerzo que hube de hacer, que me desollé las manos. Cerré mis ojos, pues su pecho daba a mi boca. La hice la cama y me valí del valimiento que allí tenía y la mudé colchón y sábanas, con lo que quedó muy contenta. La volví a colocar del mismo modo, y di gracias a Dios que me dio fuerzas y el valor justo, muy justo. Pero que gozo sentí después, pues se imprimió fuertemente en mi corazón que era el Señor el que había cogido en brazos. Y rebosaba de gozo.

*A los 8 días me hallo en la mano derecha una costra a modo de escama como una peseta. Conocí era igual a las de la pobre de San Juan de Dios. Llamé a Viñals y Rubio. “¿Dónde ha cogido usted esto, mujer de Dios?”. “Cállelo usted, que no se sepa”. Se apuró tanto y dijo debía ir a baños y mil cosas más. Yo me fui apurada a la capilla: “Mira, Señor, mira”. Y desapareció del todo. Gracias a Dios no llegué a tomar remedio ninguno y sigo bien.*⁷⁶

En el año 1854 entró una colegiala que había estado en (el hospital) de San Juan de Dios y la echaron por sus escándalos en las salas y después se dio a peor vida. Pidió entrar, lo que sorprendió a los que la conocían. Era tan mala que con algo de miedo la recibí. En efecto se descubrió que no creía en el misterio de la Concepción, cosa que traspasó mi corazón de pena. Nos ocupábamos exclusivamente de instruirla en la religión, cuando se descubre

⁷⁵ A 6, 3-4.

⁷⁶ A 43, 6.

(que) se hallaba plagada de sarna y dijo el médico que fuera al hospital y por miedo de que difundiera sus malas ideas y hablara contra la Virgen, resolví se curara en casa, pero la enfermera, que era viuda y mujer de las que entienden de enfermería, me dijo que... si ella la curaba, se exponía (al contagio) y opinaba que no debía curársela en casa.

Yo tenía gran repugnancia a este mal sin conocerlo. Me fui a mi refugio a contárselo al Santísimo Sacramento:

- *“Mira, Señor, si va al hospital y habla contra el misterio de la Concepción, cuánto mal va a causar esta mujer en una gente descreída de suyo.*

Mira, Señor y Dios mío, si tú me guardas, yo la curaré, tú en pago la conviertes de sus graves errores, que aflige el oír su lenguaje. Y si cojo yo sus males, no me importa, que ellos no mancharán mi alma, que es lo único que yo temo ya en la vida. Madre mía, por tu amor daría yo mi vida, cuánto más mi salud. Yo la curaré”.

A las once (de la noche) cuando todas dormían en casa, subía yo de la capilla y le daba unturas por todo el cuerpo por espacio de una hora, un mes seguido, sin que nadie lo supiera en casa. Y no sólo me guardó la santísima Virgen de que cogiera el mal, sino que a los tres días, vencida ya la repugnancia primera, ya no me costaba ni el olor del ungüento me molestaba y sentía tal gozo que dejaba aquella hora de oración en la capilla para seguirla a la enfermería, como si fuera una continuación de ella... Y Dios hizo que sanara, no sólo de su lepra física, sino de la moral, en cuanto a la fe, de modo que en cuatro años que estuvo en el Colegio jamás se permitió se recordara su ignorancia en este punto⁷⁷.

25. HERMANA MAYOR

Los hermanos de la Doctrina Cristiana de San Juan de Dios la nombraron hermana mayor de la Congregación de la Doctrina Cristiana. Ella escribe:

Se produjo una verdadera alarma en las 40 señoras hermanas, aunque al hospital 15 ó 20 iban, pero a las juntas las más asistían; y fue una oposición general a mi nombramiento. Dijeron que, si yo entraba de hermana mayor, todas lo dejaban y salían de la Congregación; y se sostuvieron bien en ello, alegando desgraciadamente la verdad: que con el lujo que yo traía de París no podían o no querían alternar en una obra de caridad; que con mi orgullo las trataría a todas por encima del hombro, y ellas no necesitaban que yo las protegiera; que yo tenía el genio muy vivo y dominante, fuerte, etc. Además que

⁷⁷ A 43, 2.

*qué entendía yo de obras de caridad; de tertulias, bailes y teatros las podía dar lección; y que no me querían de hermana mayor.*⁷⁸

*Cuando yo llegué a la sala del hospital llamada San Juan de Dios donde me esperaban todas las señoras, las saludé a todas con mucha amabilidad, y se iban llegando a mí una por una, poniendo excusas particulares para despedirse, de modo que me iba a quedar sola, resuelta ya a sufrirlo por Dios; escuché con calma y cachaza las razones que cada una traía muy bien coordinadas para hallar justa su salida, que parecía me dejaban convencida, y tan justas si no estuviera en el secreto de su resolución, cosa que ellas creían ignoraba yo. Después que todas me dieron su estocada, que tal efecto producía en mi corazón, les dije: “Hermanas y señoras mías, bien conozco que el venir a este hospital es muy penoso y que tal vez sus ocupaciones las obliguen a dejar de hacer esta obra de caridad tan grande, y aunque me reconozco por la más inútil y sin virtud, la obediencia me trae aquí”. Todas se miraron unas a otras como sorprendidas. ¡Sí, señoras! la Junta de señores y el señor Lobo, padre espiritual, me lo han mandado, y yo he admitido por hacer a Dios el mayor de los sacrificios que quizás se me presente en la vida, pues sé la oposición de las señoras y la resolución de salir todas a mi entrada, como acabo de ver. Tienen ustedes razón, y es muy justa su repugnancia, pues tengo todos los defectos que las señoras me acusan e imputan, y yo les ruego en caridad que me enseñen un poco la marcha que ustedes siguen porque en esto de obras de caridad me hallo tan ignorante que necesito la ejerciten ustedes conmigo, y no duden que Dios se lo pagará, tanto más que si logran ustedes mi conversión no será menor la obra que la de una de estas infelices, etc. etc.; y no sé de cosas que les dije que el Señor me inspiró, y me ofrecieron todas quedarse unos días para enseñarme, y tanto me humillé que las gané y ninguna se fue y aún siguen hoy. Aunque he renunciado no me han admitido; dejé ser hermana mayor en el nombre; pues con mis viajes no me queda tiempo para serlo en realidad.*⁷⁹

26. AMIGA DE LA REINA

La Madre Sacramento fue muy amiga de la reina de España Isabel II. De ella habla en varias ocasiones en sus escritos. La reina disfrutaba hablando con ella y recibiendo sus consejos, pues reconocía que era una santa.

Hermana Corazón de María manifestó:

En la enfermedad que tuvo Su Majestad la reina, mi Madre fundadora la visitaba y estaba muchas horas, sentada junto al lecho regio. Durante la convalecencia quería que la acompañase a comer, y en su misma habitación se ponía una mesa pequeña, sirviéndose la comida por un solo criado y, con la

⁷⁸ A 18, 1.

⁷⁹ A 18, 3.

*mayor satisfacción de Su Majestad, comíamos las tres con la intimidad de hermanas. Cuando el rey y las demás personas reales habían concluido de comer, venían a la habitación en que nos hallábamos y después de una larga sobremesa, cada cual se retiraba a cumplir sus respectivas obligaciones, quedando solas Madre Sacramento y yo con los reyes para rezar el santo rosario, si no lo habíamos hecho ya. Muchas veces, al salir de palacio, acompañé a la sierva de Dios a la casa del reverendísimo señor padre Claret para trasmitirle las órdenes y encargos que para él había recibido de la reina.*⁸⁰

En varias oportunidades le aconsejó vestir más decentemente y quitar cuadros poco honestos del palacio real. La misma reina declaró en el Proceso:

*Con increíble consuelo de mi alma, accediendo a sus ruegos y repetidas instancias, quité la costumbre de ir descotada en las funciones religiosas, de etiqueta, en la capilla real y en las iglesias. Y, alguna vez me solía decir que se arrepentía de haberme aconsejado me vistiera en París, porque esto me había hecho gastar más de lo que era debido.*⁸¹ *Viendo la sierva de Dios en las habitaciones del palacio real cierto cuadro no muy en armonía con las leyes de la honestidad, me suplicó que mandase retirarlo de su lugar como así se hizo, sustituyéndolo con la imagen de un santo. Se hizo lo mismo con un velador que mostraba figuras también poco edificantes por indicación suya, apartándolo de la vista y mandando destruir las figuras que se sustituyeron por otras piadosas*⁸².

*Me predijo algunas cosas que se han realizado y otras que se realizarán en el porvenir. Las últimas veces que la vi, la encontré tan abstraída de las cosas del mundo que le pregunté qué tenía, y me contestó que estaba tan identificada con Dios que ya sólo para Dios estaba.*⁸³

Hermana Corazón de María anota:

*Tenía Madre Sacramento mucha pena de la costumbre que prescribe el ceremonial de la etiqueta de Palacio sobre que los trajes de gala en los días solemnes de Corte fuesen poco cerrados y modestos para asistir al templo y, con suma prudencia, pero sin respetos humanos, hizo entender a la reina lo inconveniente de esta moda por lo mucho que con ella se ofendía al Señor, y desde entonces, se presentó siempre la regia señora cubierta y modestamente vestida. Yo misma he presenciado que Su Majestad la reina estaba vestida para recibir a la Corte y dijo a la sierva de Dios: “Mira, mira María Micaela, cómo me tengo cubierto el pecho con encajes”.*⁸⁴

⁸⁰ PIV fol 172-172v.

⁸¹ Proceso ordinario de Madrid fol 2487.

⁸² Ib. fol 2489.

⁸³ Ib. fol 2488.

⁸⁴ PIV fol 168.

Y continúa hermana Corazón de María:

Había regalado a Su Majestad la reina un príncipe extranjero cierto magnífico y precioso velador de bronce y mármol con figuras poco honestas, y como la Madre Sacramento no transigiera sobre este punto en nada y con nadie, manifestó a Su Majestad que no podía tener aquel mueble por dar motivo a ofender a Dios cuantos lo mirasen y ofreció confeccionar un tapete para dicho velador; en muy pocas horas se bordó uno para que inmediatamente se cubriese el referido mueble; pero no por eso se satisfizo mi Madre fundadora, y dijo a la reina que el mencionado tapete no evitaba el peligro de ofender a Dios, porque podían levantarlo y ver lo que había debajo, y así que lo mejor era romperlo. Los reyes asintieron gustosos a esta idea y al instante la sierva de Dios empezó a picar la piedra con la llave de la puerta del Colegio que llevaba siempre consigo, la cual no era de grandes dimensiones, y como no pudiera romperse la indicada piedra, pidieron los reyes y la Madre Sacramento un martillo con el objeto de conseguir el propósito, y por más esfuerzos que todos hicieron tampoco lo lograron, habiendo presenciado este hecho el Infante don Sebastián. Disgustaba también mucho dicho velador al reverendísimo padre Claret, pues vi que un día le cubrió con su sombrero. A mí, la declarante, me manifestaba Madre Sacramento: “No mires”, cuidando de que ni siquiera estuviese yo cerca del velador.

Como no había medio de romper aquella piedra por más esfuerzos que se hacían, dijo por fin la sierva de Dios que en el palacio no se lograría, porque allí el demonio tiene más poder (poco más o menos éstas fueron sus palabras), pero que en el Colegio, con su llave, rompería dicho velador y que se lo enviasen. En efecto a la siguiente mañana, muy temprano, ya estaba en casa el velador y Madre Sacramento, como había dicho ya, enseguida lo destrozó con la mayor facilidad, valiéndose de la citada llave. No presencié cuando lo hizo y creo estaría sola para que nadie viese tales figuras. Yo vi temprano, sin recordar si antes o después del desayuno, en el despachito de la Madre, el armazón del velador, el que después servía de jardinera con una lámpara, que se ponía delante del monumento en la Semana Santa en nuestra capilla.⁸⁵

La amistad con la reina fue decisiva para poder hacerle un retrato. Dice hermana Corazón de María:

Deseaba la reina que se retratase la Madre Sacramento y con frecuencia le decía que mandaría a nuestra casa al eminente pintor, señor Madrazo, para que lo hiciese. Como tenía invencible repugnancia a dejarse retratar, según lo demostró en la ocasión de remitir las Constituciones a Roma y también en otras muchas veces, con delicadeza y gracia sabía eludir el compromiso y pasaba el tiempo sin hacerlo, hasta que por fin un mes antes del fallecimiento de mi Madre

⁸⁵ PIV fol 169-171.

*fundadora, la reina lo mandó terminantemente, y aun creo que dijo al reverendísimo señor Claret que la obligase a obedecer y tuvo que resignarse. Estoy cierta que, sin el precepto de su confesor y del prelado de Toledo, nunca hubiera accedido a los vivos deseos de Su Majestad.*⁸⁶

27. PENITENCIAS

La Madre Sacramento era muy penitente y ofrecía a Dios constantemente sus dolores y limitaciones por la salvación de los pecadores y del mundo entero, especialmente por las asiladas que eran sus hijas.

Hermana Corazón de María nos dice que le costó quitarse sus trajes de lujo, pero lo hizo por amor de Dios. Asegura:

*Se quitó mi Madre fundadora sus lujosos trajes y se puso uno de lana fina, haciendo con esto una gran mortificación, pues siempre había usado terciopelo o seda. También se puso una toca y velo de colegiala.*⁸⁷

Hermana María Montserrat, que la acompañará muchos años, dice que,

*Cuando ella ingresó el 8 de octubre de 1853, la encontré en un cuarto de la planta baja al lado de la capilla y no tenía más luz que la que entraba por una ventana, colocada a bastante altura. En este cuarto húmedo... escribía y bordaba para ganar y dar de comer a las chicas... Continuó algunos años hasta que llegó a enfermar de la vista, pues no veía del ojo izquierdo. También adquirió unos dolores que no los manifestó ni puso en curación.*⁸⁸

*Ordinariamente solía levantarse a las cinco de la mañana y acostarse, unas veces a las once y otras a las doce de la noche. Yo no sé si desde que se metía a la cama estaría durmiendo, pero debo consignar el hecho de que yo misma la he visto a altas horas de la madrugada recorrer los dormitorios... Algunas veces he hecho yo con la Madre Sacramento, cuando en los primeros años había poco personal, la guardia a las tres de la madrugada.*⁸⁹

Hermana Elena de la Cruz recuerda:

Me consta que solamente se entregaba de noche al descanso sobre tres o cuatro horas y esto lo hacía habitualmente; su lecho consistía en un jergón de

⁸⁶ PIV fol 172v-173.

⁸⁷ PIV fol 387v.

⁸⁸ PIV fol 1271.

⁸⁹ PIV fol 1276.

*esparto sobre una cama de hierro, aunque estuviera enferma y de gravedad... Murió sobre un jergón de esparto, sirviéndose sólo de sábanas de algodón.*⁹⁰

Anotemos que en el momento de su exhumación le encontraron un cilicio en el hueso sacro. Ella misma escribe sobre sus penitencias:

*Yo suelo usar un cilicio en la cama toda la noche, de hierro, y duermo también con él. El cilicio para ir en coche, por ser más penoso, por un año muy habitual. Hace muchos años, es ya una costumbre llevar algo que me lastime o moleste de continuo.*⁹¹

Jamás bebo agua con sed; espero que se pase y sin gana bebo la necesaria, excepto estando enferma, que bebo por medicina y muchas veces cerveza, que me es y ha sido siempre más desagradable, repugnante; y cuando el hábito disminuye el disgusto, bebo agua una temporada; quince años llevo así.

Fui tan aficionada a los dulces que estaba ajustada en una confitería que, siempre que saliera, entraría a comer cuantos quisiera, y luego se pagaba en casa el gasto que hacía. Ahora, hace siete años lo menos que no los he probado, y postres jamás los como, ni principio, estando en casa; sólo fuera, para que no se note.

*No hacer nada que me guste y mortificaciones en toda y en cada cosa del día quince años hace que lo hago, sin dejar de hacer cosa que notara serme penosa. Cinco años anduve por las calles sin ver nada y hoy es ya una costumbre*⁹².

La cocinera del Colegio de Valencia refiere:

Una vez me dijo: “Vamos, tú que sabes hacer el arroz a la valenciana; deseo que me hagas hoy el arroz al estilo de este país”.

Yo lo arreglé, en efecto, y cuál no fue mi Sorpresa al ver que, sin embargo, de no faltarle sal, pues ya lo había yo dispuesto en forma que no estuviese ni dulce ni salado, empezó a poner más sal en el arroz en términos que parecía imposible que ninguna criatura humana pudiera no ya comerlo, sino ni probarlo siquiera. Ello es que comió parte del arroz. El que sobró pasó a la cocina. Yo y otras quisimos comérmolo por tratarse de una santa, pero no lo pudimos pasar de dientes adentro por lo salado que lo había puesto la Madre Sacramento.

⁹⁰ PIV fol 94v.

⁹¹ Relación de penitencias 1, 7, 36.

⁹² Tomás Cámara, o.c., tomo II, pp. 154-155.

*En otra ocasión —continúa la cocinera— mostró deseos de comer el melón de Valencia, que tiene fama por lo bueno y dulce; pero, sin duda, quiso mortificar ese deseo por cuanto también le puso bastante sal, en tal forma que, después en la cocina, no se pudo probar por nadie lo que sobró del pedazo*⁹³.

También se daba con ortigas o con agua helada por el cuerpo. Y hacía otras muchas cosas penosas por amor a Dios y la salvación de las almas.

28. SU CARÁCTER

María Micaela era hermosa, a pesar de tener un pequeño defecto de estrabismo en el ojo izquierdo.

Hermana Corazón de María en una carta dirigida a la Madre general de las adoratrices desde Valencia, el 25 de mayo de 1899, le dice sobre la Madre:

La sierva de Dios, nuestra venerada Madre fundadora, era de muy buena estatura, más bien alta; algo corpulenta y bien proporcionada; su aire, distinguido, esbelto, elegante, sin afectación. Se veía en la humilde religiosa la aristocrática señora.

Tenía la cara larga un poco; la tez, blanca y encarnada; los ojos, no pequeños ni demasiado grandes, de color castaño oscuro, modesto y expresivo; era algo miope. Las facciones del rostro, sin defecto alguno; la frente, despejada y tersa; los labios, rojos y delgados; los dientes, blancos y pequeños; el cabello, fino y casi negro; las manos, de tan perfecta belleza, que eran la admiración de todos.

Sin ser de extremada hermosura era agraciada, simpática y de un atractivo sin igual; su carácter alegre, su trato amable y su conversación instructiva, amena y espiritual, siempre de Dios o de lo que a Dios conduce; cautivaba a las personas que la visitaban haciéndose gran violencia para separarse de su lado, pues, según decían, oyéndola, pasaba el tiempo sin sentir, olvidados de las cosas terrenas.

Su carácter era fuerte, vivo y enérgico; pero se dominó de tal manera que se hacía notar por su mansedumbre y dulzura. Aunque su naturaleza era sana y robusta, las muchas mortificaciones y trabajos continuados se la debilitaron, así en el principio de su estancia en el Colegio como en los últimos años de su vida por sus excesivas maceraciones; pero no tenía el rostro demacrado, sino que estaba exactamente igual al retrato que hizo Madrazo un

⁹³ PIV fol 1538-1538v.

mes antes de su muerte por mandato expreso de Su Majestad la reina, doña Isabel II, el cual se conserva en nuestra Casa matriz.

Aunque era muy amante de la pobreza, era en su persona y en todas las cosas sumamente limpia y aseada; nunca se veían sus vestidos ajados ni con la más ligera mancha, sin variarlos con mayor frecuencia que la Comunidad acostumbra. Por la mañana se vestía ya como había de estar durante el día, distinguiéndose por la observancia y puntualidad en todo.

En la mesa donde escribía, cada cosa estaba en su lugar correspondiente; limpio y doblados con esmero los papeles y cartas, todo en orden perfecto que daba gusto verlo.

Su presencia infundía veneración y respeto tanto a las de casa como a las personas de fuera de cualquier estado y posición.

Su modo de andar, grave y modesto, parecía tener agilidad extraordinaria para trasladarse de un punto a otro, pues en breve tiempo y sin precipitación recorría los extremos de la casa.

Una prueba de su carácter fuerte nos lo da el siguiente hecho:

Una joven, llamada Josefa, había quedado huérfana de padres y el novio que tenía la condujo a una casa de perdición para explotarla. Sin duda aquella vida no era del agrado de Josefa por cuanto escribió una carta a la Madre Sacramento, la cual se presentó con la hermana Rosario en la misma casa de prostitución.

Cuánto no le dirían las personas que en ella había que la hermana Rosario se desmayó; pero la Madre Sacramento tenía cogida de la mano a la chica arrastrándola hacia fuera sin intimidarse ante las amenazas de las otras compañeras y de algunos hombres que aparecieron también. Cuál no sería la actitud de la Madre Sacramento sosteniendo con un brazo a la hermana Rosario y arrastrando con la otra mano a la chica y qué cuadro se desarrollaría allí que aquellas fieras, al fin se compadecieron y hasta dieron agua a la hermana Rosario, a la cual le decía la Madre Sacramento: “Mujer, ¿esto es valor? Pues, hija, nos hemos de encontrar muchas veces en estos lances... Por Dios, hija mía”.

Resultado de todo fue que se llevó a la joven y los muebles que en aquella casa tenía.⁹⁴

⁹⁴ PIV fol 1515-1515v.

Su carácter vivo y fuerte lo dulcificó al final de su vida. A este respecto, el carpintero del Colegio de Valencia, José Verdú, declaró que, en 1862, tres años antes de la muerte de la Madre, ella le preguntó:

- *Pepe, ¿me conoce usted?*
- *No, señora; pero usted es la Madre Sacramento.*
- *Y ¿por qué no me conoce usted?*
- *Porque antes tenía un genio muy vivo y ahora todo es amabilidad y cariño.*
- *Pues, Pepe, ¿considera usted que ya no tengo aquel genio que tenía?*
- *Sí, ya no lo tiene.*
- *Bastantes lágrimas he derramado. La providencia del Señor me ha concedido la gracia de poder reprimirme.*⁹⁵

⁹⁵ PIV fol 1042.

SEGUNDA PARTE DEVOCIONES Y CARISMAS

1. DEVOCIONES ESPECIALES

a) LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Era muy devota de la Santísima Trinidad como lo aseguran unánimemente sus religiosas. Hermana Corazón de María certifica:

Sé de ciencia propia que durante algunos días la sierva de Dios veía la Santísima Trinidad en la sagrada forma cuando estaba manifiesto su divina Majestad y digo que la veía, porque nos preguntaba con la mayor naturalidad si también la veíamos las religiosas que nos hallábamos con ella en la capilla, haciéndonos al efecto mirar con atención a la sagrada forma, y, al contestarle yo, la declarante, y otras hermanas que no veíamos nada de particular, recuerdo que la sierva de Dios extrañaba muchísimo que no viéramos lo que ella veía y nos decía: “¡Parece imposible!”. Y nos ponía en diferentes posiciones y lugares. A pesar de que, según mi entender por mis propios méritos nunca pude gozar de tan señalado beneficio, no abrigo la menor duda de que la sierva de Dios, dadas las gracias especiales que del cielo recibía, fue favorecida en estas ocasiones con la visión de la Santísima Trinidad, lo que también se hacía patente por el color encendido de su cara y el ardor que abrasaba su corazón en aquellos momentos, tan grande que llegaba hasta nosotras su influencia, llenándonos de un bienestar indefinible⁹⁶.

La misma Hermana Corazón añade:

Muchas veces le oí que, estando ya en la calle de Atocha, todas las noches desde las doce, me parece, hasta después de las cinco, en el cuarto donde dormía, se oían pasos y una voz de hombre pausada y grave que decía: “Santo, santo, etc.; Gloria al Padre, Gloria al Hijo, etc.”, sin saber lo que significaba, y como duró mucho tiempo también lo oían las que hacía que se quedasen con este objeto. El propio padre Carasa se quedó una noche y oyó lo mismo conociendo y diciendo que era el Trisagio. Aconsejó a la Madre Sacramento que lo rezara el Colegio y, así que empezó a hacerlo, ya nunca más se sintió la voz. Lo mismo sucedió con el Miserere. La sierva de Dios no quiso que en nuestras casas se rezase en latín y sí en castellano para que todas, entendiendo lo que decían, lo hiciesen con más devoción y fervor.⁹⁷

Hermana Elena de la Cruz declara:

⁹⁶ PIV fol 463v.

⁹⁷ PIV fol 390-390v.

*Me consta que en una de las iglesias de Madrid estableció una Cofradía en honor de la Santísima Trinidad... Observé que tenía en gran veneración el número de Tres en testimonio de su acendrada devoción al misterio de la Santísima Trinidad, haciendo que, en nuestras prácticas y ejercicios, se tuviera siempre en cuenta el respeto a este número, que consideraba como sagrado.*⁹⁸

b) LA EUCARISTÍA

1. AMOR A JESÚS SACRAMENTADO

Jesús presente en el sacramento de la Eucaristía era el centro y el amor de su vida. Lo llamaba:

*El amor de mis amores, mi amado, el esposo de mi alma, mi quitapesares, mi consuelo.... Dejó establecido que el saludo entre las religiosas fuera: “Alabado sea el Santísimo Sacramento”, respondiendo: “Para siempre sea bendito y alabado.”*⁹⁹

En las paredes del Colegio ponía letreros con *Alabado sea el Santísimo Sacramento*. También quiso que como sello, en el papel del Colegio, figurase la jaculatoria *Alabado sea el Santísimo Sacramento*.

Hermana Corazón de María declaró que ella

*Pedía a Dios nuestro Señor que le hiciese conocer el distintivo especial que había de llevar y comprendió que era una custodia pendiente del cuello y, como era muy devota de san Francisco de Paula, adoptó su escudo de caridad. Con los mencionados objetos se presentó al padre Carasa, y éste en unión de don Pedro José Ruiz, que confesaba a mi Madre fundadora durante las ausencias y enfermedades del padre Carasa, lo desaprobaron, diciendo que no era digna de llevar la custodia. Con muchísimo sentimiento se la quitó y se puso un crucifijo; al poco tiempo los mencionados señores le preguntaron sobre esto, y deseando, al parecer, complacerla, le mandaron ponerse la custodia, pero con la condición de llevarla siempre. Entonces se puso el crucifijo dentro de la manga ancha cerca del corazón, y así lo llevamos nosotras.*¹⁰⁰

Ella misma se grabó en su pecho al Santísimo formado con alfileres. Era tanto su amor a Jesús que, según relata hermana Corazón de María,

⁹⁸ PIV fol 68v.

⁹⁹ PIV fol 704.

¹⁰⁰ PIV fol 387v.

*Procuró destinar las mejores joyas de nuestra casa para enriquecer y adornar la custodia y el copón, respondiendo así a los sentimientos de su alma y a los deseos de toda su vida de que a Dios nuestro Señor debía ofrecerse siempre lo mejor de lo mejor. De ahí es que con los diamantes y otras alhajas de las primeras adoratrices hizo labrar la actual custodia y un copón, aquella en forma de corazón, y de gran valor intrínseco y extrínseco. Además buscaba los más exquisitos perfumes para la capilla y cuidaba con mucho esmero que la harina y el vino para la consagración fuesen de lo mejor y máspreciado: las hostias se confeccionaban en nuestra casa y la sacristana, para cortarlas sobre una peanita de finísima piel blanca, se ponía siempre delantal, manguitos y guantes blancos que sólo usaba para este objeto, utilizando para redondear las hostias unas tijerinas, de las cuales no se hacía uso para ninguna otra cosa. Tanto el delantal como los manguitos, guantes y las tijeras se custodiaban en una preciosa caja. Los corporales se hacían al sol en una plancha de bronce para que fuesen muy limpios y brillantes. Y para planchar la ropa de la capilla existía todo lo necesario, como planchas, mantas etc., que solamente se usaban para dicho fin. La lámpara era de plata en forma de corazón que se colocaba sobre una columna de bronce dorado, delante del sagrario, porque mi santa Madre quería que al entrar en nuestras capillas se viese enseguida dónde estaba su divina Majestad. En las procesiones de las visitas de altares en las festividades del Santísimo Corpus y del Sagrado Corazón de Jesús, iba mi Madre fundadora con una bandeja de flores naturales perfumadas con esencias delicadas, las cuales esparcía en el suelo en el momento mismo de pasar la custodia, lo que hacía con tanto fervor y recogimiento que parecía un serafín y a todas nos admiraba. Lo dicho lo he presenciado.*¹⁰¹

Decía:

*Lo que más me cuesta en el mundo es dejar la comunión, único sacrificio que yo puedo hacer ya a Dios.*¹⁰² *Pensé que, si esta pena durase tres días, me quitaría la vida.*¹⁰³

Hermana María Eulalia Carreres certifica:

*Madre Sacramento decía: “A mí me gusta estar cerca del sagrario, porque se percibe un cierto calorcito. ¿No lo percibís vosotras, hijas mías?”.*¹⁰⁴

Cuando tengo el deseo que me devora mi corazón de acompañar al Santísimo, me meto siempre en todos los sagrarios que hallo al paso. ¡Qué

¹⁰¹ PIV fol 519-519v.

¹⁰² Carta a la hermana Caridad, Valencia, 18 de diciembre de 1860.

¹⁰³ Relación de penitencias 41.

¹⁰⁴ PIV fol 1168v.

*dolor verlo tan solo! ¡Olvidado de las criaturas que él formó para sí! Ay, ay ¡qué tontos! No quieren este tesoro.*¹⁰⁵

*Jamás pedí cosa al Santísimo Sacramento que no me fuese concedida de un modo admirable; y les encargo lo mismo en todas las ocasiones... y verán lo que es Dios para sus Esclavas. No me creerían, si lo contara.*¹⁰⁶

*En quince años no he dejado de recibirle, diré con verdad, jamás, pues si el Viernes y Sábado Santo no he comulgado, Él ha suplido.*¹⁰⁷ *Es mi elemento y mi vida el Santísimo Sacramento y, cuando tengamos capilla (se refiere al Colegio de Barcelona) y esté siempre expuesto, seré la mujer más feliz que hay en la tierra.*¹⁰⁸

Cuando iba de viaje y divisaba el campanario de una iglesia, sentía una gran alegría, sabiendo que allí estaba su Amado. Hermana Catalina de Cristo dice:

*Aún me parece recordar su rostro encendido y aquella agitación de su pecho que parecía no poder contener tanto amor y aún resuenan en mis oídos el entusiasmo con que, delirante, me decía: Cantemos, cantemos el “Alabemos al Señor”.*¹⁰⁹

*Y sentía tanto amor ante Jesús Eucaristía que en invierno no podía llevar ropa de abrigo, pues tenía demasiado calor.*¹¹⁰

El padre Domingo Jiménez refiere:

*Cuando le daba la sagrada comunión, me veía obligado a apartar de prisa los dedos, porque abrasaba su aliento. Era un querubín.*¹¹¹

Hermana María de la Anunciación Martínez y Terren afirma:

Yo vi muchas veces a la sierva de Dios que, cuando deseaba alcanzar de nuestro Señor sacramentado algún favor o gracia, le escribía una carta y la colocaba con grandísima reverencia e indecible alegría encima del ara que estaba junto al sagrario. En algunas ocasiones, que se había dignado nuestro Señor sacramentado complacer a la sierva de Dios, nos rogaba ella a sus hijas

¹⁰⁵ Papeles sueltos, p. 560.

¹⁰⁶ Testamento de 1864, cláusula 13.

¹⁰⁷ PIV fol 423-424.

¹⁰⁸ Carta a Corazón de María, Barcelona, 25 de marzo de 1863.

¹⁰⁹ PIV fol 703-704.

¹¹⁰ PIV fol 92.

¹¹¹ PIV fol 1169.

que diésemos nosotras también gracias al Señor por tales señalados beneficios.
¹¹²

El 1 de mayo de 1860 escribe a la hermana Caridad:

El vacío que hace no tener en la Casa y cerca el Santísimo no se explica, es preciso notar esta gran novedad para experimentar lo que se siente. ¡Es un placer grande tenerlo en las Casas de sus Esclavas, y que no se escape! Lo tenemos Esclavo a Él y preso con cadenas de amor y fino oro. Yo te aseguro que no deseo ya nada, no tengo afán por nada, si lo miro a Él, y ¡cómo se porta! No se puede hablar de esto, que quita el juicio.

Y cuando Jesús se escondía y no le hacía sentir su presencia, sufría y lo buscaba. Así le escribe al obispo de Ávila en carta del 8 de octubre de 1863:

He llevado malos días, de negocios, a millares, y disgustos sin fin, y para colmo de penas, el Amigo se perdió ¡Calcule V. yo sin mi Dios! Lo busqué y no lo hallé, y en 8 días parecía enfadado o quejoso, qué me sé yo, lo perdí y fue mi dolor, pena y temor total, que parecían los disgustos un sueño, nada sentía mi corazón de lo de acá, que hartó llevaba con lo de allá arriba, de modo que a decir verdad, aunque hoy tenga penas, no me duelen más que si no fueran tales. ¡Ya lo hallé! Tal me dio el Señor que clamara y lo busqué, porque Él lo quiso y no se pudo resistir Él mismo, y lo hallé. ¡Qué gozo y contento y paz en el alma, y presencia continua, como quien teme perderlo de nuevo!

El 17 de mayo de 1864 viajó a Valladolid desde Zamora. Visitó la iglesia de los jesuitas y escribe:

*En Valladolid fuimos con los jesuitas a ver su iglesia y había un cuadro de san Norberto premostratense, y tenía un judío a sus pies que figuraba llevarse escondido un copón lleno de sagradas formas; el santo le sorprendió y estaba el copón por el suelo y las sagradas formas esparcidas por el suelo. Al verlas yo, fue tal la pena y turbación que sentí que las hubiera borrado del cuadro con un torrente de lágrimas del corazón. Me vi apurada para disimular la pena y recogimiento que sentía.*¹¹³

Y me duró tanto que a los cinco días se lo contaba a unas monjas en Zamora (en realidad fue en Toro), y rompí a llorar tan amargamente que no era dueña de mí; ellas y los sacerdotes me animaron a desahogar el corazón, pues no estaba en mi humor festivo por represar esta pena tan honda que sentí muchos días, y se refresca siempre que pienso en el cuadro, y me recojo bien

¹¹² PIV fol 937v.

¹¹³ Relación de favores 231.

*con ver la humildad del Señor, su sagrado cuerpo en el suelo, ¡qué dolor! es para mi corazón.*¹¹⁴

2. FAVORES EUCARÍSTICOS

*Limpiando un cáliz... sentí un fervor tal que pasé con él entre mis manos más de una hora sin darme cuenta, pero al pensar (que) estuvo allí la preciosa sangre del Señor, besé el borde y no recuerdo más hasta que, vuelta en mí, concluí mi ocupación.*¹¹⁵

*Un día, al comulgar, vi un niño en la sagrada forma antes de recibirla. Me pasó la mano por la cara. Me hizo tal efecto que por mucho tiempo quedé muy mudada y con un consuelo inexplicable, gran paz y alegría para trabajar y sufrirlo todo.*¹¹⁶

*Otro día, al comulgar, lo vi (al niño Jesús) en la hostia, tan lindo y que se reía; y tuve tal gozo en esto que deseaba tener uno como le vi sentado en su sillita, dando la bendición con dos deditos.*¹¹⁷

*Hace quince días que vi tan claro en la oración cómo el cuerpo y la sangre estaban unidos a su divinidad, y lo sentí con tal fuerza que, desde entonces, no puedo comulgar con calma. Es un ansia y afán, que deseo por momentos llegue la hora de comulgar y se renueve el conocimiento que tuve en la oración.*¹¹⁸

*Un jueves sentí aumentarse la forma de un modo considerable y al día siguiente lo mismo, y la sentí por media hora sin pasar y que dejaba una paz y gozo especial, que me tuvo recogida todo el jueves y viernes.*¹¹⁹

*Muchas veces, al adorar la sagrada forma en mi lengua, con gran fervor sentía tomaba cuerpo. Y cuatro veces recuerdo me vi apurada para pasarla después, lo que hizo que me mandase el padre Carasa la tragase en seguida y pedía al Señor lo remediase para no pasar tal apuro.*¹²⁰

En 1858, estando en la oración de la una del día muy en presencia de Dios salió como del sagrario una voz dulce y clara, que me dijo: “Alma mía, consuélame, o consuélame”. Esta duda de palabras y el oírlas me turbó y llenó el alma de gozo, y muchas horas de oración he pasado después repitiéndome

¹¹⁴ Ibídem.

¹¹⁵ A 36, 6.

¹¹⁶ Relación de Favores 52.

¹¹⁷ A 41, 4.

¹¹⁸ Carta al padre Eugenio Labarta, Madrid, 30 de julio de 1857.

¹¹⁹ Relación de Favores 85.

¹²⁰ Relación de Favores 11, 192.

*estas mismas palabras que dejaron eco en mi corazón y son de gran consuelo, y siempre dejan rastro de la primera impresión; y me saca de tino meditarlas; es “¿consuélame?” ¿Yo, Señor, consolarte? Con el alma y la vida, y me deshago en llanto al ver que no sé qué hacer para ello. ¿Es consuélame? Lo mismo de confusión y gozo lloro; cómo es posible que yo te consuele, ¡Señor mío! Siempre que las recuerdo me llevan a amar a Dios, y renuevo las promesas que le hice entonces, y que le hago aún hoy mismo.*¹²¹

En una carta a una comunidad amiga de religiosas de clausura, escribe el 13 de junio de 1862:

Miren las estampitas que les mando, el corazón de cada una dentro de Jesús. Esto es ya, de puro común, muy natural. Pero lo que a mí me ha sucedido hoy, aunque muy común, sí, mucho, no lo llamaré jamás natural. ¡Dios, el mismo Jesús, meterse en mi corazón! Acababa de comulgar y esta idea me pasmó. Señor, ¿qué haces? Mira que soy yo, que no soy una religiosa fervorosa encerrada en su clausura. ¡Mira que aún no te amo, que es sólo deseo! Se metió en el corazón y está tan en su casa. Y como tanta grandeza no cabía en corazón tan pequeño, pues lo limpió de afectos, barrió los pensamientos y se hizo Señor y dueño, perfumando con suavísima fragancia su mansión.

*En Santander, después de comulgar en la misa..., como yo sintiera grandes deseos de encerrarme con el Señor en el sagrario para vivir segura, me hizo ver el Señor cómo el mundo todo era para mí un sagrario y mi corazón un copón y que en mi corazón se encerraban todos los años tantas formas de su sagrado cuerpo como comuniones hacía y se fueron aumentando tanto el número de las que allí había; y yo comprendí que eran las comuniones diarias de hace veinte años que comulgo cada día.*¹²²

*En Santander, antes de comulgar, hallé delante de mí un crucifijo con unas llagas de pies y manos y costado tan lastimosas que me conmovieron, a punto de faltarme poco para llorar de pena, pues me creía yo la causa; y de pronto veo que se le desprenden los brazos de la cruz y me abraza sintiendo yo el peso y contacto del Señor con un gozo y recogimiento que llegó hasta la misma Hermana Rosario.*¹²³

Algunas veces, no sé cuántas fijamente, vi abrirse el sagrario, estando yo en la oración y salir el copón, algunas veces destapado, y adorar al Señor tan multiplicado por su amor. Y sentir unas explicaciones y efectos muy variados y particulares: unas comprender allí el misterio de la Santísima Trinidad, los de la Pasión del Señor, y lo explicaba entonces bajo aquella impresión de un modo que me decía el padre Carasa: “Qué sagacidad tiene usted para hallar en el

¹²¹ Relación de Favores 47.

¹²² Ib. 237.

¹²³ Ibídem.

sagrario todo lo que quiere usted meditar a fin de no salir de él”. Y era bien cierto, pues siempre entro en él para hacer mi oración más cerca del Señor, y aunque esté lejos y de camino parece que tiran de mi corazón al ver una torre de una iglesia...

Me hizo ver el Señor las grandes y especiales gracias que desde los sagrarios derrama sobre la tierra, y además sobre cada individuo según la disposición de cada uno, que más o menos participa de su gracia o gracias que continuamente derrama, y como que las despide de sí en favor de los que las buscan. Yo vi salir como un humo del sagrario muy brillante y claro, a modo de la claridad de la luna, que subía hasta por la cima de las casas, y participaban de esta luz más o menos aun desde ellas. Me hizo comprender de un modo admirable cómo participaba toda la tierra de esta influencia, el cómo se acerca más el que mejor se dispone para recibirla, cómo participa el que más se aproxima a Él con fe. Yo vi como una gradación la influencia de pueblos a pueblos y ciudades hasta llegar a sus iglesias o sagrarios, y hasta cuando le sacan para los enfermos va como derramando perlas preciosas de beneficios; y si se viera, correría la gente por aspirar aquel ambiente que el Señor deja tan embalsamado en el aire.

*Sí, yo vi sin que me deje duda, el torrente de gracias que el Señor derrama en el que le recibe con fe y amor, como si derramaran piedras preciosas de todos colores, de virtudes, según que cada uno las necesita y las quiere y pide al Señor. Vi cómo queda uno bañado y envuelto en aquel humo luciente y brillante de gracia, que no se borra esta impresión en el corazón. De modo que se renovó el deseo de trabajar para las iglesias pobres y tener alguna parte en ellas, para que esté el culto del Señor con más decencia y decoro. Y mandé bajo esta impresión arreglar mejor la capilla de casa y otras muchas iglesias, que les hice ropas y demás necesidades, como en San Juan de Dios, que renové toda su ropa, que era un dolor verla llena de remiendos, y costó 4.000 reales, ayudándome algunas señoras amigas.*¹²⁴

Hermana Catalina de Cristo declaró:

En 1859 ó 1860, un día de San Miguel se olvidó la sacristana de la capilla de Madrid poner la forma para consagrar en la primera misa, que había de manifestarse (el Señor expuesto) en la segunda, que era cantada. Fue la sacristana a dar cuenta a Madre Sacramento de lo que pasaba y ésta le contestó: “¡Qué vamos a hacer; no hay remedio!”. Concluida la fiesta dijo a las hermanas: “¿Cómo decían ustedes que no habría manifestado?; pues yo bien lo he visto. ¿Y aquella custodia tan hermosa con los ángeles de tamaño natural que había en el altar?”. Tanto la sacristana como las demás religiosas comprendieron que nuestra santa Madre había merecido del cielo tan señalado favor. Recuerdo que me leyó o refirió este prodigio la citada mi Madre quien

¹²⁴ A 36, 8-10.

*ensimismada en el amor a Jesús sacramentado no se había parado a discurrir por qué motivo no le habían participado la adquisición de aquella custodia y de aquellos ángeles, o tal vez creyese que se trataba de una Sorpresa que le daban sus hijas en el día de su santo. Sé también el hecho por la hermana Rosario, que así se llamaba dicha sacristana.*¹²⁵

*Y añade: Hablándome la sierva de Dios de la devoción que sentía por la preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, dijo que, hallándose un día oyendo la santa misa que celebraba el padre Carasa en la iglesia del Olivar de Madrid pidió al Señor le concediera la gracia de ver su preciosa sangre, y en el acto de elevar el cáliz dicho sacerdote, tuvo mi referida Madre el inefable consuelo de verla, pues se hizo transparente el cáliz como si fuera de cristal. La sierva de Dios, como temía siempre equivocarse, rogó a nuestro Señor que, si no era una ilusión suya lo que veía, tuviese a bien darle una prueba física en el corazón que le hiciera comprender que era una realidad y en el mismo instante sintió como un chasquido en el corazón y se persuadió de que no había sufrido ilusión alguna, confirmándose más y más en ello con la aprobación de su confesor, el referido padre Carasa.*¹²⁶

*Ella escribe: Me hizo ver el Señor en varias ocasiones le pena que es para su Corazón que se comulgue sin debida preparación... A mí me sirvió mucho.*¹²⁷

*Varias veces he oído distintamente dar unos golpecitos en la puerta del sagrario por dentro; unas veces creo yo hoy habría sido para llamarme la atención y hacer oración, como siempre, metida en el sagrario, que no me cabe duda le gusta al Señor, y otras veces para enfervorizarme o consolarme; que este efecto dejan estos golpecitos que trastornan mucho, y sorprenden.*¹²⁸

*Hallo yo con pena en el corazón que sean las formas para comunión muy pequeñas como reales de plata no más en algunos sitios de Cataluña. Lo sentía yo por el poco tiempo que el Señor estaría en el pecho para adorarlo allí con amor, que lo siento y distingo claro (pues el Señor se está para consolarme de esta pena un cuarto de hora y días de media hora; lo he sentido, sin dejarme duda). Y uno de estos días estaba yo algo más fervorosa a causa de la ausencia suya en el sagrario; iba con ansia y creció la sagrada forma, siendo tan reducida, que me costó pasarla más que si fuese grande en sí.*¹²⁹

Hermana Leocadia Zamora, siendo priora del Carmelo de Oviedo, declaró en el Proceso:

¹²⁵ PIV fol 752.

¹²⁶ PIV fol 750v-751.

¹²⁷ Relación de Favores 15.

¹²⁸ Ib. 12.

¹²⁹ Ib. 92.

*Me refirió la sierva de Dios otro insigne favor que el Señor la dispensaba. Y era encontrarse a veces haber comulgado sin saber quién le daba la sagrada forma, cuando no tenía posibilidades de recibirla de manos del sacerdote.*¹³⁰

Ella misma nos dice:

*Me quitaron un día la comunión. Yo quería, no sólo conformarme, sino no sentir pena para mejor obedecer, pues no recuerdo haber desobedecido ni a mi madre ni a ningún confesor; pero sentía tal pena que creo que si durara, ella solo sería bastante a quitarme la vida. Gozándome de ofrecer esta pena y mi vida al Señor..., de pronto sentí la forma en mi lengua como si acabara de comulgar, y con un consuelo tan sobrenatural como la pena y me duró por largo tiempo el efecto de gozo y paz en el alma, y lo he tenido lo mismo siempre el Viernes Santo.*¹³¹

Por su parte hermana Elena de la Cruz certifica:

En los días que la sierva de Dios estuvo en el hospital de Santander ocurrió que, hallándose ésta en el Oratorio de dicho establecimiento benéfico, la hermana de la Caridad Hermana Josefa, muerta en olor de santidad, y otras hermanas de la Caridad, vieron éstas que se abrió la puerta del sagrario ante el cual estaba postrada haciendo oración la sierva de Dios. La citada hermana de la Caridad se encontraba también haciendo oración en el coro y las demás hermanas de la Caridad, que estaban en la capilla, creyeron que el prodigio de abrirse por sí solo el sagrario era un regalo con que el cielo favorecía a la hermana Josefa; mas para cerciorarse de si era el regalo para la Madre Sacramento, por un pretexto cualquiera llamaron e hicieron salir del coro a la susodicha Hermana Josefa y observaron que continuó abierto el sagrario.

Regresó al coro a proseguir su oración esta religiosa y la Madre Sacramento terminó la suya, abandonando la capilla y en este instante por sí sola se cerraron las puertas del sagrario. Sé este portento por la relación de la misma Hermana Josefa, quien decía ocultando su nombre, sin duda por humildad, que las hermanas de la Caridad creyeron en un principio que dicho prodigio se obraba en favor de una hija de San Vicente de Paúl, pero que se persuadieron de que el milagro era para la Madre Sacramento al ver que las puertas del sagrario se cerraban al retirarse ésta de la oración, no obstante seguir aquella haciendo la suya. Me añadió Hermana Josefa que este prodigio se repitió tres o cuatro veces y que las hermanas de la Caridad de Santander, que, ya por desconfianza de la virtud de Madre Sacramento, ya por temor a ser envueltas en las persecuciones de que la sierva de Dios era víctima en Santander, no querían siquiera hablar a ésta, reputaron como un aviso del cielo

¹³⁰ Proceso ordinario de Oviedo fol 3075.

¹³¹ A 36, 2.

*tan gran prodigio, por lo que arrodilladas pidieron perdón a mi Madre fundadora y se pusieron a su lado.*¹³²

3. ADORACIÓN PERPETUA

La idea de la adoración perpetua al Santísimo en el Instituto la tenía ella hacía mucho tiempo, pues ya en 1847 había comenzado a propagar la idea de la adoración perpetua entre algunas personas conocidas tal como lo había visto hacer en Bruselas y como la había fomentado Herman Cohen, el judío convertido, que había implantado la adoración nocturna en Bélgica y otros países desde ese mismo año 1847, año de su conversión.

En 1851 implantó en el Colegio la adoración diurna, durante las horas del día, turnándose las maestras y colegialas cada media hora. Pero su ideal era la exposición solemne del Santísimo día y noche en una custodia. Don Juan Rodríguez declaró:

*Me consta que tuvo empeño en que se estableciera públicamente en Madrid la adoración continua del Santísimo Sacramento día y noche, y que, no pudiéndolo lograr en manera más amplia, lo estableció en sus casas, aun cuando reservado en el sagrario, si otra cosa no podía ser.*¹³³

El 8 de septiembre de 1860 recibió una gracia eucarística. Dice:

*Se me presentó el Señor delante de mí y era sobre la Adoración perpetua, que hoy recuerdo bien, pero sé que me estrechó contra sí la cabeza muy dulcemente, y me dejó recogida por mucho tiempo; esto se ha repetido algunas veces, aunque con distintas causas.*¹³⁴

*“Muchas veces en la oración me hizo el Señor comprender lo que sentía la soledad en que estaba en las iglesias, y lo comprendía yo, y comprendo, que lloraba amargamente esta soledad, y las promesas de que haría con su ayuda que aquí y en todos los Colegios se le haría compañía de día y de noche, para indemnizarle del olvido general de los pueblos, que yo sentía con tanta vehemencia y amargura”.*¹³⁵

Un año entero me apremió el Señor sin darme a conocer lo que quería de mí, luego comprendí que lo que quería el Señor era la Guardia y Vela continua para lo que apremiaba, y como no conocía lo que

¹³² PIV fol 99-99v.

¹³³ PIV fol 348.

¹³⁴ Relación de Favores 178.

¹³⁵ Relación de Favores 13.

quería, pues yo no hallaba medio de ejecutar lo que creía deseaba el Señor, y cuanto más me apremiaba Él, menos lo conocía, y le pedí lo aclarase.... Un día en que parecía andábamos el Señor y yo muy de confianzas, y como si yo mandara, le dije: “Ea, Señor, dime lo que quieres”. “Desagravio y la adoración”. Aún me las hube con el Señor que estaba de gracias; yo lo hallaba imposible e impracticable e irrealizable, no hallaba camino; y le dije: “Señor, ¿no lo has hecho tú todo en esta casa? ¿No sabes que yo no sé? ¿Qué esperas de mí, Dios mío? Arregla tú, Señor, y dámelo a conocer de modo que esté a mi alcance el realizarlo”. Dábale yo mil vueltas al negocio sin atreverme a consultarlo... Cuando salgo una tarde de la oración, que la redoblé al efecto, me hallé que al ir a cenar pedían las Adoratrices con mil ruegos y protestas la adoración de la noche, único que ya me detenía a mí; yo nada había dicho a nadie, me sorprendió de modo que fui a la oración, a consultarlo con Dios, y todo lo que yo hasta entonces hallé como imposible y difícil, se deshizo como la sal en el agua, todo lo vi ya muy sencillo y hacedero, y separé con gran energía los obstáculos, que no dejaron de presentarse, graves algunos. Y se instaló la Vela perpetua el 8 de septiembre de 1859.¹³⁶

Actualmente, la adoración al Santísimo Sacramento constituye de hecho el fin principal del Instituto.

c) LA VIRGEN MARÍA

Su devoción a la Virgen María fue muy especial. Cuando murió su madre en 1841, imitando a santa Teresa de Jesús, le pidió a María que fuera su madre. Y después de varios años, en 1862, pudo decir a la Virgen:

Puedo ponerte por testigo de que tú me guardas desde que te escogí por madre.¹³⁷

En una ocasión, al ir a la Virgen del Milagro, y dudando yo si iría a un baile, que no me parecía a mí debía ir, me fui a ver la Virgen por ser el día 11, día que sale al público, y poco antes de la puerta de la iglesia, se tira a mí un enorme lagarto de 3 cuartas de largo, primero a la cabeza; y unos señores y los aguadores de la fuente me gritan no me mueva, no me toque la cabeza; al llegar a socorrerme se baja por la espalda, y se mete en mi ropa. Al decir “Virgen del Milagro”, gritan los señores y 3 ó 4 aguadores con ellos: “Ya es nuestro, ya lo tengo cogido, señora”. Lo sacan de mis faldas y lo mataron. ¡Qué susto! Todos lo creyeron un milagro que no me mordiera. Fui a la Virgen y le ofrecí no

¹³⁶ Ib. 48.

¹³⁷ Apuntes de Ejercicios y Retiros 129.

*ir al baile, ni exponerme jamás a ir a donde no estuviera segura de que no podría tener ningún peligro.*¹³⁸

El 1 de marzo 1861 escribió:

*Fuera de mí de gozo, me pareció ver a la Santísima Virgen que me dio a besar su mano y como si ella me hiciera ver a la Santísima Trinidad. Estaba el Padre a la derecha de la Virgen, luego el Hijo con sus llagas muy frescas.*¹³⁹

*Tal ansia tenía un día (de comulgar) que con lágrimas le pedía a la Santísima Virgen me lo trajera pronto, que me sentía morir. Y al llegar el sacerdote a darme la comunión, yo no vi más que al Señor que, como si de su Corazón sacara la forma sagrada, y la Virgen estaba a mi lado y la veía más cerca que al Señor y mejor*¹⁴⁰.

Hermana Corazón de María nos informa:

El año 1858 se hallaba en nuestro Colegio de Zaragoza al tiempo en que iban a empezar los piadosos ejercicios de la novena de la Purísima Concepción... En el altar había un cuadro de la Purísima. Dado principio a dichos religiosos actos, la Madre Sacramento asistía a ellos juntamente con la Comunidad, los cuales practicaba la sierva de Dios con ordinario recogimiento propio de los bienaventurados; mas he aquí que cada vez que dicha mi santa Madre penetraba en la capilla, así de día como de noche, durante los nueve días de la novena, veía la misma una imagen de la Santísima Virgen muy bella, de tamaño natural, con un vestido blanco brillantísimo y un manto azul como esmaltado. Terminado el novenario entró la sierva de Dios, como de ordinario, en la capilla al décimo día, antes de la hora de comer, para hacer oración; y como no viese ya la Virgen que decía haber visto durante la novena, salióse y preguntó a la Superiora Juana de Dios: “¿Por qué no le había avisado cuando se llevaron la Virgen?” y dicha Superiora, sorprendida le contestó: “Pero ¿qué Virgen, Madre Sacramento, si está la misma que había y tenemos en casa?”. A lo que replicó la sierva de Dios: “No, no, si era otra Virgen grande, muy hermosa”. Y la Superiora, abrazando a Madre Sacramento, le dijo: “Madre, vuestra Reverencia sola la ha visto, pues jamás hemos tenido en casa otra imagen que la del cuadro que hay”. Yo, que no estaba muy distante de la sierva de Dios, no tuve la dicha de ver la imagen que vio mi santa Madre, y así se lo dije cuando me preguntó si yo la había visto también. Sí advertí que, durante la indicada novena, se hallaba la Madre Sacramento con grandísimo fervor

¹³⁸ A 3, 2.

¹³⁹ Ib. p 58.

¹⁴⁰ Relación de Favores 36-37.

y que aprovechaba todos los momentos libres de que podía disponer para irse a la capilla y cuando salía de ella nos decía: “Qué hermosa está la Virgen”.¹⁴¹

De gran trascendencia para su alma y para su obra fue la visita realizada a la Moreneta (Virgen de Monserrat) el 24 de octubre de 1861, con el fin de suplicar a la Santísima Virgen que, si era voluntad de Dios que se verificase (la fundación de Barcelona), intercediera para que todo se arreglase. He aquí cómo lo relata Corazón de María:

Al segundo día de encontrarse en el expresado monasterio de Monserrat, el padre Muntadas, abad del mismo, invitó a la Madre Sacramento a ver las alhajas, ofreciéndose él mismo a enseñarlas. Cuando llegó la hora dispuso la Madre Sacramento que fuera yo con la Baronesa de Rocafort, que nos acompañó a dicho monasterio, a ver las alhajas, como así sucedió, quedándose la sierva de Dios en el camarín de la Virgen, donde muy cerca de ésta permaneció mucho tiempo orando fervorosamente.

De repente, y como fuera de sí, levantóse la Madre Sacramento, quien creyendo que era yo una señora, llamada doña Elena, que así mismo nos acompañó y se quedó haciendo compañía a la sierva de Dios, con cuya señora no podía equivocarme por ser ésta gruesa y anciana y yo joven y delgada, se dirigió a ella, la abrazó estrechamente y le dijo: “Corazón, la santísima Virgen me ha ofrecido que tendremos una magnífica casa en Barcelona, que será la primera del Instituto en que se dé culto público a nuestro Señor....”.

Cuando conoció la equivocación, se avergonzó mucho. Al buscar yo y la baronesa a la Madre Sacramento, nos contó doña Elena lo que dejo relatado.¹⁴²

En Nuestra Señora de Monserrat —escribe— no me explico yo lo que sentí: gozo, llanto, pena del conocimiento mío y una cosa interior que me unía a la Virgen de un modo que, aún hoy, después de quince días, me tiene fuera de mí.

Yo comprendí el placer que recibe la Señora en nuestras fundaciones y muy segura quedé de su protección y que ésta será una de las mayores fundaciones, y tendrá adoración perpetua, a lo que el niño que tiene la Señora en sus brazos se sonrió, y me llenó de gozo, que aún no ha pasado, y aún mi cara echa fuego.

¹⁴¹ PIV fol 548-548v.

¹⁴² PIV fol 566v-567.

*Le ofrecí a la Virgen “porque conocí gustaba de que estuviera con Ella” visitarla siempre que pueda. Yo me hallaba con la santa imagen con la mayor confianza y con paz de alma y cuerpo. Conseguí todo lo que le pedí y lo hallé cumplido a mi vuelta, de modo que en Barcelona se vio cumplido el río de gracias que el Señor me ofreció en Valencia por los votos.*¹⁴³

*Al volver a Manresa desde Monserrat era un día de lluvia y nieblas. Todos sentían el mal tiempo, y yo por ellas más que por mí, dije: “Pedídselo a la Virgen y dejará de llover”. Se tomó a broma. Como cosa imposible se desechó, y yo que sentí en el acto concedido lo que pedía, dije: “No lo creen, pues hará sol en Manresa hoy, y lo veremos todo bien”. Así fue, yo recé una Salve a la Virgen y se lo pedí, no por mí, sino en pago de la caridad de la baronesa que nos llevó, y no perdonó medio para que lo viéramos.*¹⁴⁴

*El 28 de octubre de 1862, me fui a ver en Valencia a la Virgen de los Desamparados. La vi tan hermosa y risueña que me sentí muy conmovida. Lloré. Todos notaron algo raro y no se ocultó la impresión que todos sentíamos... Quisieron me metiera bajo su manto y en el rato que estuve sentí que me apretaban el corazón Hijo y Madre. Salí fuera de mí y no me podía dormir de gozo después.*¹⁴⁵

Su amor a María era tan grande que no podía vivir sin pensar en ella, pues sabía por experiencia que su amor a María la llevaba a amar más a Jesús. En una ocasión le regalaron una estampa de la Virgen, que le recordaba la imagen vista milagrosamente en Zaragoza y la llevaba a la capilla para *mirarla antes de comulgar.*¹⁴⁶

En otra ocasión la vieron llorar amargamente con motivo de conocer cierto sacrilegio contra María santísima cometido en cierto país de Asia. Ella nombraba siempre a María como la directora del Colegio. A sus plantas depositaba las llaves. La honraba con el rezo diario del rosario y con especiales actos religiosos en el mes de mayo, además del rezo del Oficio parvo en su honor. Su advocación preferida era la Dolorosa y después la Inmaculada Concepción.

Para ella María era una verdadera madre con quien podía conversar y contarle con confianza todos sus problemas y dificultades de cada día. Por eso dijo en el palacio episcopal de Ávila:

¹⁴³ Ibídem.

¹⁴⁴ Relación de Favores 90.

¹⁴⁵ Apuntes de Ejercicios y Retiros 109.

¹⁴⁶ PIV fol 548.

*Si buscamos a la santísima Virgen como a nuestra madre, ella nos demostrará que lo es.*¹⁴⁷

d) LOS SANTOS

Tenía mucha devoción a todos los santos, pero tenía algunos de su especial devoción.

Hermana Elena de la Cruz certifica:

*Tenía devoción especialísima al glorioso san José, a san Francisco de Paula, a quien llamaba su tesorero, a los santos Ignacio de Loyola y Luis Gonzaga, a las santas Filomena, Rita de Casia y a los arcángeles san Miguel y san Rafael.*¹⁴⁸

Hermana Catalina de Cristo atestigua:

*Demostró su devoción a san José, haciendo que se celebrara en el Instituto el día del santo Patriarca una solemne función religiosa y que se considerase como si fuera día de precepto, ordenando por regla la celebración de un novenario solemne con exposición de su divina Majestad, o sea con el mismo aparato que el dedicado al Santísimo y al de la Inmaculada Concepción. Profesaba especialísima devoción a san Francisco de Paula, a quien siempre oí que llamaba su Tesorero y le nombró patrono de las hijas de Casa, por cuyo motivo llevan éstas como distintivo, a más de un crucifijo, el escudo de san Francisco de Paula. La sierva de Dios atribuía a la intercesión del santo muchos de los socorros que había recibido en momentos de apuro. También lo invocó para que alcanzara del cielo sucesión a sus hermanos los Excmos. Sres. condes de la Vega del Pozo y afirmaba que por una patente mediación del santo lograron sus hermanos tener una hija, que es la actual condesa del citado título. No puedo precisar las circunstancias, porque la sierva de Dios creía que era miraculosa esta sucesión. Sólo recuerdo que hablaba de cierta enfermedad que padecía su cuñada y que contra el parecer de los médicos más notables de España y de Francia, al concluir un trecenario al glorioso san Francisco, ante la evidencia de los hechos, hubieron de declararse vencidos los médicos.*¹⁴⁹

En 1864 fue a visitar las reliquias de santa Teresa de Jesús, de la que era gran devota. Fue a Alba de Tormes y Fernando Iglesias declaró:

¹⁴⁷ PIV fol 1348.

¹⁴⁸ PIV fol 108.

¹⁴⁹ PIV fol 726.

*Vi su semblante transformado por algún tiempo, pidiendo a la santa que bendijera su Instituto y lo propagase.*¹⁵⁰ Y añade: *La vi arrobada, extática, y después, derramando ella lágrimas, supe, por la sierva de Dios, que había pedido a santa Teresa una chispa del gran amor que había tenido la santa Madre a su buen Jesús y el don de la perseverancia.*¹⁵¹

En esa ocasión les profetizó a las carmelitas descalzas la fundación de un Carmelo en Oviedo.

María Micaela visitó en Ávila, con Breve de Su Santidad, a las carmelitas descalzas. Éstas han dejado un testimonio en la carta que dirigieron al Papa para pedir la introducción de la Causa de beatificación y canonización de María Micaela. Dice así:

*“Con licencia de nuestro ilustrísimo obispo don Francisco Fernando Blanco, tuvimos la dicha de ser visitadas dentro de nuestra clausura por la Madre Sacramento, en la cual descubrimos al punto una perfecta religiosa por su continua oración y penitencia. De grande edificación y de poderoso estímulo para la virtud fue para nosotras la visita de esta sierva de Dios, y aún no se ha olvidado en este monasterio tal saludable impresión. Plácenos, entre otros sucesos, referir uno que a juicio nuestro, parecía sobrenatural. Deseando visitar la celda, hoy oratorio, donde se verificó la transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús, quedó en ella durante largo tiempo en oración, demostrando extraordinario recogimiento y favor del cielo. Al salir se regocijó con nosotras por la preciosidad de pajarillos cantores que allí teníamos. Este dicho no pudo menos de maravillarnos, pues no teníamos allí ningún pajarillo ni era fácil vinieran de fuera, que estábamos en pleno rigor del invierno.*¹⁵²

Ella misma escribe:

Muchas veces había el padre Carasa querido que leyera las obras de santa Teresa; las empezaba, y como no las entendía, me cansaba luego y las dejaba... Cogí las obras de santa Teresa, y fue como un bálsamo para mi corazón esta vez; las 3 ó 4 que las empecé me sorprendió sobremanera el entenderlas, y más el hallar un gusto especial, tanto que si tenía mal humor, con leer un capítulo ya me hallaba tan animada y contenta, tanto más que en sus penas hallaba cierta conexión con las mías, de modo que yo diría nos

¹⁵⁰ Proceso ordinario de Zamora fol 3201.

¹⁵¹ Ib. fol 3203.

¹⁵² Cita tomada de Tomás Monzoncillo y del Pozo, *Cartas selectas de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento*, Barcelona, vol III, p. 355 s.

hicimos amigas íntimas, pues yo la llegué a querer mucho. Y una tarde, al anochecer, ya no veía; cerré el libro con pena de dejarla. Le dije: “Santa mía, si quieres que yo tenga tu imagen, vente tú a casa por tu pie, que yo no tengo dinero para comprarte”. En esto llaman a la puerta, y era una mujer de un cirujano que hacía un año vi una vez que me vino a pedir un consejo, y como me chocó se fiara de mi parecer, le dije fuese a un sacerdote, pues yo no tenía capacidad para aconsejar a nadie; y me dijo: “Hoy vengo porque tengo un oratorio con muchas efigies. Vivo en la calle de la Fe, frente a San Lorenzo. Y sepa usted que tengo una santa Teresa que se quiere venir a la fuerza a su casa de usted y hacemos un gran sacrificio, yo y mi marido, que es una imagen antigua de talla de una vara y de un mérito raro”.

Me contó:

“Al entrar en mi oratorio parece que la santa me decía se quería venir y a mi marido que no la conoce a usted le pasaba lo mismo, y no nos hemos dicho nada el uno al otro por no tener esta pena; anoche se puso muy malo, de modo que se moría, y al recibir el Viático ofreció si se mejoraba, enviarle a usted la santa; que tememos fuera un castigo pues se mejoró en cuanto hizo la oferta; y me llamó y me dijo que si se moría, le daría un consuelo me la trajera. Yo le dije lo que me sucedía a mí y decidimos dársela a usted. Como seguía mejor lo olvidamos, y se ha puesto peor esta tarde y la he traído en seguida. Recíbala usted, señora, por Dios, que mi marido se muere; está en un portal de al lado porque dicen no recibe usted regalos de las familias de las colegialas”. “No, señora; usted no está en ese caso. Traiga usted la santa”. Yo me pensé al ver el modo que venía no sería gran cosa. Era magnífica efigie. Confieso fue una gran Sorpresa muy grata para mí.¹⁵³

e) LOS ÁNGELES.

Su devoción a los ángeles fue muy grande y muy en especial a su ángel custodio, de quien se servía para que le ayudara en múltiples problemas personales. Veamos lo que ella misma nos dice:

Como uno de mis apuros era no tener a quién mandar a los infinitos recados que me ocurrían, me inspiró el Señor me sirviera de los ángeles que me servirían bien, y lo probaré, más para convencerme a mí misma, que siempre dudo de mis cosas y temo engañarme, y cuando he recordado alguna prueba, me quedo más tranquila, y le digo al Señor: “Esto es cierto, Dios mío, qué verdad es”.

¹⁵³ A 30, 4.

Y como el uso de los ángeles es ya para mí común y diario, ya no me sorprende el que me sirvan, pues sólo dos veces en 20 años han dejado de servir; la una que, no siendo necesaria, envié un ángel, por probar y no me sirvieron, y la otra fue para salvarme la vida como ya diré en su lugar.

Siempre que necesito llamar alguna persona, le mando un ángel y viene en seguida, sea conocida o extraña; a mi secretario que vivía muy lejos, le he llamado de día, de noche, temprano o tarde, y siempre me lo han traído, y a veces venía de mala gana, y sacándole de alguna iglesia, o de la tertulia de noche. Jamás me han faltado y muchos días por casos imprevistos 3 veces en un día llamar al mismo sujeto y venir; y, deseando yo saber cómo hacían este servicio, todos me han dicho lo mismo siempre, que sentían una inquietud, y recordaban que yo les habría mandado un ángel, y no podían parar hasta venir, de modo que todos, todos entran diciendo: “¿Me ha llamado usted con un ángel?”. “Sí, señor”. “Pues ha sido fiel porque no me ha dejado hasta que he venido”. Y en una casa no dejaban venir a mi secretario. “No, que puede haga falta en el Colegio”. “¿Y cómo lo sabe usted?”. “Porque la vizcondesa envía un ángel cuando necesita a alguno, y yo creo me ha llamado”. Fue causa de risa, y de las varias personas que lo oyeron, en sus apuros mandaron un ángel y les sirvieron a todos y me lo enviaban a decir con Sorpresa, los ángeles les habían servido muy bien, y a todas las personas que yo trato se lo digo para que hagan uso de ellos como yo.¹⁵⁴

Cierto día el obispo de Ávila necesitaba uno de sus familiares y mandó buscarlo por toda la ciudad. La santa le dijo:

No es menester, ya vendrá ahora. Entonces rezó un padrenuestro a los santos ángeles y a los pocos momentos se presentó el familiar que se buscaba, azorado e inquieto, manifestando que había sentido cierto movimiento interior por el que había conocido que se le buscaba y que le impelía volver a casa.¹⁵⁵

Cierto día regresó del palacio real la Madre Sacramento juntamente con la hermana Virtudes que la había acompañado, y ésta, toda temblorosa y muy asustada, por lo que fue preciso darle un calmante, nos contó que se había desbocado el caballo del carruaje y que tanto ella como la sierva de Dios se vieron a punto de perecer; pero que cuando la Virtudes temía que el caballo se estrellara contra una esquina próxima, la tranquilizó la Madre Sacramento, diciéndole: “No tengas miedo, tonta; yo llamaré al ángel de la guarda y éste nos salvará”. Y que inmediatamente se serenó el animal, y que desapareció el peligro. En este momento del peligro, añadía Virtudes, que

¹⁵⁴ A 30, 5.

¹⁵⁵ Joaquín Muñiz, PIV fol 196-197.

exclamó el cochero: “¿Qué es esto? ¿En qué consiste, que estábamos en tanto peligro y ahora estamos libres? ¿Qué ha pasado aquí?”.¹⁵⁶

Hermana Elena de la Cruz afirma:

*Oí referir a la sierva de Dios que hallándose en el Colegio de Madrid cierta colegiala gravemente enferma y en peligro inminente de su vida, sin que estuviera a mano el capellán de la casa ni otro sacerdote y no hubiera facilidad para mandarlos a llamar, invocó al ángel de su propia guarda y al del padre Madan, capellán que era a la sazón de la casa, y les envió a llamar a este último, el cual se presentó en el Colegio a los pocos momentos y prestó a la enferma los auxilios espirituales: habiéndole preguntado la Madre Sacramento cómo era que había acudido a la necesidad tan oportunamente, contestó el padre: “Es que he sentido como una inspiración o impulso interior que me determinó a venir creyendo que aquí me necesitaban”. Al recomendarnos la sierva de Dios esta devoción, nos refería varios favores que atribuía al auxilio de los santos ángeles.*¹⁵⁷

Hermana Catalina de Cristo por su parte declara:

*Entre todos los ángeles a quien profesaba más especialísima devoción era al arcángel san Rafael, pues me consta que en sus viajes se encomendaba mucho al santo arcángel, cuidándose al mismo tiempo de llevar consigo una estampa de él. Lo propio aconsejaba a las demás hermanas y es costumbre desde el principio de nuestra Institución, aprendida de nuestra santa Madre, el hacer lo mismo, y tanta es nuestra confianza en el santo arcángel que en ninguno de los muchos viajes que hasta el presente se han hecho, se ha notado que haya faltado la protección de san Rafael por más que hubiesen habido ocasiones en que el peligro era inminente. También es costumbre tradicional en nuestro Instituto el tener una vela encendida a san Rafael durante el viaje, que hace cualquiera de las hermanas.*¹⁵⁸

*También tenía gran devoción al arcángel san Miguel, a quien como patrono de una de las clases de colegialas, llamadas por esto María Micaelas, celebraba el día de su fiesta con gran magnificencia.*¹⁵⁹

¹⁵⁶ PIV fol 69-69v.

¹⁵⁷ PIV fol 69.

¹⁵⁸ PIV fol 703v.

¹⁵⁹ PIV fol 754.

f) ALMAS DEL PURGATORIO

La Madre Sacramento tenía mucha devoción a las almas benditas y rezaba mucho por ellas. Cuando iba de viaje y divisaba las iglesias de los pueblos por donde pasaba, saludaba al Santísimo Sacramento y rezaba un *De profundis* por los difuntos. Lo mismo hacía cuando pasaba delante de algún cementerio.

Hermana Corazón de María informa

*“Que tenía grandísima fe en los sufragios por las almas del purgatorio. En sufragio suyo estableció en el Instituto el Viacrucis y diariamente se hace en particular y también cada adoratriz hace un sufragio que se saca a suerte. No menos ardiente fe profesaba a las indulgencias.”*¹⁶⁰

2. EL DEMONIO

Al igual que en la vida de otros muchos santos, Dios permitía que el diablo se le presentara bajo diferentes formas para que pudiera valorar el poder del maligno y orara mucho por la salvación de los pecadores.

Dice Hermana Corazón de María:

*En la fundación del Colegio de Barcelona tuvo mucho que sufrir Madre Sacramento del demonio. Todas las noches apagaba éste a las doce la luz de la lámpara que alumbraba a la santísima Virgen que estaba en la antecapilla inmediata al aposento de la sierva de Dios; en dicho aposento hacía mucho ruido, tirándose a las cortinas de la cama, que agitaba violentamente; las demás cosas las arrastraba por el suelo; sin embargo nunca tocaba el hábito de Madre Sacramento ni tampoco a ésta. Todas las noches había de quedarse una hermana en compañía de la sierva de Dios, quien, cada mañana después de las cuatro, me enviaba recado para que fuese yo, si quería, a ver al demonio; mas como yo, la declarante, soy muy miedosa, nunca deseé presenciar lo que pasaba. Como esos ruidos duraron un mes, doña Leocadia Zamora, pidió permiso a su confesor, el padre Jesuita Joaquín Foru, para quedarse una noche en nuestra casa, y oyó lo mismo que todas veían y oían. El señor obispo había dispuesto que se bendijese la casa, lo que no se llevó a efecto por haber cesado lo que ocurría.”*¹⁶¹

¹⁶⁰ PIV fol 416v.

¹⁶¹ PIV fol 583-583v.

Hermana Catalina de Cristo anota:

Unas veces el demonio se ponía a desarreglar los candelabros, jarrones de flores y demás objetos del altar haciendo muchísimo ruido, otras se colocaba tomando una forma corpórea pequeñísima en el pabito de la vela que, junto a ella, se colocaba la sierva de Dios para leer el punto de meditación; y como no lograba distraerla, en algunas ocasiones hasta se acercó a tocarla en el hombro, limitándose a decir la sierva de Dios: “Hola, ¿ya estás aquí?”, siguiendo en su fervorosa oración sin que nunca lograra sus intentos el demonio, según me decía mi santa Madre. Aun fuera de la oración y hasta en los viajes, no le dejaba. Recuerdo que en una ocasión íbamos a Santander. Al entrar el tren en un puente de madera, se paró de pronto, al ver una bandera encarnada colocada en el centro del mismo. Todos los viajeros alarmados creían que iban a perecer, porque ya estaba el tren dentro del puente y aquella señal parecía indicar algún peligro. Yo misma muy asustada le decía: “Madre, vamos a perecer”; a lo que ella, después de recogerse un momento, me dijo, sonriendo: “No temas, nada nos pasará, no hay cuidado”. Y, aunque no me lo indicó claro, dio a entender que había sido cosa del enemigo común de nuestras almas para asustar. Al poco rato pasó el tren, aunque despacio, sin la menor novedad. Yo noté en Madre Sacramento un color muy encendido en el rostro como quien había conseguido un gran triunfo.¹⁶²

Y añade:

En el mes de mayo de 1865 y día de la Ascensión del Señor, encontrándonos en la ciudad de Vitoria la Madre Sacramento y yo, la declarante, fuimos a la iglesia de las religiosas Brígidas con objeto de asistir a la Nona que con Exposición de su divina Majestad se celebraba en aquel templo.

La Madre Sacramento y yo nos colocamos muy próximas al presbiterio, porque aquélla deseaba siempre estar todo lo más cercana que pudiera al Santísimo, y al cabo de un momento vi a nuestro alrededor que andaban por tierra de una parte a otra algunos animales en forma de lagartos, lo cual, además de causarme admiración por no parecerme propio de aquel santo lugar, me produjo mucho pavor. Yo, como queriendo huir, me acerqué un poco más hacia el presbiterio; pero no por eso dejé de ver a muy corta distancia mía uno de dichos animales.

Cuando se manifestó al Señor se me quitó todo el miedo e hice la meditación con más fervor que nunca, pudiendo estar de rodillas más tiempo del que me permitían ordinariamente mis fuerzas.

¹⁶² PIV fol 741v-742.

De vez en cuando miraba yo sin miedo a tierra y veía que no se apartaba de delante de mí el indicado animal, que estaba como inmóvil. La Madre Sacramento permanecía muy recogida todo ese tiempo que, a pesar de ser más de una hora, se me hizo a mí como un instante.

Al levantarnos para irnos, aún vi dicho animal y cerca de la Madre Sacramento otro. Al marcharme volví a los pocos pasos la vista atrás, y ya no vi nada. Cuando nos encontrábamos en la calle hice presente a mi Santa Madre lo que yo había visto y le pregunté si ella se había apercebido de lo mismo y, mirándome, se sonrió...

Yo lo vi a distancia de unas dos varas y supongo que debían ser animales extraordinarios, o sea, apariciones diabólicas, puesto que eran visibles a mis ojos e invisibles, según creo, a los de las demás personas.

La razón es que circuló por el presbiterio el sacerdote que salió a manifestar, y cerca de la Madre Sacramento y de mí había otras personas y nadie se apercebíó, que yo sepa, de ello, porque no vi a ninguna persona moverse de su sitio, pues sabido es cuán asustadizas somos las mujeres y el ruido que solemos producir cuando nos encontramos enfrente de esos animales.

*Estoy, por tanto, persuadida de que se trata de una aparición diabólica, y convencida de que el quitárseme a mí el miedo, de continuar recogida y tranquila en la iglesia y el estar con mayor fervor y recogimiento que de ordinario, lo debió lograr la Madre Sacramento por medio de sus oraciones.*¹⁶³

Hermana María Montserrat Robert asegura:

Debió atormentarle mucho de noche el demonio y hoy encuentro explicación a los insomnios y miedos de la Madre Sacramento, la cual muchísimas veces me llamaba al lado de su cama y, efecto de ello, por lo que ahora comprendo, fue el determinar la sierva de Dios que, en vez de acostarme yo en el cuarto que estaba junto al suyo —como lo venía haciendo— trasladara mi cama al departamento de aquélla, si bien hizo colocar alrededor de la cama un biombo o tabique postizo de madera.

Una de tantas noches me llamó muy agitada, diciéndome que encendiera una luz. Hecho lo cual, me preguntó si yo era miedosa. Le contesté que no, porque en efecto, en aquella edad era yo poco reflexiva y entonces me ordenó que mirase debajo de la cama y por todos los lados, porque —decía— que se le ponía encima una cosa muy pesada que la hacía sufrir mucho y no podía pegar los ojos. Hice lo que me ordenó y, no hallando nada, replicó: “Deja esa luz aquí, enciende otra y pasa a registrar la escalera”.

¹⁶³ PIV fol 740v-741v.

Había, en efecto, una escalera de caracol que bajaba desde el cuarto de la Madre Sacramento a la planta baja. Fui, como me mandaba, y al final de la escalera vi una especie de animal como un gato escuálido, negro, muchísimo mayor que los gatos más grandes que yo había visto, con unas patas casi sin forma de tales, muy altas y delgadas, y unos ojos tan grandes, relucientes y horribles que no me es posible explicar el efecto que en mí produjo, y aún hoy, cada vez que lo recuerdo, me pongo a temblar y me quedo fría.

*De repente dio un salto hacia la escalera y un gran resoplido. Trepó por ésta hacia el cuarto de la Madre Sacramento y por una ventana que había quedado abierta, por ser verano, saltó y desapareció. Recuerdo perfectamente que, como aquella ventana daba a un patio que no tenía salida, me eché mis cuentas para perseguirlo a la mañana siguiente; pero quedé sorprendida al no encontrarlo.*¹⁶⁴

Hermana María Felipe certifica:

Se dijo que un gatazo muy deforme salía al encuentro de las hermanas que iban o volvían de la Guardia. A mí, la declarante, se me presentó el gato una noche a las dos menos cuarto cuando iba a llamar a las hermanas que debían empezar el turno un cuarto de hora después. Prodújome su vista la consternación que es natural y en vano procuré espantarlo haciendo ruido, pues no desapareció hasta después de cinco minutos, en los cuales clamé al cielo con el mayor fervor de mi vida.

Dada la disciplina y vigilancia que reinaba en la casa, era imposible que los ruidos y el gato y demás cosas fueran travesuras de alguna chica o de una hermana mal intencionada, porque ni una sola vez hubieran podido hacerse estas cosas sin ser descubiertas.

En aquella época no había en la casa ningún gato, ni tampoco se le vio entrar ni salir en la casa. Sobre la forma del gato sólo puedo decir que tenía las patas muy altas y delgadas. Vi al gato a una distancia de unos diez metros y yo, la declarante, permanecí inmóvil durante los cinco minutos citados. En el pasillo donde vi al gato, que yo creí ser el demonio, había un farol encendido debajo del cual se colocó y yo, la declarante, llevaba otro farol encendido. El pasillo tenía la anchura de unos dos metros, de modo que se colocó por donde había yo de pasar.

*Acerca de la desaparición, fue ocultándose debajo de un armario que había en el pasillo.*¹⁶⁵

La misma Madre Sacramento refiere:

¹⁶⁴ PIV fol 1292v-1293.

¹⁶⁵ PIV fol 835v-836.

*El día que me fui a poner el escapulario de la Santísima Trinidad..., al llegar a la iglesia del Carmen, en la entrada de la iglesia, me tiró el enemigo como si cayera de lo alto y me cogiera un pie, de modo que en media hora no me pude mover del suelo; nadie entraba ni salía; y yo me sentía desmayar del dolor tan fuerte. Le pedí a la Santísima Trinidad y me pude levantar con mucho trabajo: después que tomé el escapulario, me sentí ya bien, aunque por tres meses tuve siempre el dolor, sin dejar de andar... Estos golpes del enemigo se distinguen tanto en el modo como luego en las consecuencias, porque debí matarme, y porque llevan una violencia ajena del que se cae yendo despacio.*¹⁶⁶

*Estando en París, yendo a misa a la iglesia de San Felipe despedí el carruaje, y al subir por la escalera al llegar al último escalón de 8 ó 9 que tenía de piedra, me siento dar un golpe en la frente y caigo de espaldas y voy a parar a la verja de hierro que había en la calle; meto la cabeza por la verja, y tenía los pies en lo alto. Me sacaron llena de lodo, y debí matarme por un orden natural; todos de las tiendas quedaron al levantarme tan sorprendidos como yo al verme sana y salva. En casa del cura párroco Mr. Ausoure me dieron algo para el susto después de recibir la sagrada comunión, en acción de gracias del favor que el Señor me hizo en salvarme, como decían todos milagrosamente; por muchos días esto ocupó la gente que creían no dejaría de tener un mal resultado. El sombrero se rompió y la manteleta, y yo nada me hice ni tuve la menor novedad; esto me enfervorizaba.*¹⁶⁷

En la capilla lo he visto al demonio de varias formas para turbarme la oración. Una noche me cogió de un brazo y me hizo rodar de lado toda la escalerita de la capilla, cabeza abajo y no me resentí nada, ni me hizo daño ninguno. Estando en oración, en forma de un perro negro, largo y flaco, me tiró los candeleros uno a uno, sin tocarme ninguno. Menear y descomponer las sillas todas, saltar a modo de galgo por el altar y por encima de mí sin tocarme; entonces no le temía y seguía mi oración. Dejaba la capilla como un campo de batalla...

*De pantalla en la luz, un diablillo muy mono, por mucho tiempo para no dejarme leer el punto. Era negrito, con ojos y cuernos, boca y manos y unas alas; todo era de fuego muy rojizo. Y sin número de veces luchar con él sin verlo y conocer era él el que me hacía rabiar de mil modos y formas. Una noche salió un tiro bajo mis pies. Otra noche se tiró de un confesonario; bajó con un estruendo infernal, pasó cerca de mí y por delante de una maestra que se llevó gran susto y desapareció en medio de la capilla. Bajar por la escalera de la capilla a la carrera y metiendo estruendo, muchas veces, y tirar los confesonarios en días de confesión general y darme sustos que sería largo referir.*¹⁶⁸

¹⁶⁶ A 27, 7.

¹⁶⁷ A 4, 8.

¹⁶⁸ Relación de Favores 223-224.

Sin embargo, a pesar de estas apariciones y sustos diabólicos, siempre salió triunfante con la gracia de Dios y para bien de las almas.

3. EL AGUA BENDITA

El agua bendita es poderosa contra el diablo. Santa Teresa de Jesús se servía del agua bendita para espantar al maligno. También santa María Micaela hacía lo mismo y valoraba mucho el agua bendita, *de la cual hacía mucho uso y la llevaba en los viajes, rociando con ella (sin que lo advirtieran) a los mayores y hombres que blasfemaban y proferían malas palabras.*¹⁶⁹

Hermana Elena Sagüez refiere que un día a la una de la madrugada

*Iba a despertar a la hermana que le correspondía la guardia del Santísimo y oyó a la Madre que le decía: “Hija, echa ese gato que tengo toda la noche encima de mi cama y no me deja dormir”. Yo, dice Elena, miré debajo de la cama y dije a la Madre Sacramento que allí no había tal gato, y entonces me contestó que le llevara agua bendita y me fuera a descansar y que la había estado molestando un gato muy negro.*¹⁷⁰

La misma Elena refiere otro caso:

El miércoles de ceniza de 1864, a las siete de la mañana, después de haber hecho el desayuno, quisimos aumentar el fuego necesario para hacer la comida y por más que trabajamos, a las once y media de la mañana, hora en que regresó la sierva de Dios de la iglesia de Monserrat a donde fue a consultar al excelentísimo señor arzobispo Claret, todavía no habíamos logrado renovar y aumentar el fuego.

Enterada la Madre Sacramento, se presentó en la cocina diciendo: “¿Qué es esto? ¿Qué pasa en casa? Marchaos todas a la capilla a confesaros y traedme agua bendita. El diablo se quiere reír de vosotras”. Obedecimos a la sierva de Dios y se quedó sola, y transcurrida una sola hora y no habiendo en la cocina más que un hornillo, nos sirvió para todas, que éramos en número de unas 120, una abundante comida, compuesta de sopa de arroz, tortillas de huevo y pescado frito, preguntándonos sonriéndose: “¿Qué? ¿Está bueno? Es que lo he hecho yo”.

¹⁶⁹ PIV fol 416v.

¹⁷⁰ PIV fol 108.

Teniendo en cuenta lo que vi yo “comenta la testigo” y las demás hermanas, considerábamos el indicado hecho como milagroso.¹⁷¹

4. LAS IMÁGENES

Las imágenes benditas nos ayudan a amar más a Dios. La Madre Sacramento daba mucha importancia a las imágenes religiosas benditas y el Señor le manifestaba su amor y su presencia por medio de ellas.

Hermana Corazón de María informa:

Su confianza en Dios era ilimitada y esperaba contra toda esperanza las cosas más difíciles de conseguir, como sucedió con las imágenes de la Purísima, del niño Jesús, santa Teresa y santa María Magdalena, que las deseaba para la capilla del Colegio de Madrid y, no teniendo dinero para comprarlas, se las pidió al Señor, quien se las proporcionó de una manera prodigiosa; pues, estando ella en la oración una noche a las diez, llamaron a la puerta del Colegio e hicieron entrega de las imágenes del niño Jesús, santa Teresa y santa María Magdalena como regalo al Instituto; con la circunstancia especial de que el niño Jesús estaba sentadito sobre unas nubes y dando la bendición, que era precisamente la forma en que deseaba la sierva de Dios tener una imagen del niño Jesús, puesto que en una ocasión tuvo una visión en la que se le presentó el niño Jesús sentado sobre unas nubes y dando la bendición a la casa, según así me lo refirió.¹⁷²

Y continúa:

El año 1858 ó 1859, estando en el Colegio de la calle Atocha... se retiró una noche a su dormitorio para acostarse. En él tenía un crucifijo de un metro de altura que en otro tiempo perteneció a su difunta madre. Al dirigir su mirada suplicante a dicho crucifijo le pareció ver que la sangre de las llagas estaba más encarnada que de ordinario y, aproximándose entonces para adorarlo, lo abrazó y en esto sintió clara y distintamente los latidos del Corazón de Jesús. Al día siguiente, después de oír la santa misa, nos retiramos a la salita donde solíamos reunirnos en las horas de recreo y allí la Madre Sacramento nos refirió el indicado portento a mí y a la citada hermana Caridad y creo también a las hermanas María de Jesús y Rosario. Al contarle, se hallaba la sierva de Dios muy conmovida por la impresión profundísima que dijo le había producido.¹⁷³

¹⁷¹ PIV fol 108v-109.

¹⁷² PIV fol 472.

¹⁷³ PIV fol 547v.

La misma Madre refiere que

Antes de comulgar, hallé delante de mí un crucifijo con unas llagas de pies y manos y costado tan lastimosas que me conmovieron a punto de faltarme poco para llorar de pena, pues me creía yo la causa. Y, de pronto, veo que se desprenden los brazos de la cruz y me abraza, sintiendo yo el peso y contacto del Señor con un gozo y recogimiento que llegó hasta la misma (hermana) Rosario.¹⁷⁴

Hermana Corazón de María manifiesta:

Mi Madre fundadora tenía la santa costumbre de hacer sola por la noche oración en la capilla de nuestra casa de la calle de Atocha de Madrid y, al concluir este piadoso acto, sobre las once, se despedía de un crucifijo de tamaño natural que había en uno de los dos altares de dicha capilla con la siguiente oración: “¡Miradme, oh, mi Amado y buen Jesús, etc.!”. Como hubiera notado al pronunciar estas fervorosas suplicas que nuestro Señor crucificado se había dignado abrir sus divinos ojos, nos contó posteriormente a mí, a la hermana Caridad y a otras que no recuerdo, el prodigio que se había operado en su presencia. Queriendo, pues, que nosotras, las nombradas, la acompañásemos a la noche siguiente en la capilla, lo verificamos así, nos arrodillamos al pie mismo del altar en que estaba el crucifijo, alumbrado muy de cerca por las luces suficientes y nos pusimos a orar en línea. Al empezar Madre Sacramento la referida oración con gran recogimiento y fervor, nosotras dirigimos la vista al santa crucifijo y tuvimos la inefable dicha de observar, con no menos sublime admiración que extraordinario pavor, que el Señor (tenía cerrados los ojos como hoy por estar representado ya muerto) abría despacio éstos, teniéndolos abiertos como un minuto y que después los cerraba también poco a poco; acto que vi repetido en aquella misma ocasión, o sea cada vez que Madre Sacramento dirigió a nuestro Señor la susodicha oración.

Aunque yo la declarante tenía acerca de la realidad de este maravilloso suceso la más perfecta conciencia por estar muy próxima al altar del crucifijo (sobre metro y medio de distancia) y ser varias las luces que alumbraban y permitían por tanto contemplar claramente el Señor, me puse de pie instintivamente, sin dudas para ver mejor, si cabía, tan grandioso portento y me confirmé más y más en su certidumbre al variar diferentes veces de lugar y posición, durante las cuales una de las religiosas hacía más luz con una cerilla: colocada al extremo de una caña destinada para encender, la cual aproximaba al sagrado rostro de nuestro Señor. Al mismo tiempo que esto sucedía, dirigí, llena de pavor, mi mirada a la sierva de Dios, en cuyo favor se realizaba sin duda alguna aquella gracia especialísima del cielo y tuve ocasión de ver que se

¹⁷⁴ Relación de Favores 237

hallaba en tan supremos instantes como embelesada, extática, sin apartar su encantadora mirada del sagrado rostro de nuestro buen Señor.¹⁷⁵

Veamos la versión de hermana María Felipa Fernández:

*Un día me dijo, llevándome delante de un santo Cristo que estaba colocado en nuestra capilla de Madrid que viera si abría o no los ojos aquella santa imagen. Mientras yo me fijaba en la imagen, la sierva de Dios, con mucho recogimiento, los ojos cerrados y las manos cruzadas, me decía: “Fíjese usted bien”. Y efectivamente, vi que la santa imagen levantaba las pestañas y las bajaba hasta quedar inmóvil o sea en la forma que le había dado el escultor... Me causó gran pavor aquel portento y desde aquel día siempre que pasaba por delante de dicha imagen la veneraba, postrándome con ambas rodillas, y le profeso una devoción especialísima. Me prohibió la sierva de Dios que hablase con las demás hermanas acerca de esto, cuyo precepto he cumplido.*¹⁷⁶

5. MENSAJES DE DIOS

El Señor tenía tanta confianza en ella que en ocasiones le daba mensajes para algunos obispos. Sabemos que una de esas personas fue el arzobispo de Zaragoza, Manuel García Gil. Sobre esto declara hermana Corazón de María:

*“Hallándonos en Zaragoza, mandóla nuestro Señor dijese al prelado de que se habla que hacía poca oración. Siendo el señor arzobispo tan venerable, y confesor suyo, rehusaba mi Madre fundadora el cumplir esta misión que le era sumamente penosa. En estos apuros me manifestó su angustia y por espacio de algunos días que duró esta lucha, la vi inquieta y con pena, pues tenía mucha vergüenza de decirle semejante cosa; pero como Dios nuestro Señor la apremiaba, no pudo diferirlo más y por fin se decidió, aunque muy temerosa. Fuimos a la capilla de comunión de la catedral y, acercándose al confesionario en donde estaba sentado el prelado, se lo dijo en el acto de la confesión. Yo entretanto me quedé con pena y cuidado viéndola tan angustiada. Levantándose del confesionario me dijo que la había invitado el prelado a que lo acompañase en el desayuno y que no se había ofendido por las palabras que le acababa de decir... Luego supimos Madre Sacramento y yo por el testimonio de los familiares del mencionado arzobispo que pasaba muchas horas en el oratorio haciendo oración.*¹⁷⁷

También recibió un mensaje para el gran santo arzobispo Antonio María de Claret. Dice hermana Corazón de María:

¹⁷⁵ PIV fol 545-546.

¹⁷⁶ PIV fol 835.

¹⁷⁷ PIV fol 181-181v.

Conocedor el señor Claret del gran bien espiritual que hacía en palacio la sierva de Dios, ordenó a ésta que fuese a la morada regia siempre que la llamase la reina, lo cual cumplía aquélla por obediencia. En cierta ocasión, habiéndose quedado la sierva de Dios en Zaragoza al volver de la fundación de Barcelona por librarse del compromiso de ir al palacio, al tener noticias de esta resolución el señor Claret, por mí y por la hermana Caridad le ordenó que se presentase en Madrid como así lo verificó. La predilección que sentía el reverendísimo señor Claret hacia la Madre Sacramento y su Institución se demostró a pesar de sus muchos trabajos apostólicos, por modos muy expresivos, pues no obstante éstos, todos los domingos por la tarde predicaba en la función de nuestra capilla; el veinticinco de cada mes nos daba un día de retiro; y ejercicios espirituales casi todos los años; celebraba de pontifical en la noche de Navidad; el día de San Miguel decía la misa de comunión y además de ser director espiritual de Madre Sacramento era confesor extraordinario de las hermanas, nombrado por el Excmo. Señor cardenal arzobispo de Toledo. Algunas veces que por estar enfermo tuvo que guardar cama, quería que mi Madre fundadora lo visitase y que en nuestra casa se le hicieran las medicinas que había de tomar. Según me refirió la Madre Sacramento, Dios nuestro Señor le mandó dijese a su confesor el padre Claret que “se detenía poco en las confesiones generales”. Mucho le costó decírselo a tan venerable prelado y a quien tanto respetaba, pero no pudo dejar de hacerlo por ser mandato de Dios.¹⁷⁸

6. DONES SOBRENATURALES

a) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el don de conocer sobrenaturalmente cosas que no pueden conocerse por medios naturales. Ella misma escribe:

*Es común y habitual que aún hoy me sucede en muchas ocasiones y han conocido (ellas) que sólo Dios puede ser, pues salir de mi cuarto y sé lo que pasa en la casa en general.*¹⁷⁹

*Es ya muy común saber lo que piensan los que vienen a hablarme y sucesivamente lo que van pensando, lo mismo los de casa que los de fuera que veo por primera vez. Y si veo que me engañan, se lo digo, y lo que piensan. Esto les causa gran Sorpresa y acaban por abrirme su corazón y asegurarme a mí que no me engañé. Esto en diez años no me falló una sola vez.*¹⁸⁰
Desde mi entrada en el Colegio tenía el Señor cuidado de avisarme todo lo que ocurría en la casa, ya en las oficinas, clases y demás, y como yo lo decía como

¹⁷⁸ PIV fol 177v-178.

¹⁷⁹ A 34, 1.

¹⁸⁰ Relación de Favores 24, 116.

lo sentía y me presentaba donde había algo que cortar o corregir, me traía esto después mil compromisos, porque buscaban indagar quién me había dado cuenta. Las colegialas se quejaban de que las maestras me hubieran dado la queja y las maestras de que las colegialas diesen cuenta antes que ellas.

Y aún me sucede cien veces al día. Ya lo han conocido que sólo Dios puede ser y no hay estas cuestiones.¹⁸¹

Hermana María Monserrat da el siguiente testimonio:

Una noche, después de cenar, pasó la sierva de Dios a la capilla a hacer su oración ordinaria entrando yo, la declarante, a estar un ratito, como lo hacía también alguna vez. A poco de estar la sierva de Dios en oración se levantó, me hizo seña, me sacó fuera a la puerta y me dijo: “Vaya a ver si en el cuartito que está a la entrada del lugar excusado se hallan hablando las hermanas Rita y Presentación; pues siento una voz interior que me lo dice”. En cumplimiento de su mandato fui, y en efecto las encontré, pero en vez de volver a comunicárselo a la Madre Sacramento, les amonesté para que se retirasen. Al volver yo a la capilla para continuar mi visita al Señor, me encontré con la Madre que subía la escalera, y enseguida me dijo sin preguntarme ni decirle yo nada: “Desobediente, ¿no le encargué que me avisara si estaban y nada más? ¿Por qué les ha hecho retirar?”; quedando yo aún más sorprendida al ver que me había adivinado lo que les había dicho.¹⁸²

En cierta ocasión, estando toda la Comunidad de hermanas y colegialas, incluso yo la testigo, oyendo la santa misa, en la capilla del Colegio de la calle de Atocha de Madrid, situada en la planta baja, apenas dio la bendición el sacerdote, se levantó de pronto la Madre Sacramento y dijo: “Hay fuego en la buhardilla”. Inmediatamente Madre Sacramento y nosotras las hermanas fuimos a verlo y en efecto estaba ardiendo, tanto que fue preciso el auxilio de unos soldados de un cuartel próximo para dominar el fuego que había ya tomado bastante incremento; de modo que nos llamó la atención extraordinariamente aquello, pues no lo supo por alguien que se lo dijera ni porque viese resplandor o humo por las ventanas de la capilla porque solo había dos, y éstas daban a la calle a donde no recaía la buhardilla.¹⁸³

La misma Monserrat refiere:

Cuando yo me encontraba en el Colegio de Valencia supe por mi confesor que se hallaba en esta ciudad doña María, o sea una joven que había sido hermana del Instituto y en el cual era conocida con el nombre de Milagro, la que había venido a curarse de una enfermedad del pecho y cuyo padecimiento

¹⁸¹ Relación de Favores 22, 23.

¹⁸² PIV fol 1288v-1289.

¹⁸³ PIV fol 1287-1288.

*fue la causa de su salida del Instituto por no querer que se le hiciera la operación. Deseando verla, le pedí permiso a la Madre Superiora María de Jesús, la que me lo negó diciéndome que, sin permiso de Madre Sacramento, no se podían hacer esas visitas. No sé cierto si al día siguiente o a los dos días tuve que salir de casa con otro objeto, y ya en la calle, de acuerdo con la que me acompañaba, fui a visitar en su casa a doña María, callándolo por supuesto al llegar al Colegio. Cuál no sería mi Sorpresa cuando al día siguiente o a los dos a lo más, recibió carta la Madre María de Jesús de la Madre Sacramento, que se hallaba en Madrid, en la que entre otras cosas le decía que me manifestara a mí, la declarante, el disgusto que tenía por haber ido yo a visitar a la ex-hermana Milagro, pues no ignoraba la prohibición impuesta por la Madre Sacramento de visitar a las que salían no muy bien del Instituto.*¹⁸⁴

Hermana Matilde de María anota:

*Oí contar a la hermana Loreto que una mañana en que se encontraba sola en su dormitorio, tuvo esta hermana la desgracia de que se le rompiera una jofaina. Era ya la hora de bajar a la capilla para oír la santa misa y comulgar inmediatamente. Aunque disgustada, se fue a la capilla, donde se hallaban la Madre Sacramento y Comunidad. Como se abstuviera, por efecto de la intranquilidad de su espíritu, de pasar a recibir la comunión y se apercibiese de ello la Madre Sacramento, llamóla a ésta y le dijo: “Hermana, comulgue, pues ya sé que se ha roto la jofaina y no hay motivo para que deje de recibir al Señor”.*¹⁸⁵

Hermana Corazón de María nos dice:

*El actual reverendo señor obispo de Zamora, don Tomás Belestá, siendo canónigo de Zamora, acompañó por el año mil ochocientos sesenta y cuatro a la Madre Sacramento desde Ávila a Toro, no habiéndole sido posible al entonces señor canónigo facturar su equipaje por haber llegado tarde a la estación. La maleta del mencionado señor, contenía trescientos mil reales que le habían sido confiados y durante el trayecto iba muy preocupado, sin sosiego, porque pensaba que pudiera extraviársele dicha maleta. La sierva de Dios le preguntó qué tenía, y, cuando se lo manifestó, estuvo un rato recogida y luego le tranquilizó, asegurándole que le entregarían la maleta en Zamora con el dinero, como así ocurrió a los tres días. Supe esta relación de labios del señor Belestá en el año mil ochocientos ochenta y dos que, con motivo de haber ido a Santander a tomar los baños, se presentó en nuestro Colegio de dicha ciudad, contando el suceso con suma complacencia en presencia de la Comunidad.*¹⁸⁶

¹⁸⁴ PIV fol 1287.

¹⁸⁵ PIV fol 620.

¹⁸⁶ PIV fol 565-565v.

Y añade hermana Corazón de María:

*Por el año 1859, siendo invierno, nos hallábamos Madre Sacramento y yo en Zaragoza, donde fuimos desde Madrid... Emprendimos el regreso en diligencia... La Madre Sacramento tomó para las dos los tres asientos de la berlina a fin de ir solas y después de un trayecto no muy largo, como yo experimentase un gozo y bienestar especial, dije a mi santa Madre: ¡Qué bien vamos!”. A lo que ella contestó: “Como que va el Señor en medio”. Continuando el viaje y antes de llegar a la ciudad de Calatayud, como quiera que el camino, por efecto de la lluvia había empeorado sobremanera, la diligencia no podía marchar sin grave riesgo de volcar, tanto que los viajeros bajaron y fueron a pie por espacio de media hora... Yo le pregunté varias veces por qué nosotras no bajábamos también, pues yo estaba llena de miedo. La contestación de la sierva de Dios fue siempre de que no había necesidad de bajar puesto que nada nos sucedería, arguyéndome de tener yo poca fe en vista de mis repetidas preguntas.*¹⁸⁷

Y concluye diciendo:

*Muchas veces, estando la sierva de Dios fuera de Madrid y yo Superiora en el mismo, me revelaba las faltas que se cometían en él, incluso las mías propias, como si ella las estuviese viendo; así con amor y caridad me advertía el mal efecto que producía en los de dentro de casa y en los de fuera mi modo de proceder.*¹⁸⁸

b) BILOCACIÓN

Es el don sobrenatural de poder estar en dos lugares al mismo tiempo, aunque algunos teólogos consideran que eso es imposible, que en uno de los dos lugares estará con cuerpo aparente o hará sus veces un ángel.

Veamos un caso real de la Madre Sacramento. Hermana Corazón de María declaró que el 31 de julio de 1858 fue con la Madre Sacramento a la iglesia de San Ignacio de Madrid, donde se celebraban las Cuarenta Horas con Exposición del Santísimo. Y dice:

Llegamos tarde y el templo se hallaba lleno de fieles. No pudimos pasar adelante, quedándonos cerca del cancel, en cuyo punto permanecemos hasta que hubo terminado la indicada función. Como quiera que estábamos las últimas, no podíamos ver nada de lo que se hacía en el presbiterio. Al salir de la iglesia, casi al anochecer, donde estuvimos como unas dos horas, dije a Madre

¹⁸⁷ PIV fol 552v-553.

¹⁸⁸ PIV fol 574v.

*Sacramento que habíamos estado muy bien. No recuerdo si fue aquel día o más tarde, cuando me refirió que dos ángeles se habían presentado y cada uno nos tomó a las dos y nos llevaron al presbiterio donde nos colocaron y dieron hachas para que hiciéramos la vela al Santísimo Sacramento y que, una vez terminada la función, nos volvieron del mismo modo a nuestro sitio del cancel. Que, como estaba próxima a los sacerdotes que se hallaban en el presbiterio, los conoció a todos y a uno de los confesores de nuestra casa don José Laviña, que también se encontraba allí, al cual preguntó al siguiente día, para cerciorarse más, si era cierto que habían estado en la citada iglesia los señores que nombró y le contestó afirmativamente. Me decía Madre Sacramento que, cuando los ángeles nos llevaban pasando sobre todo el concurso de gente, pensaba ella qué diría la gente al vernos.*¹⁸⁹

La misma Madre escribirá:

*Estaba lleno (el templo) y me quedé a los pies de la iglesia. Estando recogida, me vi llevar a mí y a la que venía conmigo por dos ángeles y pasar por encima de la gente. Al llegar al altar, nos dieron dos hachas los mismos ángeles y comprendí lo complacido que estaba el Señor. Yo veía muy distintamente a la gente y al clero, y me chocaba no nos vieren ellos a nosotras con las hachas alumbrar al Señor. Al poco rato, volvieron por nosotras y nos llevaron a nuestro sitio. Quedé por muchos días muy conmovida de aquel favor y consuelo que recibí tan grande, aunque por de pronto no caí en la cuenta; más tarde lo comprendí bien claro.*¹⁹⁰

c) LA CORONA DE ESPINAS

La Madre recibió del Señor la gracia de sufrir con frecuencia el dolor de la corona de espinas. Ella lo refiere en varios lugares de sus escritos.

*Hasta las nueve tuve la corona de espinas clavadas en los ojos y cabeza, como otras veces, y se quitó de repente para poder comulgar y quedé buena.*¹⁹¹

Este dolor de cabeza, dice en su Autobiografía:

*Jamás me impidió comulgar; antes bien, se suspende el dolor el tiempo justo para recibir al Señor y darle gracias.*¹⁹² *Siempre en las grandes fiestas lo tengo.*¹⁹³

¹⁸⁹ PIV fol 551-551v.

¹⁹⁰ Relación de Favores 47.

¹⁹¹ Apuntes de Ejercicios y Retiros 15.

¹⁹² A 36, 3.

¹⁹³ Ibídem.

El 31 de octubre de 1862 escribe:

*En seguida me fui a comulgar y al recibir al Señor me hallé completamente buena, sólo me quedó como marcado el sitio de la cabeza en redondo donde estuvo el dolor. Me quedó en vez del mal que sentía, una paz y un cierto contento interior que yo no sé explicar; pero me daba fuerza física y cierta energía contraria al abatimiento del mal.*¹⁹⁴

El último Viernes Santo de su vida tuvo el dolor de cabeza y dice:

*Tuve un dolor de cabeza a modo de corona de espinas y lo sufrí con cierto gozo y paz.*¹⁹⁵

d) HIEROGNOSIS

Es el don sobrenatural de conocer las cosas benditas o consagradas de las que no lo son. La hermana María Monserrat Robert asegura lo siguiente en el Proceso:

*Como el demonio la atormentaba tanto, particularmente de noche, nunca quería acostarse sin tener cerca de la cama agua bendita para ahuyentarlo. Una vez, habiéndosele concluido, me descuidé en ponérsela dos noches seguidas. Nada me dijo la primera noche, pero la segunda me encargó que no volviera a suceder semejante descuido, porque la echaba de menos y le era muy necesaria. A pesar de esta advertencia, mi descuido llegó a tanto que al día siguiente me olvidé completamente de ponerla hasta cerca de la hora de acostarse; cuando me acordé no tuve ganas de bajar a la capilla a tomar el agua y con mi ligereza habitual llené la pilita del agua que había en el jarro para lavarse. Hecha la picardía (que ahora no haría) sólo para que no me regañara Madre Sacramento, ya no me acordé de ello; mas cuando entró en su cuarto para acostarse la sierva de Dios y fue a tomar agua bendita, como tenía de costumbre, al meter los dedos conoció sin duda el engaño, pues me llamó al momento y me dijo: “¡Olá! Ya te puedes confesar... Aquí ha andado la jarra... Ya puedes quitar esta agua que has puesto en esta pila, porque no está bendita”.*¹⁹⁶

En otra ocasión, estaba el 7 de junio de 1864 en Toro (Zamora), visitando a las hermanas del convento de Santa Sofía el día de la fiesta de San Norberto. El padre Juan María había llevado el Santísimo a otro lugar. Al entrar la Madre Sacramento en la iglesia a hacer su oración ante el Santísimo, se dirigió directa al

¹⁹⁴ Apuntes de Ejercicios y Retiros 113.

¹⁹⁵ A 36, 3.

¹⁹⁶ PIV fol 1284-1284v.

altar donde estaba Jesús sacramentado y se arrodilló, pero el padre Juan María la interrumpió y la llevó al altar donde él puso al Señor. Ella obedeció, *no obstante estar convencida de que el Santísimo se hallaba en el otro lugar*. El padre Juan María no sabía que otro sacerdote había hecho el cambio.

e) PROFECÍA

Es el don de conocer el futuro de modo sobrenatural. De ello hay muchos ejemplos en la vida de la Madre Sacramento. Hermana Corazón de María declaró:

*En el año mil ochocientos setenta y dos, fecha en que se inauguró nuestro Colegio de Salamanca, se presentó en él un caballero, cuyo nombre y domicilio ignoro, a ofrecer sus servicios por gratitud a un favor que había recibido de Madre Sacramento. Con tal motivo manifestó que en un viaje se detuvo hablando con sus amigos en la sala de la estación de Madrid hasta que partiera el tren y con la precipitación olvidó tomar un saquito en que llevaba valores o papeles del Banco de España de gran importancia. Como el tren estaba en marcha subió en el primer coche que pudo, que era precisamente donde viajaba Madre Sacramento, mas al poco rato se apercibió dicho caballero de que no llevaba el saquito mencionado y empezó a hacer demostraciones de sentimiento y desesperación. En esto le preguntó la sierva de Dios acerca de lo que le pasaba y, después de referírselo, se quedó callada la misma y muy suspensa durante un corto rato, pero al hablarle le aseguró que aparecería el saquito. Tan afligido estaba el caballero porque la pérdida de los valores constituía seguramente la ruina de su familia, que intentó arrojarle a la vía. Mi santa Madre procuró calmarle repitiéndole que aparecería el saquito y, en efecto, al parar el tren en la primera estación, asomóse un joven a la ventanilla con el saquito en la mano llamando a su dueño, a quien entregó aquel y desapareció al instante. Lleno de gratitud, bajóse el caballero con el fin de dar las gracias al desconocido joven y ya no lo encontró. Cuando volvió al coche, la Madre Sacramento se sonreía. Dijo el expresado caballero que mi Madre fundadora era una santa y que estaba en la convicción de que fue un ángel quien le entregó el saquito, porque nadie lo sabía ni podía haber dado aviso para reclamarlo.*¹⁹⁷

María Asenjo Lapeña nos dice:

Hallándome en el Colegio de Madrid en ocasión en que se agitaba en dicha Corte cierto movimiento revolucionario, nos encontrábamos todas reunidas en el comedor tomando el desayuno sin tener conocimiento de la agitación que se observaba por las calles de Madrid. Presentóse entonces a

¹⁹⁷ PIV fol 566-566v.

*nosotras Madre Sacramento. Tranquila y con gran serenidad nos dijo: “Si oyen ustedes algún ruido o estrépito en la casa, no se asusten, pues en oración me ha inspirado Dios que ha de suceder algo en aquélla”. Luego trasladó a las colegialas a otro departamento más seguro que el en que habitualmente estábamos, y más tarde nos encerró a todas en el sótano de la casa, aunque allí nos visitaba con frecuencia para alentarnos, diciéndonos que no temiéramos que nada nos sucedería de malo... En el mismo día por la tarde, cayó una granada precisamente en el departamento que ocupábamos antes de habernos sacado de él Madre Sacramento, habiendo reventado allí el proyectil y causado grandes destrozos e indudablemente hubiéramos sido víctimas las que allí habitábamos sin las disposiciones que inspirada por el cielo dio la sierva de Dios.*¹⁹⁸

Y no olvidemos sobre todo su profecía del mismo día de su muerte, cuando aseguró al padre Vinader, su confesor, estando ya desahuciada por el cólera:

*Padre, sufro mucho, mucho, pero a media noche ya no sufriré.*¹⁹⁹

Esto lo decía a las doce y cuarto del mediodía y lo repitió a algunas otras hermanas, manifestando que sufría, pero que a las doce de la noche, ya no iba a sufrir como realmente sucedió, pues murió un poco antes de las doce.

f) MILAGROS

Dios se daba el gusto de hacer milagros, cuando ella se los pedía. Veamos algunos.

A la madre de la hermana Corazón de María le dijo sobre su hijo, ciego y desahuciado:

*Que su hijo de usted rece hoy el rosario a la Virgen con devoción y se ponga la medalla. Tome usted la mía de mi lazo, y mañana verá bien y en tres días estará curado y después le emplearán y tendrá carrera: que la Virgen y el Santísimo no hacen las cosas a medias. Yo hice oración lo más de la noche para alcanzar lo que por el Santísimo había ofrecido. Todo se cumplió. Al día siguiente, gritaba: “Que veo, que veo y me hallo sin dolores”. A los tres días, bueno. Al mes, colocado en Aduanas con seis mil reales; y al año tenía veinte mil. Es muy conocido en casa, sin haber tenido novedad en la vista en el año.*²⁰⁰

¹⁹⁸ PIV fol 144v-145.

¹⁹⁹ PAV fol 138-139.

²⁰⁰ Relación de Favores 221.

La hermana Corazón de María refiere ese hecho así:

*Hacía mucho tiempo que se hallaba ciego mi hermano don Enrique Diez Canedo sin poder dedicarse a ninguna ocupación. Entonces residía con mi madre y otros hermanos en Madrid. Ni los recursos de la ciencia ni las atenciones prodigadas con solícito interés lograron sanarlo y ni siquiera mejorarle. Así es que hallándose desahuciado por los oculistas, sólo esperaban el paciente y toda la familia el remedio en un milagro de Dios nuestro Señor. Conocedora Madre Sacramento de la aflicción en que se encontraban mi hermano y familia prometió, al poco tiempo de ingresar yo en el Colegio, a mi madre que aquella misma noche pediría a nuestro Señor y a la santísima Virgen por la salud del enfermo, encargando a dicha mi madre que manifestase al Enrique que a la sazón contaba unos diez y siete años de edad, tuviese confianza, pues pronto estaría bueno. En efecto la sierva de Dios, ya por caridad, ya por el afecto íntimo que profesaba a mi familia, rogó a su divina Majestad que devolviese la vista a mi citado hermano, y nuestro Señor, que no negaba a Madre Sacramento nada de lo que le pedía, tuvo a bien atender sus ruegos, pues al siguiente día de las oraciones, desaparecieron los agudos dolores de la vista que atormentaron a mi citado hermano, la cual recobró totalmente. Como era natural, este maravilloso acontecimiento, a la vez que llevó la alegría y el consuelo al paciente y a toda la familia, produjo la admiración más profunda entre todas las personas que tuvieron conocimiento del prodigio. Yo puedo suministrar estos detalles y creo en la certidumbre del suceso, porque me constaba la enfermedad de mi hermano y porque sabía el resultado infructuoso de los medicamentos. Todo lo expuesto lo sé por mi madre y por mi referido hermano Enrique y mi hermana Isabel, residentes ambos en Barcelona.*²⁰¹

7. PROTECCIÓN DIVINA

Como el clero en general desaprobaba mi Obra, y éstos eran los de más fama por su piedad y posición, no sólo me hacía daño con la gente de fuera sino que yo misma no sabía qué pensar y me hería el corazón de un modo cruel y penoso a lo sumo. Y en verdad me hacía pasar las horas al pie del altar deshecha en llanto:

- Señor, si no te sirvo a ti, ¿a quién sirvo en una vida tan amarga y llena de continuos sacrificios?
- A mí, sí me sirves, sentía yo en el fondo de mi alma, como un bálsamo que curaba mi dolor.

²⁰¹ PIV fol 576v-577.

Además sentía una energía que me servía de alas para volar al trabajo. Y esto se renovaba de un modo especial en cada comunión y en cada calumnia que me armaba el enemigo cada día distintas, a cual más penosas...

Un día se presentó en el Colegio el cura párroco, que venía furioso, y me dijo venía decidido a quitar el (Santísimo) reservado en la capilla, que el Señor no podía quedarse allí... Esto es un desorden. ¿Sabe usted la doctrina? Y me examinó muy detenidamente y, como entonces yo se la enseñaba a las colegialas, felizmente la sabía al dedillo como se suele decir...

Como me tocaba a lo que yo más amo en el mundo, el Santísimo, mi pasión dominante le llamaba yo entonces, y hoy puedo decir es mi delirio, mi locura, pues por Él lo sufro todo y con gozo grande de mi alma, me defendí con una fuerza y elocuencia ajena a mí y que yo reconozco el mismo Señor me inspiró...

Fuimos a la capilla, se arrodilló en el altar y estuvo media hora como de mármol, orando, y yo detrás de él, pidiendo al Señor (que) no se fuera... Se levantó el señor cura deshecho en llanto y me dijo con gran cariño y marcada emoción:

- *El Señor en efecto no quiere salir de esta casa, y desde hoy, abrazándome me dijo, es usted el cura párroco de esta casa y mándeme usted lo que quiera que yo le diré al señor arzobispo que el Señor no ha querido que me lo lleve, que lo tiene usted preso. Siga usted, hija mía, siga usted su Obra y Dios la bendiga²⁰².*

En medio de todos los disgustos y dificultades, acudía siempre a su esposo divino para que la ayudara, la consolara y la protegiera. Había mucha gente que por rescatar a las chicas de su mala vida, le tenían odio y lo manifestaban en burlas, sátiras y hasta en deseos de matarla, pero siempre Jesús estaba a su lado para defenderla.

Hermana Corazón de María recuerda:

Entre sus relaciones era frecuente llamarla “la loca de María Micaela”; no tienen número las burlas, sátiras y sarcasmos de que fue víctima la sierva de Dios. Se conservaban en el archivo de la casa de Madrid algunos periódicos en que se satirizaba a la Madre Sacramento y repetidísimas veces he oído a varias personas de diferentes clases sociales ridiculizarla y motejarla.²⁰³

Hasta sus familiares la consideraban una loca por dedicarse a rescatar a jóvenes de la calle.

²⁰² A 29, 5-6.

²⁰³ PIV fol 161.

Carlos Marforí, que fue alcalde de Madrid en 1856 y 1857, declaró que recibía la Madre Sacramento

*Amenazas, persecuciones y malos tratos, que le proporcionaban aquellos que llevaban muy a mal que recogiera a las jóvenes extraviadas.*²⁰⁴ Y afirma: *Los hombres, hez de la sociedad que vivían malamente con las mujeres extraviadas, fueron sus enemigos de los que tuve que defenderla con fuerza pública. Más de una vez, con navaja en mano, la intimidaban y la amenazaban en la portería de su Establecimiento, reclamando la presa que les había arrancado.*²⁰⁵

Hasta en los periódicos la insultaban, especialmente *El Observador* y *El clamor público*. Algunos periódicos hasta se atrevían a insinuar la convivencia del capellán con las colegialas.

Hermana María Felipa del Corazón de Jesús testifica:

*En una ocasión se presentó en la casa un caballero con intento de ver a la venerable y como yo dijese a ésta que tal sujeto que dio su nombre tenía muy mal aspecto, ordenó que varias hermanas se colocasen ocultas en el dormitorio contiguo a su despacho y que yo me quedase en la escalera. Al poco tiempo oí que en voz muy alta dijo la Madre Sacramento estas palabras: “Yo no tengo más armas que éstas”, refiriéndose como supe después al crucifijo que todas las religiosas llevamos en la manga del hábito. Al punto salieron las hermanas ocultas, dando grandes voces y yo corrí a abrir la puerta de la calle para facilitar la salida del sujeto, quien, según me dijeron las hermanas, llevaba un arma que creo era un puñal y huyó enseguida, echando espumarajos por la boca, como yo misma le vi desde el lugar donde me había ocultado.*²⁰⁶

Ella misma relata:

No hace mucho tiempo se presentó en el Colegio de Madrid un caballero manifestándome que tenía necesidad de hablar a solas conmigo. Yo tiré del cordón de la campanilla llamando a una hermana para que estuviese a mi lado. El caballero, al ver esto, se quedó como suspenso sin saber qué decirme, y entonces yo le dije:

- *No le extrañe a usted que haya llamado a esta hermana, porque las religiosas son mis ángeles y han de enterarse de lo que usted quiera manifestarme.*

El caballero, más confuso que antes, siguió sin pronunciar palabra. En su vista, le manifesté:

²⁰⁴ Proceso ordinario de Madrid fol 2588.

²⁰⁵ Ib. fol 2590.

²⁰⁶ Proceso apostólico de Madrid-Valencia fol 385.

- *Vamos a la capilla y allí me dará usted la puñalada que tenía intención de darme, porque quiero que sea delante de Jesús sacramentado.*

*El referido caballero, al oír esto, se quedó mucho más asombrado, y al ver que estaba descubierto el plan que llevaba, sacó un puñal, lo arrojó en la sala, se arrodilló a mis pies y me pidió perdón, confesando que había ido a cometer un atentado contra mi vida. Yo le amonesté que se dejara de caprichos y de mujeres y se marchó humillado.*²⁰⁷

*Otro día, entró una colegiala y el Señor me avisó que no venía a cosa buena; pero como no me avisa el Señor siempre las cosas tan claramente que no me cueste buscarlas, a veces ando titubeando y así me sucedió esta vez. Al fin la llamé para ver si hablando con ella sacaba lo que era, y al entrar ella en mi cuarto, pedí al Señor luz como si algo me apurara, pues yo temía venía a matarme, y viendo no la sacaba nada, le dije a lo que venía, y le sorprendió tanto que lo supiera, que me lo confesó todo, y me dio la navaja de media vara, que la llevaba escondida en la media, a lo largo de la pierna, para buscar la ocasión mejor para matarme y escaparse. La dejé estar, y hasta olvidé este hecho; confundida con las demás la perdí de vista, pues no tenía miedo ninguno, antes era el fervor que yo sentía y el amor de Dios, que me iba a una iglesia fuera para que no se notara en mi cara el fuego de dentro*²⁰⁸.

Estando un día en misa, comprendí que me iban a envenenar. Lo olvidé, porque no tenía licencia para hacer caso de estos avisos. Desde la muerte del padre Carasa y ausencias del señor Claret son varios los pareceres. Más al traerme el chocolate, de pronto comprendí que estaba allí el veneno. Como no tenía licencia para hacer uso del aviso, ofrecí mi vida al Señor y a la obediencia.

El sabor del cardenillo y lo desagradable que estaba me hicieron pensar a la mitad: “Yo, sin aviso, dejaría este chocolate”. Y lo dejé. Mas a la hora me siento morir y a las tres horas no me pude tener en pie para hacerme la cama que con los dolores había deshecho.

*Llegó de fuera en este día el señor Claret, mi confesor, y vino a confesarme de orden del médico a las cinco de la tarde y dijo que pasaría mal tres días, no más. Así fue. A los cinco días me vestí y echaba de menos la carne que había perdido.*²⁰⁹

Uno de los días de amarguras en los que parecía que no podía yo sufrir tantas calumnias y quejas de mí, estando en oración, en misa, me dijo el Señor:

- *Mira, ves, así te llevo yo.*

²⁰⁷ PIV fol 1058-1058v.

²⁰⁸ A 43, 8.

²⁰⁹ Relación de Favores 75-76.

*Y me vi a hombros del Señor y como un corderillo daba mi boca en la llaga de su costado. No es posible explicar más. Por muchos días me duró la paz y el fervor que este favor dejó en mi alma impreso.*²¹⁰

*Creo que en cinco o seis años, estando afligida en la oración por amargas penas y calumnias muy crueles, me sentía como si el Señor me reclinara contra su pecho a modo de san Juan y de allí saqué gran conformidad y como un cierto gozo de verme calumniada, que ya no me apura.*²¹¹

²¹⁰ A 31, 1.

²¹¹ Relación de Favores 52.

TERCERA PARTE

SU MUERTE Y GLORIFICACIÓN

1. ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

Por diferentes motivos aparece claro que la Madre Sacramento conocía o, al menos, intuía que su ida a Valencia para animar y consolar a las religiosas, en plena epidemia del cólera, podía ser el final de su vida.

La hermana María Monserrat Robert refiere:

La Madre Sacramento apenas recibió la noticia del estado afflictivo del Colegio de Valencia, con motivo de haber caído algunas de sus hijas víctimas del cólera, que tantos estragos estaba haciendo en aquella capital, se decidió a volar allá con el fin de darles valor y prestarles sus servicios, porque decía ser ésta su obligación y no debía volver atrás en su propósito por ningún peligro. Cuando se hizo pública en Madrid esta resolución, acudieron a nuestra casa muchas personas que conocían, trataban y estimaban mucho a la Madre Sacramento, y con insistencia y energía procuraron disuadirla del viaje, proponiendo a su consideración los peligros que corría presentándose en una ciudad infestada de la epidemia colérica, por más que sus intenciones fuesen muy laudables y cristianas. Algunas de las personas que vinieron a nuestra casa, viendo el peligro a que la Madre Sacramento exponía su vida, llegaron hasta a decirle que podía morir y con su muerte hacer desaparecer la fundación de su Obra; pero la sierva de Dios daba por toda respuesta a todas estas buenas personas que, además de ser deber suyo ir en ayuda de sus hijas, había sometido su resolución al consejo del Rvmo. Padre Claret, del señor cardenal arzobispo de Toledo y del padre Labarta, y que no podía ni debía quedarse en Madrid, sabiendo la aflicción en que se encontraban sus hijas en Valencia. Recuerdo, como si lo estuviera viendo, que cuando esto sucedía hallábanse allí presentes, entre otros, el señor Ojero y su esposa, entusiastas admiradores de la sierva de Dios; la familia de Godino, el capellán de nuestra casa don Raimundo Madan y otros cuyos nombres no tengo presentes, los cuales con gran calor procuraban convencer a la Madre Sacramento que cambiase de resolución. Nosotras mismas, sus hijas, presas del mayor dolor y con las lágrimas en los ojos, procurábamos hacerla conocer el mismo peligro que iba a afrontar, porque nos asaltaba el pensamiento de que la pérdida de ella sería de graves consecuencias para el Instituto; sino que todos nuestros esfuerzos fueron vanos, porque su resolución era definitiva y además tenía la aprobación de sus directores espirituales y del Emmo. señor cardenal arzobispo de Toledo.

Nos reunió a todas en una sala y en general nos dijo, con la naturalidad propia de su carácter y como si no la espantase el peligro a que se exponía, que ya todo estaba dispuesto; que las religiosas adoratrices tuviesen gran cuidado

de las colegialas, procurando con grandísima diligencia no darlas en ninguna cosa mal ejemplo; que las que tenían carácter duro lo moderasen; que ya había designado por Superiora general, para que la sustituyera en caso de muerte, a la Madre María de Jesús, y que la que no quisiera vencerse procurase salir del Colegio antes que ella marchase para Valencia, a fin de que no diese que hacer a la nueva Superiora. Sólo una, y esa postulante, abandonó el Instituto en el mismo día. Ante estas reflexiones, que revelaban el triste desenlace del drama, no pudimos menos de afligirnos, derramando lágrimas de dolor y teniendo el corazón oprimido por la pena.

Se estaba celebrando en nuestra capilla la novena de la Santísima Virgen, y tanto yo como diversas hermanas veíamos que la Madre Sacramento no hacía otra cosa que entrar en la capilla, arrodillarse, hacer una reverencia al Santísimo, mirar desde allí a todas nosotras, y después salía; y esto lo hizo tres o cuatro veces; la última vez miró hacia donde estaba el piano, junto al cual me encontraba yo, y creyendo quería de mí alguna cosa, me salí de la capilla y le dije: “Madre, ¿quiere Vuestra reverencia alguna cosa?”. No, me respondió; pero súbitamente: “Vente conmigo, añadió”. Y me abrazó fuertemente, cosa que jamás había hecho de una manera tan afectuosa, y me dijo: “Hija mía, por amor de Dios, cambia de carácter; porque si yo muero no tendrás otra Madre Sacramento; estás muy expuesta por causa de tu carácter; a que no te admitan en la profesión; yo ya sé que María de Jesús te quiere muy bien y hará por ti todo lo que pueda” .²¹²

Cuando sus hijas le manifestaban profunda pena, temiendo que fuese víctima de su ardiente caridad, decía la sierva de Dios:

*Si yo muero, os queda María de Jesús, que gobernará mejor que yo. Y añadía: La que venga detrás de mí sabrá lo que debe hacer en iguales circunstancias.*²¹³

La hermana Catalina de Cristo nos dice:

En Burgos sucedió que tardando la hermana Felipa a presentarse a despedirse de Madre Sacramento dijo ésta: “¿Que no sube Felipa?; pues si no sube, ya no me verá más”. Este incidente tuvo lugar a fines de mayo de dicho año, como en realidad hubiera sucedido, pues ya no la volvió a ver. El veintiuno de agosto del expresado año sesenta y cinco era el día señalado para emprender el viaje a Valencia. Llegado ese día, el Señor estaba manifiesto en nuestra capilla y en ella todas las del Colegio. Madre Sacramento entró dos o tres veces como agitada y arrebatada de color, desde la puerta de la capilla miraba con cierto brillo en los ojos y una sonrisa especial se iba, y volvía después a entrar; al salir la última vez habló con nuestro capellán a cuyos pies se arrodilló,

²¹² PIV fol 1226.

²¹³ PIV fol 572.

pidiéndole la bendición. A las hermanas, a quienes reunió en el noviciado, les hizo varios encargos acerca de las cosas de la casa; y casi indecisa y agitada y como quien desea irse y quedarse a la vez, estuvo un rato, lo cual llamó la atención general porque jamás había hecho demostraciones tan expresivas y porque era de natural resuelta o decidida, hasta que por fin con mucho cariño se despidió de todas.²¹⁴

La hermana Juana Adriá manifestó que:

*A las religiosas de Pinto les había dicho que, al pasar el tren por Pinto, cuando se dirigiera a Valencia, saliesen al mirador para darles la última despedida; y para que supiéramos que iba ya de camino de Valencia, sacásemos unos farolitos encendidos y agitásemos los pañuelos, pues ella a su vez agitaría el suyo. Yo me quedé en Pinto y la sierva de Dios marchó a Madrid y, al día siguiente, pasó el tren con la hermana Catalina, haciendo, aquélla y nosotras sus hijas de Pinto, las señales convenidas.*²¹⁵

Hermana Catalina de Cristo añade:

*El día que la sierva de Dios salía para esta ciudad de Valencia, escribió una carta al señor obispo de Murcia, manifestándole el objeto de su viaje a dicha capital, que se hallaba invadida del cólera, y, si mal no recuerdo, le añadía estas palabras: “Tengo ciento treinta hijas que valen más que yo, por lo que, si me muero, no hago falta para nada”.*²¹⁶

Cuando llegamos a nuestra casa de Valencia encontrábanse abatidas y tristes la Comunidad y las colegialas por los estragos que estaba haciendo la mortífera enfermedad; mas apenas se supo que se encontraba entre ellas la sierva de Dios, reanimóse el espíritu de todas, pareciéndoles que había venido a ellas un ángel consolador que llevaba a los corazones fuerzas y confianza. Al día siguiente 23, después que oyó la santa misa y que comulgó, marchó la Madre Sacramento, y yo en su compañía, a la real capilla donde se venera la santísima Virgen de los Desamparados, en la cual oró largo tiempo y oyó otra misa con el fervor que le era peculiar. De la capilla pasamos a visitar al Excmo. Señor arzobispo don Mariano Barrio, al cual se ofreció para cuidarlo y asistirlo en el caso de que le ocurriese alguna novedad. La misma oferta hizo a don Juan de Dios Montañés, presbítero, que fue protector en la fundación de Valencia. A las primeras horas de la tarde de este mismo día vino a visitarla el padre Jaume, de la Compañía de Jesús, su confesor en Valencia, y, aprovechando la ocasión, se confesó con él... El día de San Bartolomé, veinticuatro de agosto, oyó la sierva de Dios la santa misa, comulgó y oró largo rato; después tomó un vaso de agua de arroz y a poco se sintió mal, pero sin quejarse apenas. La

²¹⁴ PIV fol 693v-694v.

²¹⁵ PIV fol 787v-788.

²¹⁶ PIV fol 739.

descomposición del vientre la atribuía al calor del clima de Valencia. Como continuaba la diarrea y se iniciaron los vómitos y en aquel día la epidemia hacía verdaderos estragos, yo, llena de aflicción, le dije: “Ay, qué pena tengo. En ninguna parte encuentran médicos”. “No importa”, contestó, pues, aunque vengan, no tendré ya más salud. A las doce de esta misma noche ya no me dolerá nada.²¹⁷

En la misma mañana antes de ser atacada del cólera había recibido

Un profundo disgusto por haber sabido que se había cometido en la casa de Valencia un horrendo sacrilegio. Éste consistió en que una de las chicas asiladas, después de haber comulgado sacrílegamente, sacó de su boca la sagrada forma, depositándola en partes de su cuerpo que la decencia no permite detallar... Al salir de la tribuna llorando, exclamó: “Si yo hubiera sabido que se había de cometer este pecado en mis casas, no las hubiera fundado”.²¹⁸

Y continúa hermana Catalina:

Seguían en aumento los vómitos y las angustias sin que las medicinas fueran suficientes para evitar los progresos de la temible enfermedad, Fue preciso celebrar, y se celebró en efecto, junta de médicos y opinaron éstos que no había salvación posible por cuanto lo que sufría Madre Sacramento era el cólera fulminante. A todo esto la sierva de Dios no exhalaba la menor queja a pesar de lo muchísimo que padecía con los calambres en el vientre. Pudo en medio de sus dolores dar algunas disposiciones y ordenó por precaución que entrase solamente en su cuarto alguna que otra llevando a la nariz un frasquito de alcanfor. Los padres de la Compañía de Jesús, Vinader y Cortés se presentaron en nuestra casa a prestar los auxilios espirituales. Confesóla el primero y entre diez y media y once de la noche se le dio la unción.²¹⁹

Por su parte el doctor Albiñana nos da su versión:

En la mañana del 24 de agosto me ayudó a mí a curar a diversas enfermas... Fui a la enfermería para hacer la cura a una hermana que padecía una úlcera atónico-escrofulosa en un brazo, y en la operación me ayudó la sierva de Dios, sin la repugnancia que suelen generalmente mostrar las personas delicadas, cuando se trata de curar alguna úlcera cuya vista y hedor no todos pueden soportar con serenidad. Después visité a las otras enfermas y me retiré a mi casa cerca de la una de la tarde...

Poco tiempo después recibí aviso (por la tarde de ese mismo día) de que la Madre Sacramento había sido atacada por la epidemia. En seguida me

²¹⁷ PIV fol 697v.

²¹⁸ PIV fol 65v-66.

²¹⁹ PIV fol 697v-698.

presenté en el Colegio y hallé presa de la mayor consternación a la Comunidad y a la hermana Catalina, secretaria de la dicha sierva de Dios; la cual me rogó muy vivamente que me interesase cuanto fuese posible por salvar la vida de la Madre Sacramento. Cuando me acerqué al lecho en que ésta se hallaba, quedé sorprendido mi ánimo al ver que, desgraciadamente, se hallaba en el período álgido de la enfermedad, y, consiguientemente, en un estado gravísimo. Yo, que no tengo costumbre de fingir ni de ocultar la gravedad de un enfermo, manifesté sin subterfugios ni rodeos a la hermana Catalina que tenía pocas esperanzas de salvar de la muerte a la Madre Sacramento. La hermana me dijo que le diese alguna medicina; parecióme empero no hacerlo así, en atención a que la Madre Sacramento había sido asistida poco antes por un médico homeópata, y si yo le daba algún remedio alopático podría neutralizar la acción hiposténica del medicamento homeopático y resultar, en consecuencia, algún daño.

Se decidió tener consulta con el médico del hospital provincial don José Santa María y, reconocida con toda detención la sierva de Dios por el citado profesor y por mí, discutimos, en presencia de varias hermanas, y nos vimos en la necesidad de manifestar que no teníamos ninguna esperanza de salvar la vida de la virtuosísima enferma. No obstante, convinimos en procurar la reacción aplicándole fuertes revulsivos de mostaza en diversos lugares de la piel, botellas de agua muy calientes en las plantas de los pies y algunas también alrededor de su frío cuerpo, infusiones de manzanilla, permitiéndole limonada gaseosa para aplacar la sed. Yo me quedé al lado de la Madre Sacramento, observando el curso de la enfermedad, y pude apreciar que con el método adoptado se contenía la diarrea y que los vómitos habían cesado por completo.²²⁰

La hermana cocinera, Mónica Estruch recuerda:

Yo llevaba a la puerta de su celda las botellas de agua caliente que se ponían en los pies y por la rendija de la puerta de dicha celda observé que estaba la Madre Sacramento en una cama sin colchón y que el cuerpo lo tenía medio fuera de la cama.²²¹

La hermana Dolores anota:

Apenas si conservo memoria de las cosas que aquel tristísimo día nos sucedieron, porque a la fuertísima impresión que nos produjo a todas al saber a la una de la tarde que nuestra Madre estaba atacada del cólera, se agregó el susto de ver incendiarse la chimenea de la casa y el siguiente hecho:

Yo, la declarante, cuando iba azorada a dar el aviso de que llamasen al médico, me encontré con la hermana Angelitos, y ésta me preguntó: “¿Qué pasa?”. Respondí que se moría la Madre Sacramento, y ella a su vez contestó:

²²⁰ PIV fol 1003-1004.

²²¹ PIV fol 1537-1537v.

“Yo también me muero”. Fuése ésta inmediatamente a la enfermería y falleció momentos antes que la sierva de Dios.

Apercibida yo del rápido curso de la enfermedad de la hermana Angelitos, asaltóme la congoja de si yo sería causante de su enfermedad por la forma en que le di la de nuestra Madre, y amargada con esta zozobra, apenas me di cuenta del curso de la enfermedad y circunstancias de la muerte de mi Madre fundadora.²²²

La hermana enfermera Ignacia Domenech apunta:

Serían como las cuatro de la tarde cuando fui yo a verla y... la encontré ya en la cama, pero incorporada y reclinada sobre el brazo de la hermana Visitación y fría como la nieve. Yo entonces le dije:

- *Madre, ¿no podíamos ponerle un colchón y acostarla bien tapadita por ver si entra en calor?*
- *No, hija mía, que no podréis.*
- *¿No hemos de poder? Llamaré unas hermanas.*

Repitióme lo mismo y en efecto no pudimos, pues por más esfuerzos que hicimos las hermanas Visitación, Felisa, yo y el médico, no pudimos más que colocarle los pies sobre el colchón y no el cuerpo que descansaba sobre un jergón de esparto crudo y nuevo.²²³

Se hizo todo lo que el médico mandó. Estaba fría como el mármol y era lo principal que entrara en calor. Se la rodeó de muy fuertes caloríferos, mantas y bayetas calientes con infinidad de cosas para el objeto. Le daban de cuando en cuando unos calambres fortísimos que le hacían saltar de la cama por la fuerza del dolor. Se le dieron también medicinas para calmar los calambres a fin de que no padeciera tanto. Tenía una sed devoradora que la hacía sufrir en extremo.

El padre Juan Bautista Vinader, jesuita, se presentó a las cuatro de la tarde del mismo día 24 y manifestó:

Le di la santa unción que recibió sin inmutarse y respondiendo a las oraciones y preces... Habiendo cesado a las ocho de la noche los vómitos, indiqué a la enferma que podía recibir el santo Viático, a lo que contestó: “No me atrevía a pedirselo por haber comulgado esta mañana. Vuestro padre me abre el cielo, porque no se puede imaginar la alegría que tendré en recibirlo como Viático”. La volví a reconciliar y le di el Señor que recibió con grandes demostraciones de consuelo. Varias veces recordaba algo, y quería decirlo en

²²² PIV fol 1327-1327v.

²²³ PIV fol 896-896v.

*forma de confesión. Hasta su muerte de tanto en tanto le leía yo alguna oración o le sugería algunas jaculatorias que ella repetía con marcada devoción. En sus padecimientos invocaba de continuo el nombre de Jesús, pidiendo más sufrimientos, pero paciencia también para soportarlos. Delante de mí repitió que a las doce de la noche, ya no sufriría nada, y estas palabras que no nos llamó la atención cuando las pronunciaba; al verlas cumplidas por haber expirado a las doce de la noche menos cinco minutos, del reloj de la casa, hicimos entonces los correspondientes comentarios.*²²⁴

Para ella la última visita de Jesús Sacramentado a su alma fue como un respiro en la tierra antes de emprender su vuelo definitivo a las alturas del cielo. La hermana Catalina recuerda que le dijo:

- *Madre Sacramento. ¡Qué sorpresa! Una visita, como el último recurso y medicina.*
- *¿Qué visita?*
- *El Santísimo.*
- *Gracias, Dios mío. ¡Qué favor! Dios te lo pague, hija mía. Yo no me atrevía a pedirlo.*

*A los pocos momentos, después de haberle arreglado el cuarto, la cama y demás, subió el Señor acompañado de dos o tres sacerdotes. Sólo estuvieron presentes los sacerdotes, el facultativo, las tres hermanas (Ignacia, Felisa y Catalina) más la hermana sacristana María Dolores. Respondió a todas las preguntas y oraciones de las ceremonias del santo Viático con claridad y mucho fervor, quedándose después de recibirle un ratito sosegada, pero después empezó de nuevo a padecer.*²²⁵

La hermana Catalina de Cristo asegura que

*En medio de sus agudos dolores no cesaba de decir jaculatorias: Jesús, María y otras.*²²⁶ *De cuando en cuando... decía más a menudo la que tenía por costumbre: ¡Ay, Jesús de María! ¡Dios mío, yo te entrego mi alma! ¡Señor, yo os entrego la Congregación que tanto me ha costado! ¡Jesús de mi vida! ¡Madre mía de los Dolores!*

*Jesús es suma bondad,
sabe lo que me conviene.
Hágase su voluntad,
que rendida aquí me tiene.*

²²⁴ PIV fol 1221v.

²²⁵ PIV fol 781-782.

²²⁶ PAV fol 303v.

¡Sí, Señor, rendida aquí me tienes! ¡Jesús, mi alma! ¡Jesús, mis hijas!²²⁷

El padre Vinader declaró:

*Habló hasta media hora antes de morir. Desde ese momento la respiración fue disminuyendo hasta apagarse sin hacer ningún estremecimiento, quedando, a pesar de los dolores, más hermosa que en vida. Yo le recé la recomendación del alma... y le leí unas muy tiernas oraciones a la Virgen y, viendo que aún había un poco de vida, recé, llorando todos los circunstantes, las letanías de María y murió al decir “Oremus” después de haberle aplicado muchas indulgencias plenarias. Eran las doce menos siete minutos de la noche del día 24.*²²⁸

El doctor Albiñana observó:

*Al momento de expirar abrió sus ojos y los elevó al cielo como si viera alguna cosa en cuya situación quedó después de entregar su alma a Dios, lo que fue para mí un hecho extraordinario.*²²⁹

2. DESPUÉS DE SU MUERTE

La hermana Catalina recuerda:

Yo me persuadí que había muerto, cuando oí al padre (Vinader) que, dirigiéndose a todos los que estábamos allí rezando, dijo: “Así mueren los justos”²³⁰, “quedando, a pesar de los dolores más hermosa, que en vida!”²³¹

La misma Hermana Catalina asegura que, a pesar de los dolores que sufrió, su cara parecía más hermosa que antes.²³²

El doctor Albiñana refiere:

Contra la regla general de los fallecidos a consecuencia de la enfermedad colérica, que quedan desfigurados y amoratados, el semblante y las demás partes del cuerpo de la sierva de Dios se hallaban como en estado natural, parecía encontrarse dormida en pobrísimo y rústico lecho; excepción hecha de los ojos que quedaron abiertos y mirando al cielo, esto es, quedó el

²²⁷ PIV fol 782.

²²⁸ PIV fol 1226-1228.

²²⁹ PIV fol 1009v.

²³⁰ PIV fol 698v.

²³¹ PIV fol 1228v.

²³² PIV fol 698v.

*cadáver, no sólo con los párpados abiertos, como es costumbre en todos los cadáveres, sino con el globo de los ojos elevados de tal manera que las pupilas miraban al cielo, lo que juzgué de que el acto de abrir y elevar los ojos la sierva de Dios en el momento de su muerte, fue una cosa extraordinaria.*²³³

A las ocho horas de su fallecimiento regresó el doctor para verla y dice:

*Vi colocado ya el cadáver en el féretro, observando de paso que se hallaba aún incorrupto sin despedir mal olor ni presentar síntomas de alteración.*²³⁴

*Quedó tan natural y flexible como si estuviera dormida. Tuve ocasión de comparar, dice la hermana Ignacia, confirmando a la secretaria, repetidas veces el cadáver de la sierva de Dios con el de la otra hermana, llamada Ángeles, que murió casi a la misma hora de la propia enfermedad y así como en esta última eran cada vez más visibles los estragos horribles causados por la indicada enfermedad tanto en la rigidez como en el color, mi santa Madre, por el contrario, me llamaba la atención por su gran flexibilidad y por parecer más estar dormida que muerta. Sólo noté que se le hinchó un poco el vientre.*²³⁵

*Fue imposible exponer el cadáver de la Madre Sacramento. A pesar de las severas prohibiciones que se nos hicieron, yo hermana Catalina de Cristo la visité varias veces ya difunta y besé su mano sin que notara mal olor. Tengo muy presente el hermosísimo aspecto que presentaba su rostro de mi Madre fundadora. Me consta que no fue embalsamada ni que en la caja se introdujera droga, esencia o perfume alguno, porque yo presencié el acto de colocar el cadáver en el ataúd. Recuerdo muy bien que se le amortajó con el hábito de religiosa que usaba la Comunidad en aquella época. Yo, por vía de reliquia, le quité la custodia de plata que llevaba colocada sobre el hábito y también me hice cargo del rosario que usó en vida.*²³⁶

Apenas se divulgó la muerte de la sierva de Dios, produjo una profunda pena en todo Valencia. En aquellos días, aunque muchas familias llevaban luto por algún ser amado, la generalidad de la gente estaba condolida por la muerte de la Madre Sacramento y preguntaban detalles de su muerte. Por causa de las tristes circunstancias por las que pasaba la ciudad entera, no fue posible, de acuerdo a las leyes sanitarias, exponer el cadáver ni tampoco embalsamarlo.

El padre José Clavero afirma:

²³³ PIV fol 1007v-1008.

²³⁴ PIV fol 1009.

²³⁵ PIV fol 897-897v.

²³⁶ PIV fol 699v-700.

Al volver al Colegio en la mañana del siguiente día, ya encontré muerta a la sierva de Dios y colocado su cadáver en una sala del piso bajo que está junto a un deslunado pequeño...

Las hermanas, llorosas y presas del mayor sentimiento por la dolorosa pérdida que había experimentado el Instituto, querían a todo trance penetrar en dicho local para besar a su Madre fundadora, y permanecer allí acompañando sus restos mortales; pero el padre jesuita Tramuta, según creo, que se encontraba presente, en vista de este estado de cosas, cerró una comunicación que había con la misma sala y me puso como centinela para que no dejara entrar a nadie, como así lo hice.

Esta determinación debió tomarla el referido padre para evitar el contagio de las hermanas, dada la clase de enfermedad de que había fallecido la Madre Sacramento. Sin embargo, a fin de que tuvieran el consuelo de ver a la sierva de Dios, yo les dije que la colocaría en un sitio donde pudiesen verla. Y, en efecto, yo solo, o ayudado de otro, que sería en tal caso el diácono don Nicanor Acacio, acerqué el ataúd al pequeño deslunado, de que he hablado más arriba, para que pudieran ver desde las ventanas el cadáver de la Madre Sacramento. Junto a éste estaba también en la propia sala el de la hermana Ángeles.²³⁷

La hermana Dolores Bertolé declaró:

Asistí a la traslación de los cadáveres de la Madre Sacramento y de la hermana Angelitos, que se verificó en dos grupos y en la forma siguiente: A las once y media de la mañana salió de la casa mortuoria el cadáver de la Madre Sacramento, seguido de una tartana en que iban las hermanas Catalina de Cristo, Felisa y Visitación, y alguna otra persona. Yo quise ir al cementerio en esa tartana, lo que no conseguí a pesar de mis súplicas. Concediéronme que fuera en otra tartana con la hermana Catalina y los señores don José Clavero y Cano. Los dos acompañamientos iban muy cerca el uno del otro, pues no se perdían de vista.²³⁸

Como una gracia especial de Dios se consideró el hecho de que en aquellas difíciles circunstancias no se hubiera colocado el cadáver de la Madre en la fosa común como sucedía en aquellos días hasta con las personas más distinguidas. Fue colocada en el nicho N° 2143. Allí estuvieron algún tiempo, donde se esculpieron estas palabras como epitafio:

²³⁷ PIV fol 1028-1028v.

²³⁸ PIV fol 1328.

M.I. SRA DOÑA María MICAELA DESMAISIÈRES LÓPEZ DE DICASTILLO Y OLMEDA, VIZCONDESA DE JORBALAN, FUNDADORA Y SUPERIORA GENERAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA DE SEÑORAS ADORATRICES ESCLAVAS DEL SSMO. SACRAMENTO Y DE LA CARIDAD Y DE LOS COLEGIOS DE DESAMPARADAS. FALLECIO VÍCTIMA DE SU CARIDAD EN 24 DE AGOSTO DE 1865 R.P.I.

3. HECHO SOBRENATURAL

Al día siguiente de su muerte, el padre Macario acudió al Colegio de Atocha en Madrid para asegurar a las hermanas que la Madre Sacramento había muerto. Así lo refiere la hermana María Monserrat:

Serían las cinco de la mañana del siguiente día, día 25, cuando oímos tocar a la puerta y con un ansia salimos a abrir, creyendo que sería el telegrama que esperábamos, cuanto nos sorprendió el ver tan de mañana al padre Macario, sacerdote que visitaba nuestra casa, y creció nuestra sorpresa cuando, sin saludar, nos dijo: Vamos a la capilla a rezar la estación mayor por la Madre Sacramento que, sin duda, ha muerto a estas horas, pues me ha pasado lo siguiente: “Me encontraba haciendo un rato de oración en una tribuna de San Francisco el Grande, cuando minutos antes de las doce, a pesar de estar la puerta cerrada, de pronto, un golpe de viento me ha apagado la luz, e inmediatamente he visto por la iglesia así como bolas o nubes blancas que se movían. Nunca he tenido miedo, pero confieso que entonces me ha entrado un grande temor y he querido salir de la tribuna; mas, como estaba a oscuras y la puerta se hallaba cerrada, no podía encontrar ésta, por lo que he principiado a dar voces llamando a mi criado Francisco, que no me ha oído, debido sin duda a estar cerrada la puerta, hasta que, por fin, he encontrado a tientas la puerta y aquí me tienen ustedes turbado aún, pero creyendo que, sin duda, ha muerto la Madre Sacramento”.

*Dicho esto, nos fuimos todos a rezar la estación que dirigía a grandes voces el padre Macario y contestábamos llorando, de rodillas y en cruz.*²³⁹

La hermana Monserrat se olvidó de decir un detalle que recalca hermana Catalina de Cristo:

El padre Macario sintió un viento a su alrededor, a pesar de estar todo cerrado, que le apagaba la luz, lo cual le llamó mucho la atención y antes de que pudiera reponerse de su Sorpresa vio, en un abrir y cerrar de ojos, a la

²³⁹ PIV fol 1212-1213.

*sierva de Dios alegre y risueña, y, sin mediar palabra alguna, entendió que había pasado a mejor vida.*²⁴⁰

4. MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Dios manifestó la gloria de la Madre Sacramento con milagros realizados por su intercesión.

Hermana Concepción de María certifica:

*Cuando yo pasé al Colegio de Santander en mayo del año mil ochocientos ochenta y seis me refirió una hermana que residía en dicho Colegio, llamada Joaquina de San José, un grande favor que había recibido del cielo por intercesión de la Madre Sacramento. Me contó que haría como unos tres o cuatro años, efecto de un grande flujo de sangre, que venía padeciendo, perdía las fuerza en términos que muchos días tenía que pasarlos en cama y desde luego no podía desempeñar el cargo y los trabajos que le estaban encomendados, pues era hermana coadjutora. Una noche, bastante tarde ya, encontrándose acostada en una cama de la enfermería, notó que principiaba a tener una gran pérdida de sangre; al momento se bajó de la cama, pero era tan abundante la evacuación que llenó el suelo de sangre y se sintió desfallecer. Viendo que le faltaba la luz en los ojos y la voz para llamar, se asustó muchísimo e invocó el auxilio interiormente de la Madre Sacramento y al caer al suelo, aún sintió que la Madre Sacramento había acudido a su llamamiento y le pasó la mano. Me refirió la hermana que despertó o volvió en sí en la madrugada del día siguiente, quedando asombrada por completo al verse acostada en la cama muy bien cubierta con las ropas, apercibiéndose de una fuerza que hacía mucho tiempo no tenía, limpio el suelo sin huella de manchas de sangre y en un estado general tan bueno que, levantándose, se dirigió a la cocina a emprender la tarea del día, siguiendo ya en el desempeño de todos los trabajos que se le encomendaban, como el de cocinera y hortelana, ayunando y observando todas las reglas del Instituto; en una palabra, que desde el momento de despertar en aquel día, no sólo no volvió a tener ya más flujos, sino que me decía que tan débil como tanto tiempo había estado, se encontraba ya con todas las fuerzas necesarias para el trabajo, adquiridas rápidamente, o sea que despertó en estado completamente sano.*²⁴¹

Hermana Corazón de María da fe de lo siguiente:

²⁴⁰ PIV fol 700v.

²⁴¹ PIV fol 1383v-1384.

Había en nuestro Colegio de Barcelona una hermana, llamada Manuela, que, desde su ingreso en el mismo, padeció muchas enfermedades graves y por espacio de algunos años y con bastante frecuencia tenía vómitos de sangre y siempre con mucha tos y fatiga que la ponían en peligro de muerte. En este estado la vi varias veces, y me consta que recibió el sacramento de la extremaunción. En el año mil ochocientos ochenta y cuatro se puso tan grave que temíamos se muriese; su estado era tal que no le permitía tomar ninguna cosa más que un poco de caldo con un terroncito de nieve. En el mes de junio de dicho año, antevíspera de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, estando yo paseando con la Madre Ana de Jesús, Superiora de dicho Colegio, en el jardín de la expresada casa, llegó una de las enfermeras a dar cuenta a la citada Superiora del estado en que se encontraban las pacientes que en aquella ocasión había y al recaer la conversación sobre el estado gravísimo de la hermana Manuela, la Superiora manifestó a la enfermera que era preciso animar y consolar a esta enferma, para lo cual le encargaba que de orden suya le dijese que para el día de la fiesta hiciese lo posible por ponerse buena, pues hacía falta para que desempeñase los cargos que tenía de sacristana y portera.

La enfermera cumplió lo que la Superiora le dijo para la enferma. Ésta, que era de carácter angelical, natural y sencillo, tomó las palabras que con referencia a la Superiora le manifestaba la enfermera como un mandato. Así es que, desde aquel momento, no cesó de pedir al Señor por mediación de la Madre Sacramento su curación. Como ya digo, no paraba de invocar a la Madre Sacramento. Ésta se la apareció, según nos manifestó, serían las nueve o diez de la noche, y le dijo: “¿Qué quieres que tanto me llamas?” y la enferma contestó: “Ponerme buena por ser éste el deseo de la Madre Superiora”. Entonces la Madre Sacramento le dijo: “Bien, no tomes caldo ni medicinas y mañana, después que pidas permiso a la Superiora, te levantas y bajarás a la capilla a comulgar con todas las hermanas”. Dichas estas palabras desapareció Madre Sacramento. La hermana enfermera que estaba de turno en la enfermería se presentó a la Manuela con una taza de caldo que la enferma rechazó, manifestando que no podía tomarla, porque al día siguiente tenía que comulgar. Insistió la enfermera muchas veces para que tomara dicho alimento, pero nada pudo conseguir entonces ni en el resto de la noche. Por la mañana, enteradas las demás enfermeras de lo que había ocurrido con la indicada Manuela, pasaron a ver a ésta por si podían conseguir que tomasen el alimento que se le daba.

Vana insistencia, pues la enferma se negaba de nuevo a tomar todo alimento, alegando siempre la misma causa y exigiendo que fuesen a pedir permiso a la Superiora, para que le permitiera tomar la comunión con las demás hermanas en vista de que se encontraba buena y en disposición para ello. Las enfermeras creyeron siempre que esto era un delirio de la enferma, propio de su estado delicado; pero ante tanta insistencia y atendido que nada podían conseguir de ella, tuvieron necesariamente que poner el hecho en conocimiento de la Superiora. Ésta, según me refirió después a mí la declarante, contestó: que

si sus deseos eran comulgar, le llevarían el Señor a la cama. A la sazón se encontraba allí presente don Ramón Magarola, que iba a celebrar en nuestra casa la misa de comunión, y, enterado de lo ocurrido, al oír la contestación de la Superiora, le dijo a ésta: “Déle usted permiso Madre, déjela levantarse”. A esta súplica del señor Magarola, instintivamente y sin darse cuenta de ello, según me manifestaba la Superiora, como antes digo, accedió a los deseos de la enferma. No sé lo que ocurriría después con la Superiora, las enfermeras y la enferma; pero es lo cierto que al entrar yo en la capilla poco antes de empezar la santa misa, vi muy cerca del reclinatorio de la Superiora una hermana arrodillada a la que no conocí al pronto; me fijé en ella y observé que era la hermana Manuela con una cara tan pálida y demacrada que parecía una difunta.

Como yo dudaba si había muerto, me asusté, pues mas bien creía fuese una visión mía que la realidad. Estando yo aún de pie como cerciorándome de lo que veían mis ojos, llegó la Madre Ana y al ir a arrodillarse en su reclinatorio, sin duda comprendió mi extrañeza y señalándome a la hermana Manuela me dijo en voz baja: “La ha curado Madre Sacramento”. Durante la función permaneció Manuela sentada, por orden de la Superiora en el mismo banco que yo estaba, a pesar de que quería estar de rodillas todo el tiempo que durase la función, habiendo comulgado como eran sus deseos, con toda la Comunidad. Yo misma la vi que desde ese día desempeñó los cargos que tenía de sacristana y portera, que por cierto eran en aquel día muy penosos por la gran concurrencia que asistía a la función de la visita de altares. Al ir por la tarde el médico de la casa don Juan Bassols, residente aún hoy en Barcelona, la Manuela misma le abrió la puerta y, al conocerla, aquél le dijo con asombro: “¿A qué santo se ha encomendado usted?”. Esto lo sé por habérmelo referido la Superiora, así también que el mismo médico, admirado, dijo en presencia de algunas personas hablando de la enferma: “Ayer se estaba muriendo y hoy está buena”. Que esta curación fue completa, me lo asegura el haber yo visto a Manuela desempeñar desde entonces, sin interrupción, durante más de dos años los mencionados cargos de sacristana²⁴².

Hermana Catalina de Cristo certifica:

Otro de los prodigios obrados por la intercesión de Madre Sacramento ha sido la curación miraculosa de la hermana María Virginia verificada en la casa de Madrid a fines de noviembre de mil ochocientos ochenta y nueve. Yo, la declarante, me encontraba en dicha casa haciendo los ejercicios espirituales y antes de empezarlos, vi a la expresada hermana gravísimamente enferma, oí hablar a las enfermeras y a las Superiores, general y local, de los progresos de la enfermedad y del próximo peligro de muerte que todas temíamos, porque ya la tenían desahuciada los médicos, y me despedí de la misma, como las demás hermanas que entraron en Ejercicios, creyendo que no volveríamos a verla.

²⁴² PIV fol 577v-579.

*Durante estos Ejercicios le recé como difunta, porque al atravesar la enfermería noté que no se la oía toser, como en otras ocasiones, ni se oía la campanilla los días que se la acostumbraba administrar la sagrada comunión; y el día que terminaron dichos Ejercicios, cuando todas las religiosas estábamos reunidas en el salón principal de la casa, vimos con gran asombro a la hermana María Virginia completamente curada, y oímos de sus labios el modo miraculoso con que, al invocar a Madre Sacramento en el acto de tomarse una firma de ésta, estampada en un papel, fue completamente curada de la gravísima enfermedad de tisis que padecía. Tengo completa certeza acerca de este hecho y, como todas mis hermanas, saludé a la hermana Virginia, como se saludaría a un muerto resucitado.*²⁴³

Hermana Bernardina de María nos dice:

A los ocho o diez años de ser yo religiosa, me vino un gran dolor de estómago, estando en Valencia. Además sufría dolores en el costado y la espalda y padecía de vómitos. Cuando no arrojaba alimentos, arrojaba pus y algo de sangre, aunque ésta no era siempre; después de muchas pruebas y medicinas, me llevaron a Godella. Pude estar allí pocos días, pues el médico mandó que me trajesen a Valencia, porque de lo contrario, dijo que me moriría. Aquí en Valencia me dieron la sagrada comunión en la cama, aunque no en forma de Viático, y renové los votos. Me alivié un poco y me enviaron a Madrid. Allí, habiendo resultado acertado el alivio, continué en el mismo estado en que me hallaba hacía cinco años, con vómitos diarios acompañados alguna vez de pus y algo de sangre. Aunque ignoro la opinión que formaron los médicos de mi enfermedad, por lo que oí a una enfermera entendí que creían se trataba de un cáncer en el estómago. De esta manera continué tres años y medio levantándome y acostándome, pero desahuciada de los médicos. Yo había pedido mi salud a Dios por intercesión de muchos santos y también de Madre Sacramento, pero viendo que nadie me oía ya me daba escrúpulo pedir por mi salud a ningún santo, porque estaba convencida de que me convenía morir.

Un día la Superiora de Madrid, Madre Consolación, me dijo: “Por obediencia le mando que le pida a Madre Sacramento que le quite esto y le ponga buena”. Yo tomé un retrato de la venerable y como no se le podían hacer novenas, me fui a la sacristía, me arrodillé, hice un acto de contrición, recé tres padrenuestros a la Trinidad por los beneficios concedidos a la Madre Sacramento y después dije a ésta: “Madre mía, la Madre me manda que por obediencia os pida que me quitéis este mal que tengo”. Continué practicando lo mismo otros dos días y en el día tercero, después de haber tomado alimento, parecía que lo retenía, pues los vómitos habían cesado; pero en cambio sentí dolores muy agudos en el estómago y costado, que parecía que me iba a morir. Me fui a la cama, allí me senté porque no podía estar de otra manera; al poco tiempo me dormí y, al despertarme después de algunas horas, me encontré

²⁴³ PIV fol 749-749v.

acostada sobre el costado izquierdo, postura que desde que estaba enferma no podía tomar. Me sentí sin dolores y con un regular bienestar. Seguí después mi vida ordinaria sin atreverme a decir a nadie nada, porque temía me repitiesen los vómitos, continué y terminé mi novena y cuando hubieron transcurridos trece días en este bienestar y sin dolores ni vómitos a pesar de mi disimulo, lo echaron de ver algunas hermanas, una enfermera y otra sacristana, que se llamaban Benita y Bernarda. Una de ellas me preguntó: “Hermana ¿qué? ¿Ya está buena? ¿Ya no vomita?”. Yo le contesté que en efecto estaba buena y que ya no vomitaba. Me volvió a preguntar qué había hecho y le expliqué lo sucedido, pero que había estado callando para cerciorarme de mi perfecta curación. Entonces me dijo: “Pues no lo calle, es preciso que lo diga. Mire, tome papel y escriba”. Tomé papel y escribí la relación y se la entregué a la Madre Superiora general que se encontraba allí a la sazón.²⁴⁴

Emilio Gómez y Sánchez da fe de su curación:

Tengo que referir el siguiente hecho: He padecido por espacio de más de diez años una enfermedad crónica del estómago. Por el mes de noviembre del año mil novecientos tres me encontraba en un período agudo de esa enfermedad. Como las religiosas del Instituto de las Adoratrices son parroquianas de mi casa y sostengo correspondencia escrita con varias casas del Instituto, escribí entonces a la Madre Antonia Gonzaga, Superiora del Instituto en Oviedo, diciéndole que me sentía tan malo que creía no podría ya escribirle y que tuviera aquella carta por despedida. Me contestó la Madre lamentando mi estado y aconsejándome que admitiera y tomara con fe un poco de ceniza de la venerable, porque creía que había de obrar conmigo un milagro. Seguí su consejo, pedí las cenizas y el día de la Purísima de aquel mismo año, después de haber comulgado, las tomé diluidas en agua. Hasta entonces había necesitado las visitas de los médicos, tomar muchas medicinas y privarme de muchos alimentos y sentía dolores agudos periódicamente y, desde aquella fecha, no he necesitado médicos, ni medicinas, he comido toda clase de alimentos y me he dedicado al desempeño de mis obligaciones y al ejercicio de mi industria, cosa que antes no podía.

Como me persuadí de que estaba bueno, a los pocos días pasé a ver al médico que me había visitado, a quien nada dije de mi extraordinaria curación, le pagué sus honorarios, me dio él por sano y por curiosidad le pregunté si mi enfermedad había sido grave y contestóme que había atravesado una crisis grave que había yo vencido por ser joven. Yo, sin embargo, creo que en mí obró el Señor un milagro por intercesión de la venerable y en efecto cuando pasó más tiempo y me convencí de que mi curación era radical y perseverante, hice público el favor recibido y, al cumplirse próximamente el año de mi curación, escribí a las casas del Instituto para que celebrasen una fiesta de acción de gracias por mi curación; fiesta que fue celebrada el día de la Purísima del año

²⁴⁴ PAV fol 401-403.

mil novecientos cuatro. Al médico no creí prudente decirle nada, porque ignoraba las ideas de este señor y temía encontrarme con un incrédulo que recibiera mal mi confidencia. Yo al presente continúo muy bien, como si nunca hubiera estado enfermo.²⁴⁵

Hermana Elena de la Cruz nos dice:

Sé, por habérselo oído decir a la misma hermana Esperanza, que se hallaba enferma de una afección crónica del estómago, que la aquejaba más de dos años, cuya enfermedad no le permitía retener los alimentos que tomaba, sino que los devolvía con repetidos vómitos. No guardaba habitualmente cama, pero pasaba en ella gran parte del día. Cierta noche en que sentía con mayor intensidad los efectos de sus habituales dolores y por lo mismo se hallaba en el lecho despierta y completamente despejada, vio entre las cortinas que aislaban su cama de las de las otras religiosas aparecer a la sierva de Dios vestida con el hábito y traje entero de nuestro Instituto como cuando vivía. Su rostro alegre, como habitualmente lo tenía, pero resplandeciente con luces que juzgó sobrenaturales y, según dijo, de esta circunstancia infirió que se hallaba en el cielo.

*Después de consolar a la enferma le dirigió con voz natural, como la tenía cuando vivía, (pues ya la sierva de Dios hacia diez y siete años que había fallecido) la palabra y le dijo: “Que advirtiera a Madre Espiritu Santo, que a la sazón era Superiora general del Instituto, que se corrigiera de ciertas faltas de que adolecía, las cuales no me precisó por guardar en caso tan delicado una prudente reserva. Que si la enferma cumplía el encargo de advertírselo y la Superiora general de corregirse, ambas quedarían sanas de las dolencias que respectivamente padecían (pues también dicha Superiora padecía afecciones reumáticas que la atacaban al lado del corazón). Efectivamente, se vio cumplido el vaticinio de la sierva de Dios, viéndose entrambas curadas, al parecer milagrosamente, hasta el extremo de que la hermana Esperanza, no solo cumplía los ayunos eclesiásticos, sino también los prescritos por nuestra regla.*²⁴⁶

La hermana Corazón de María nos relata otra aparición de la Madre para corregir algunas faltas. Dice:

Al poco tiempo de muerte la Madre Sacramento no sé a punto fijo si en el invierno del mismo año en que murió o en el del siguiente, hallábase una noche cumpliendo el cargo (de vigilar a las chicas) la hermana Luisa en el Colegio de Zaragoza, pero al sentir la referida hermana por efecto de la estación, que atravesaba mucho frío al pasar por el dormitorio, abandonó la vigilancia y se acercó para calentarse a la estufa que había en el mismo

²⁴⁵ PAV fol 580.

²⁴⁶ PIV fol 100v-101.

dormitorio y cuando acababa de descalzar un pie para mejor calentarse, sintió que la cogían del brazo y la levantaban y al volverse vio a la Madre Sacramento tal y como iba vestida de ordinario en el Instituto, la que llevándola por el centro del dormitorio hacia un rincón del mismo le dijo: “Tú te estás aquí calentando y allí hay dos chicas que están faltando”. Cuando ya llegaron al punto donde efectivamente vio la hermana las dos chicas, desapareció la Madre Sacramento, dejando a la hermana Luisa en donde era necesaria su presencia. El hecho que acabo de referir me lo contó la misma hermana Luisa por el año mil ochocientos setenta y cuatro, cuando yo, la declarante, fui destinada desde el Colegio de Barcelona al de Santander en el que se encontraba ya desde hacía tiempo la referida hermana Luisa por traslado del de Zaragoza. En el Colegio de Santander también lo contó pasando a ser tradición general en el Instituto.

²⁴⁷

5. EXHUMACIÓN

Fue exhumado su cuerpo el 7 de marzo de 1891 del nicho N° 2143 del cementerio de Valencia. Apareció el ataúd muy deteriorado y el esqueleto completo contra las previsiones de todos, atendida la enfermedad del cólera causante de su muerte. El féretro fue llevado a la casa de las Adoratrices de Valencia con los permisos correspondientes. El día 10 fue el reconocimiento del cadáver. Lo más llamativo fue haber encontrado un cilicio clavado en el hueso sacro, muestra de su espíritu de penitencia y oración por la conversión y salvación de las colegialas por las cuales había ofrecido al Señor muchas veces su misma vida.

María Moronati nos informa:

*Lo que más llamó le atención de los facultativos, al reconocer los restos de la venerable, fue haber encontrado íntegro el esqueleto y los huesos perfectamente conservados, teniendo en cuenta tres circunstancias desfavorables: la primera, la enfermedad de que murió; la segunda, la mucha cal, que se supone pusieron al cadáver cuando fue enterrado, y la tercera, el sitio en que se hallaba el nicho en donde se encontraban deshechos todos los demás cadáveres, hasta el punto de que el mismo sepulturero que la enterró y que estaba presente a la exhumación, dijo: “Pobres monjas, qué chasco se van a llevar, no van a encontrar nada”. Y lo decía esto, porque todos los cadáveres que habían exhumado de aquel sitio del cementerio, los habían encontrado hechos polvo.*²⁴⁸

²⁴⁷ PIV fol 584.

²⁴⁸ Proceso apostólico de Madrid-Valencia, fol 111-112.

Sus restos corrieron serio peligro en la proclamada República de 1931 y, sobre todo, en la guerra civil de 1936-1939. Para salvarlos, se optó por una caja de zinc y depositar en ella los restos, dejando en la urna del altar la mascarilla con las ropas, como si ocultaran su cuerpo. Esto sucedía el 17 de marzo de 1936, mientras la caja lacrada y sellada, dos días más tarde, fue llevada a la casa de don José Martí, colocándola en lugar seguro, donde estuvieron hasta 1942.

El 23 de febrero de ese año 1942 fueron reconocidos los restos y se colocaron en la capilla del Colegio de las Adoratrices de Valencia, donde se encuentran en la actualidad.

6. OLOR A SANTIDAD

Después de la muerte de la santa Madre, muchas personas tuvieron el privilegio de poder sentir un olor sobrenatural ante sus restos o en lugares donde había vivido o en las cosas que había usado.

Hermana María Montserrat declaró:

*Durante el tiempo que sus restos estuvieron depositados en una sala de nuestro convento, como después de inhumados hasta el presente, en distintos lugares, a diferentes horas y en algunos días, he percibido un olor muy fragante no comparable a los perfumes que conozco e igual, aunque a las veces más intenso, que el que exhala la toca y el sacramento que usó en vida la sierva de Dios. Tengo motivos bastante fundados para creer, sin ánimo de adelantarme a los decisivos e infalibles fallos de la Iglesia, que ese olor es olor de santidad, que varias veces he leído y oído predicar despiden los santos.*²⁴⁹

Fernando Díez Canedo:

*He visitado dos veces el sepulcro de la venerable por el entusiasmo que sentía y siento por ella y porque estaba en la casa de Valencia mi hermana religiosa Corazón de María. La primera fue hace unos seis años o siete y la segunda hace unos cuatro años, visitando en ambas ocasiones el sepulcro casi diariamente, durante los veintitantos días que permanecí en Valencia en cada una de dichas ocasiones, y recuerdo que en alguna de mis visitas, al acercarme al sepulcro, percibí un aroma especial y agradable, que tanto a mí como a mi difunta hermana Corazón de María, nos sorprendía y ésta decía que ella lo había percibido muchas veces.*²⁵⁰

²⁴⁹ PIV fol 1294.

²⁵⁰ Proceso apostólico de Madrid-Valencia, fol 233-234.

Hermana Corazón de María anota:

*Diferentes veces he percibido una fragancia celestial muy parecida a la que tienen las reliquias de santa Teresa, y no dura mucho rato, sino que es como si pasara una persona; yo he creído siempre que era mi santa Madre. La primera vez que sentí esto fue estando yo en la enfermería, otras en la capilla y en varias habitaciones de la casa. Muchas hermanas percibían lo mismo en distintas ocasiones y lo decíamos todas.*²⁵¹

Y añade:

*El día que este reverendo tribunal se constituyó en el cementerio de esta ciudad para exhumar el cadáver de la Madre Sacramento y trasladarlo a nuestro Colegio de la calle de Hernán Cortés, al tiempo que los operarios estaban rompiendo el tabique del nicho, donde estaba colocado el cadáver, percibí un olor fuerte tan agradable y especial que no acierto a definirlo, porque no se parecía a ninguno otro conocido, no cabiéndome la menor duda de que ese olor salía del nicho. El mismo olor exactamente percibí dos veces posteriormente, o sea cuando el arreglo de las cenizas y en ocasión que no había en nuestra casa nadie ni nada que pudiera producir tal olor, y en el día de verificarse el sepelio de los restos mortales de la sierva de Dios, si bien en estas ocasiones percibí dicho olor como cosa de momentos. Igual olor percibí asimismo en la toca que fue de Madre Sacramento, en la custodia que llevó en vida al pecho y en un cilicio suyo en forma de custodia, objetos que se guardan en el Colegio de Madrid, cuantas veces los tuve en mis manos, con la particularidad de que unos días era el olor más fuerte que en otros, y, aunque tales objetos estuviesen al aire libre, el olor no se evaporaba. Después de depositados los restos en el panteón de nuestra casa construido al efecto, varias veces he percibido el propio olor, pero no donde están aquéllos, sino por la casa y sólo durante un momento. El día de la Virgen de los Desamparados del pasado año, lo percibí más marcadamente y por más tiempo en el presbiterio de nuestra capilla frente a la reja del coro en que está depositado el cadáver de la Madre fundadora. Son muchas las veces que varias hermanas y colegialas han asegurado percibir igual olor, ya junto al panteón, ya por la casa.*²⁵²

7. LOS VOTOS

La Madre Sacramento hizo cinco votos de acuerdo a lo aconsejado por el santo obispo Antonio María Claret: Los votos de castidad, pobreza, obediencia, de hacer siempre lo mejor y de no cometer deliberadamente ni un solo pecado

²⁵¹ PIV fol 488v.

²⁵² PIV fol 1387v-1388.

venial. Veamos la carta del santo obispo Claret, escrita en Madrid el 19 de noviembre de 1861.

Muy apreciada Madre en nuestro Señor Jesucristo. He recibido la de usted del 17 de noviembre y, como me pide, por Dios, que le conteste, lo hago diciéndole que me parece muy bien los tres y los dos votos que, como sabe, es mi devoción favorita. Y para que usted los ejercite con más mérito, lo hará de la siguiente manera: Puesta delante del Santísimo Sacramento, ya sea manifiesto, ya sea encerrado en el tabernáculo, considere que lo ve como clavado en la cruz. San Miguel dijo un día a un alma devota que de esta manera era como gustaba Jesús de ser contemplado en el Santísimo Sacramento.

Tome con devoción su mano derecha, adórela y rece despacio el padrenuestro y avemaría y ofrézcale el voto de pobreza. Luego, la mano izquierda, ofrézcale el voto de castidad; después, pase a la llaga del pie derecho y ofrézcale el voto de obediencia. Hará lo mismo al pie izquierdo y ofrézcale el voto de hacer siempre lo mejor. Note bien lo que digo: estos dos votos corresponden a los pies. Así como con los pies caminamos, así toda su marcha ha de ser por obediencia si quiere alcanzar las bendiciones de Dios. Y, además, si quiere merecer mucho con todas las cosas, ande siempre con la rectísima intención de hacer siempre lo mejor.

Finalmente, se acercará a la llaga del costado, que es la llaga del corazón. Dígale que lo ama de veras, que prefiere sufrir mil muertes antes que cometer una falta, aunque sea leve, deliberadamente. Por último, rezará un padrenuestro y avemaría que, con los cinco primeros, serán seis, que componen la estación mayor. Aquí deseará comulgar y, en efecto, comulgará espiritualmente y pensará entonces que no vive en usted, sino en Jesús, y que se halla como una barra de hierro metida en la fragua que se derrite y se amolda a la voluntad del artífice. Así, usted se ha de caldear en el amor de Dios y se ha de derretir y amoldar completamente a la voluntad de Dios.

*Hágalo así y verá lo que pasará. Usted misma no se comprenderá ni usted me sabrá explicar; pero yo ya sé lo que pasará, aunque no siempre por esas veces que lo repita.*²⁵³

Hermana Elena de la Cruz declaró:

*Había hecho un cuarto voto de practicar lo que entendiera ser más perfecto y más agradable a los ojos de Dios, pues nos dijo estas palabras: “A ver si vosotras podéis hacer lo que mismo que yo, que, siendo peor que vosotras, tengo hecho voto de no cometer a sabiendas pecado venial y de hacer siempre lo más perfecto; y así adelantaréis en el camino de la perfección.”*²⁵⁴

²⁵³ Archivo Claretiano de Roma, tomo IV, pp. 423-426; PIV fol 1715-1715v.

²⁵⁴ PIV fol 57.

Sobre el voto de castidad afirma:

*Me dan qué pensar las relaciones impuras de las gentes que trato de salvar dentro y fuera de casa. El Señor me asegura: “No tendrás tentaciones de impureza”. Y llevo ocho años de esta promesa cumplida y siempre me sorprende verle fiel.*²⁵⁵

*Esta promesa me dejó, a más de la gratitud de este favor, dejó en mi corazón un horror a las faltas de impureza, que me sucede muy a menudo llorar y afligirme cuando hablan de ellas sin necesidad y pongo un especial cuidado para que en nuestras casas no se nombren jamás palabras contra esta virtud que tantos sacrificios me cuesta.*²⁵⁶

Madre Sacramento hizo sus votos temporales en manos del padre Cumplido el 6 de enero de 1859 y los perpetuos el 15 de junio de 1860 en manos del padre Zarandona, de la misma Compañía de Jesús. Actualmente, hay cinco votos en el Instituto: pobreza, castidad, obediencia, adoración perpetua y educación de las jóvenes desamparadas.

8. LAS CONSTITUCIONES

La reina Isabel II el 2 de agosto de 1856 le había dado autorización para fundar casas en España además de la de Madrid y la nombró directora general de todas ellas. La Madre Sacramento redactó las primeras Constituciones para la Congregación en 1856. En 1857 hizo una nueva redacción, cuando se había abierto ya la casa de Zaragoza y estaba para abrirse la casa de Valencia. Estas nuevas Constituciones y Reglas de la Congregación de Señoras Adoratrices y Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad fueron presentadas en octubre de 1857 al cardenal arzobispo de Toledo, Cirilo Alameda y Brea, quien las aprobó el 26 de abril de 1858, nombrando como Superiora general a la misma Madre Sacramento. Las primeras Constituciones fueron estampadas ese mismo año 1858 y llevaban por título *Constituciones del Colegio de María Santísima de las Desamparadas*.

La aprobación temporal pontificia fue el 23 de septiembre de 1861, por cinco años. El Papa Pío XI las aprobó definitivamente en 1866 después de morir la fundadora.

²⁵⁵ Carta al doctor Blanco, Madrid, 27 de mayo de 1860.

²⁵⁶ Relación de Favores 156.

9. TESTAMENTO

A santa María Micaela se le representa con una custodia en la mano derecha, porque, haciendo Ejercicios espirituales en Valencia, se vio a sí misma con una custodia en la mano. Y escribió: *Me la daban desde lo alto; no sé cómo subí... La tuve hasta ir a comulgar.*²⁵⁷

Y les decía a sus religiosas:

*El nombre de Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad nos obliga: Primero, a adorar al Señor siempre sin separarnos jamás de Jesús como una esclava a la que una cadena le hace andar humilde al sagrario, donde mora el Santísimo Sacramento. Segundo, es también esclava de la caridad, que es clavo de amor, porque el amor a Jesús la hace mirar a sus prójimos como a sí misma y éste es un precepto puesto por Dios; y para cumplir este mandato y precepto del Señor estamos sus esclavas.*²⁵⁸

Y les dijo como en Testamento:

*Muy amadas hermanas mías, esclavas del Santísimo, compañeras mías inseparables en la obra que hemos emprendido a mayor gloria de Dios y salvación de las almas, quisiera en estos momentos últimos de mi vida darles cuantas pruebas pudiera mi corazón del maternal afecto y acendrado cariño que las profeso, y así como de lo edificada que me tienen sus virtudes y fiel observancia de nuestras reglas, y de lo mucho que espero de su abnegación y perseverancia.*²⁵⁹

Quisiera dejar grabado en el corazón de mis hijas, de un modo indeleble, tres cosas: Primero: que yo jamás pedí cosa al Santísimo Sacramento que no me fuese concedida de un modo admirable; y les ruego hagan lo mismo en tales ocasiones, sin que la humildad se lo estorbe, ¡y verán lo que es Dios para sus esclavas! No me creerían si lo contara. Segundo: que como vamos contra la corriente del mundo, no se dejen jamás alucinar con capa de utilidad y de necesidad, y quizá les digan que en conciencia, y qué me sé yo qué razones hallan los del mundo para persuadir que cobren alguna cantidad a las colegialas. ¡Hijas de mi corazón! El día que el mundo les pague, en el mismo momento pierden el derecho de que Dios les envíe lo que necesiten, como lo hace siempre al que de caridad le sirve, y lo hizo con esta casa siempre y lo hará a no dudar. Tercero: que si quieren estar siempre bien dirigidas, no miren jamás, para nombrar Superiora general, más que a las virtudes, celo y prudencia y caridad, que adornen a la que han de elegir para cargo tan penoso

²⁵⁷ Apuntes de Ejercicios y Retiros 147.

²⁵⁸ Papeles sueltos, p. 701.

²⁵⁹ Cámara Tomás, *Vida de la venerable Madre Sacramento*, tomo II, Madrid, 1908, p. 418.

*y difícil; y creo que sin un milagro, como Dios hizo conmigo, sin estas dotes no se puede gobernar tanta gente*²⁶⁰.

*La paz, hijas mías, sobre todo, perseverad todas muy unidas en Jesús y por Jesús vivid todas en caridad, amándoos las unas a las otras; que no haya más que una hermandad entre coadjutoras, ayudantas y directoras, pues todas formáis un mismo cuerpo, del que Dios se vale para llevar almas al cielo. Y os ruego con todo mi corazón que todas améis mucho por mí a Jesús sacramentado y a su madre santísima de los Dolores, en cuyo nombre os pido perdón de todo lo que por mis muchas faltas y grandes defectos haya podido dar mal ejemplo, no cumpliendo cual corresponde a los deberes de una perfecta religiosa y al cargo que he ejercido. ¡Paz y unión! Los mismos sentimientos y afectos de Jesucristo, al despedirse de los apóstoles para la vida inmortal.*²⁶¹

10. LA CONGREGACIÓN

Después de la muerte de la Madre, se procedió a la elección de la Superiora general. El 2 de enero de 1866 fue elegida la Madre María Jesús, como ya Madre Sacramento había señalado como posible sucesora. Al poco tiempo, se consiguió la definitiva aprobación del Instituto.

La Madre había dejado fundadas siete casas en Madrid, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Burgos, Pinto y Santander. Después de su muerte, se erigió la casa de Ávila.

El 14 de abril de 1873 murió la Madre María de Jesús y le sucedió la Madre María del Espíritu Santo y se erigió la casa de Pamplona, y después la de Logroño. Después vino la de Bilbao y Granada.

Al morir el 29 de marzo de 1888, le sucedió la Madre María de la Consolación. Durante su generalato surgieron las casas de Gerona, Oviedo, Roma, Córdoba, Orense, Alcalá de Henares, Málaga y Monte Porcio en las afueras de Roma. Le sucedió la Madre Guadalupe de Jesús que erigió las casas de San Sebastián, Almería, Gijón, Algorta (Vizcaya), Buenos Aires....

Actualmente la Congregación está extendida por 21 países: España, Portugal, Italia, Francia, Gran Bretaña, Marruecos, Argentina, Chile, Colombia, Bolivia, Venezuela, República Dominicana, Ecuador, Perú, Japón, India, Camboya, Brasil, Cuba, Togo y Cabo Verde. En total, con cerca de dos mil

²⁶⁰ Ib. p. 200.

²⁶¹ Ib. pp. 418-419.

religiosas adoratrices, que están comprometidas en la labor de la liberación de las mujeres esclavizadas y desamparadas de distintas maneras en la sociedad.

La Obra de la Madre Sacramento sigue dando abundantes frutos y muchas mujeres del mundo pueden tener una vida mejor y más feliz en esta vida y en la eterna, gracias a la fidelidad con que cumplió su misión. ¡Bendita sea!

11. SU GLORIFICACIÓN

Para su beatificación fueron aprobadas dos curaciones instantáneas: de una tuberculosis en las vías respiratorias a hermana Virginia de Jesús y de una úlcera gástrica a hermana Ángela de la Sagrada Familia.²⁶²

Fue beatificada el 7 de junio de 1925 por el Papa Pío XI. El día de su beatificación curó súbitamente de una tuberculosis intestinal y pulmonar a la adoratriz hermana María Nieves en Santiago de Chile. Tres años después, el 16 de octubre de 1930, la señorita María Montaguti veía desaparecida repentina y totalmente su otitis bilateral crónica purulenta, el mismo día en que iba a ser operada y cortados ya los cabellos alrededor de la oreja izquierda. Estas dos curaciones fueron aprobadas como milagros. Fue canonizada el 4 de marzo de 1934 por el mismo Papa Pío XI.

²⁶² Véase Acta Apostolicae Sedis 17 (1925) 86, 206.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de santa María Micaela del Santísimo Sacramento nos llena de satisfacción haber conocido a una gran santa, fervorosa adoradora de Jesús Eucaristía. Ella lo veía a veces en la hostia consagrada. Ella recibió innumerables favores místicos de Jesús sacramentado. Era tanto su amor a Jesús que deseaba que todo lo relativo a la Eucaristía fuera extremadamente limpio, desde los purificadores hasta las hostias consagradas. Y no escatimaba medios para darle los máximos honores posibles. Por ello, estableció la adoración perpetua en su Congregación.

A las chicas de la calle que recibía en sus casas, les inculcaba el amor a Jesús como base para su conversión y regeneración social. Siempre tuvo presente la salvación de las almas y oraba y se sacrificaba por ellas, haciendo grandes penitencias y ofreciendo sus sufrimientos por esta intención.

Su ideal de rescatar a las mujeres esclavizadas o desamparadas por diferentes causas sociales lo siguen cumpliendo sus religiosas en distintos países del mundo.

Ojalá que su vida sea un ejemplo para nosotros, que debemos centrar nuestra fe en Jesús Eucaristía, sin olvidar que junto a Jesús está María y que tenemos un ángel bueno que siempre nos acompaña en nuestra caminar por la vida.

Les deseo lo mejor: que sean santos. Saludos de mi ángel.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Angelo Romano di santa Teresa, *La beata Michelina del Sacramento*, Roma, Ed. Guerra e Mirri, 1925.
- Barrios Moneo Alberto, *Mujer audaz*, Madrid, Coculsa, 1968.
- Barrios Moneo Alberto, *Santa María Micaela del Santísimo Sacramento*, Madrid, 1965.
- Cámara Tomás, *La venerable Sacramento, Vizcondesa de Jorbalán*, 2 vol., Salamanca, 1902 y 1908.
- Castellammare Antonio da, *Vita eucarística di santa María Michela del SS. Sacramento*, Roma 1933-1934.
- Fuente Vicente de la, *Vida y virtudes ejemplares de la Excma. Sra. Vizcondesa de Jorbalán, en el claustro la M. Sacramento*, Madrid, 1883.
- María Micaela santa, *Autobiografía*, Ed. preparada por Milena Toffoli Moyano, Madrid, BAC, 1981.
- María Micaela santa, *Apuntes de Ejercicios y Retiros* (ms).
- María Micaela santa, *Relación de Favores* (ms).
- María Micaela santa, *Relación de Penitencias* (ms).
- María Micaela santa, *Papeles sueltos autobiográficos* (ms), del Archivo de las Adoratrices de Madrid.
- Monzoncillo del Pozo Tomás, *La obra magna de la vizcondesa de Jorbalán*, Madrid, 1944.
- Monzoncillo del Pozo Tomás, *Cartas selectas de santa María Micaela del Santísimo Sacramento*, Barcelona, 4 vol.
- Monzoncillo del Pozo Tomás, *Espíritu de la beata Madre María Micaela del SS. Sacramento y su obra*, Madrid, 1926.
- Monzoncillo del Pozo Tomás, *Vida y virtudes de la beata Madre Sacramento*, Barcelona, 1927.
- Religiosa adoratriz, *Vida de la Vble. M. Sacramento*, Ed. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1913.
- Risco Alberto, *Vida de santa María Micaela del SS. Sacramento*, Ed Apostolado de la Prensa, Madrid, 1942.
- Rivarés José Ignacio, *Santa María Micaela*, Madrid, Ed. S. Pablo, 2006, 2 Ed.
- Toffoli Moyano Milena, *Dos santas españolas: Teresa de Jesús y M^a. María Micaela del Santísimo Sacramento*. En *Teología espiritual*, 45 (1971) 359-395.
- Valentina: *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Michaëlae Desmaissières et López de Dicastillo* (vulgo M. Sacramento), Archivo Secreto Vaticano.
- Varios, *Esclava del Santísimo y de la Caridad*, Studia claretiana, Roma, 1965.
- Varios, *Rasgos de la espiritualidad de la M. Sacramento*, Madrid, 1966.
- Zugasti Juan Antonio, *La esclava del Santísimo*, Ed. Razón y Fe, Madrid, 1911.

&&&&&&&&&&